

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 25 - 31 diciembre 1955 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Núm. 36

LA VIDA EMPEZO HOY

DEZ ESPAÑOLES
NACIDOS BAJO
LA ESTRELLA DE
LA NOCHEBUENA

EL ANIVERSARIO
DE LA PAZ Y
LA ALEGRIA

Lea en nuestra página tercera
este interesante reportaje, donde
se relata la vida de diez espa-
ñoles que nacieron en Noche-
buena.



UN VIAJE SENSACIONAL CON BILLETE DE IDA Y VUELTA

Aventuras detrás del "telón de acero" de Otto John, ex jefe de Defensa del Gobierno de Bonn, por Alfonso Barra (pág. 4)

Carta del Director a don Pedro Antonio de Alarcón (pág. 8) ● Entrevista con el embajador argentino en Madrid, Enrique Ruiz García (pág. 9) ● Estudiantes de Ciencias (página 16) ● Gibraltar, por José Redondo-Gómez (pág. 21) ● Entrevista con Julio Caro Baroja, explorador científico de fama universal (pág. 23) ● ¡Hombres, id a Belén!, por Pablo de Sigüenza (pág. 29) ● Sonseca, un enclave catalán en la provincia de Toledo, por J. de Mairena, enviado especial (pág. 32) ● Un matrimonio ingresa en la vida religiosa (pág. 43) ● Las aguas mezcladas, resumen del libro de Iker Ikor (pág. 46) ● Melilla y Ceuta (pág. 55)

Pavo, regalo de Navidad, novela por Luis de la Rosa

El Doctor Recio de Tirteafuera

No



le dejaba, en fin, comer de nada, alegando aquel supuesto aforismo de Hipócrates, "toda hartazgo es mala, pero la de perdices, malísima".

No



consentía que probara bocado precisamente de aquellos manjares que más alegraban su vista o más tentaban su creciente apetito.

No



autorizaba a Sancho Panza a tomar alimentos que pudieran perjudicar su importante y hambriento estómago de gobernador de la Insula Barataria.



pero sí...

hubiera existido en aquella época, como en nuestros días y en éstos tan felices de las fiestas de hogar, la deliciosa

"SAL DE FRUTA" ENO

MARCA

REGIST.

a buen seguro que Sancho se hartara de comer y el doctor Recio de Tirteafuera en lugar de prohibirle nada le recomendará únicamente la higiénica bebida digestiva, tónica, estimulante, reguladora de las funciones fisiológicas



LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A.
INFANTAS, 31 - MADRID

LA VIDA EMPEZO HOY

DIEZ ESPAÑOLES NACIDOS BAJO LA ESTRELLA DE LA NOCHEBUENA

EL ANIVERSARIO DE LA PAZ Y LA ALEGRÍA

NACER, sea cualquiera el día del año, tiene, indudablemente, su importancia. Sobre todo para el que nace, y, desde luego, lo puede contar.

Pero nacer en las horas que dan paso al día 25 de diciembre tiene un doble significado: el significado de la alegría cristiana del hogar por el Nacimiento de Cristo que en aquella fecha se conmemora y el significado que da el advenimiento de un nuevo hijo, recordado siempre por el matrimonio en nuevos y venideros años.

Pasa la vida para los hombres y para las mujeres que han nacido en esta fecha. Pero la vida tiene también sus alegrías y sus compensaciones; sobre todo, como cuando estos hombres y estas mujeres españolas que han sido escogidos totalmente al azar han sabido, cada uno en su dedicación, presentar una limpia y digna vida de vocación, de estudio, de trabajo y de triunfo.

CINCUENTA AÑOS AL SERVICIO DEL ESTADO

Toda una vida de setenta y dos años, empezada un 24 de diciembre de finales del siglo XIX, una vida de abnegación y trabajo al servicio del Estado, está encarnada en la persona de Antonio Conejero Albertos.

Guadalajara, en el año 1883, tenía funcionando en todo su apogeo la Academia de Ingenieros. Allí está destinado el padre de Antonio Conejero. Y en la misma Academia de Ingenieros nace este hijo, que, pasado el tiempo, presentará una marca orgullosa: cuarenta y nueve años y un mes de funcionario público.

Cuando empiezan las guerras coloniales, el padre de Antonio Conejero marcha a Cuba. El pequeño entonces se va a vivir a Alicante. Allí, Antonio Conejero ingresa en el Seminario de Orihuela. Cinco años de Seminario le dan una formación honda y recta.

Más la vocación completa no fue conseguida. Por ello, a los dieciocho años, Antonio Conejero



marcha con su padre a Ceuta, y luego viene a Madrid. Quiere el padre—por el cual siente una gran admiración el hijo—que Antonio estudie en Madrid. Se cambia el destino militar, y Antonio Conejero estudia e ingresa por oposición en el Instituto Geográfico y Catastral.

Es a primeros de siglo. El año 1904 exactamente. Son los tiempos primitivos de la burocracia española. De aquellas circulares escritas a mano por un equipo de siete individuos hasta las modernas máquinas calculadoras electrónicas, cuánto camino no se ha recorrido.

Antonio Conejero se casa. El 14 de abril de 1910, Rafaela Sánchez forma, con él, un nuevo hogar.

Luego vienen los hijos. Familia numerosa. Siete chicos, de los cuales tres son mujeres. Después, un hijo moriría asesinado en Madrid durante nuestra guerra de Liberación. Otra hija, más tarde, tomaría los hábitos de Hija de la Caridad de San Vicente de Paúl. Otros se casarían, alguna permanecerá soltera. La vida cotidiana de la familia Conejero es ejemplo para muchos.

El 24 de diciembre de 1953, Antonio Conejero, tras una larga vida de trabajo, se jubila. Viene él, en su persona y en la de su familia, a representar esas ejemplares familias españolas que tanto



A la izquierda, don Antonio Conejero Albertos, con su esposa e hija; ha servido al Estado durante cincuenta años seguidos. A la derecha: El catedrático de Lengua y Literatura Posibilidades en su mesa de trabajo. Ambos nacieron una Nochebuena



En la persona de Elvira Cobo puede quedar representado el gesto amoroso de todas las madres españolas

han existido. Hoy, Antonio Conejero aparece enmarcado en el gran cuadro de Clases Pasivas. Pero el Estado español sabe que este hombre, nacido un 24 de diciembre, ha sido uno de sus más abnegados, eficientes y fieles servidores.

UNA CATEDRA DE HEBREO A LOS TREINTA Y CINCO AÑOS

En las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras o en el Instituto «Arias Montano», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas es fácil ver al catedrático Federico Pérez Castro, catedrático de Lengua y Literatura Posibilísticas, de la Sección de Semíticas, de la Universidad de Madrid; Pérez Castro es otra de las personas que celebran su cumpleaños en Nochebuena.

Ese día es día de justificada bulla para sus cinco hijos. Y ese día también el catedrático olvida un poco los complicados problemas de la crítica textual bíblica y se pone a tono con el ruidillo de zambombas y el sonar de villancicos que rondan el ambiente.



El doctor Segovia Corrochano, que nació en Talavera, en una Nochebuena de hace veinticinco años, toma el pulso a una niña enferma

Cada Nochebuena, así, es motivo de esperanzas y de recuerdos. De ojeadas retrospectivas.

Hijo de un médico, Pérez Castro pasó desde el Instituto-Escuela donde cursaba sus estudios de Bachillerato a realizar estudios universitarios en Alemania. Allí le sorprende el comienzo de nuestra guerra de Liberación, y Pérez Castro inmediatamente se incorpora al Ejército Nacional. Hace, como un combatiente más, la guerra.

Luego, en España, se terminan los estudios superiores. Hace la licenciatura en Románicas, y una vez terminada la Sección, su vocación, absolutamente definida, le lleva a especializarse en la rama de Filología Semítica. La ruta está trazada. Discípulo preferido del profesor Cantero, se dedica por entero a las arduas cuestiones de los textos bíblicos. Tesis, estudios, monografías, oposiciones..., el inevitable curso de la vida se va cumpliendo, y al paso de cada Nochebuena hay algo nuevo, algo por lo que dar gracias al Señor: su matrimonio, en 1942; sus hijos, sus éxitos profesionales.

La vida de Federico Pérez Castro es todo un ejemplo de vocación; de vocación cumplida y triunfante. Su afabilidad, su simpatía, su gran competencia, son bien conocidas de los alumnos que cursan estos difíciles estudios; como secretario del Instituto «Arias Montano», del C. S. I. C., y del Seminario Filológico «Cardenal Cisneros», el especialista lleva a cabo una extraordinaria labor.

A las once de la noche de esta Nochebuena, el catedrático Federico Pérez Castro sólo cumplirá treinta y siete años. Toda una madura juventud de universitario ya hecho.

UNA ESPOSA QUE NUNCA HA PUESTO MALA CARA

En Lago de Carucedo, provincia de León, cuando llegan las Navidades, los campos están cubiertos de nieve o de escarcha. El cierzo corta la respiración y huela el mismo aliento. La casa del veterinario del pueblo, la noche del 24 de diciembre de 1924 se ha caldeado con leña, con braseros, quemando alcohol. La niña recién nacida es tan pequeñita, que, de cogerla una de esas ráfagas de viento, se la hubiera llevado a Dios otra vez.

Elvira Cobo se hace mayorcita y crece sana y fuerte, en ese clima tan extremado. Ingresa en un colegio de monjas de Ponferrada, y, al llegar las vacaciones de verano de 1936, regresa a casa de sus padres, en Lago de Carucedo. Los rojos van a encontrar en ese hogar cristiano presa inocente.

Llegaron a casa, detuvieron a su padre, a su madre, a su hermana mayor. Les hicieron salir a la calle, y, ante sus propios ojos, asesinaron a todos...

Elvira tiene sólo un hermano, pero es teniente del Ejército y combate en primera línea. No puede dejar el frente para cuidar a su hermana, y las autoridades de Ponferrada se hacen cargo de la huérfana de quince años.

Allí cursa estudios, completa su formación y aprende los secretos para ser una perfecta ama de casa. Cose, borda, sabe cocina y es

abnegada, bondadosa y trabajadora. Se gana el cariño de cuantos la rodean y los directores del centro donde ha estudiado se encargan de llevar a Elvira a Madrid. Y en Madrid, a trabajar en una dependencia estatal.

Poco tiempo vive en la capital soltera; muy pronto se casa y es modelo de esposa y de madre. Porque en la actualidad, Elvira Cobo tiene una pareja de niños bien criados, sanos y alegres.

—Nunca pone mi mujer una mala cara, por mucho trabajo que le den los hijos.

Elvira Cobo, prototipo de esposa española, hace en su casa, los mismos trabajos que todas las buenas esposas españolas: cuida del fogón, remata las mil labores caseras, con un niño en brazos y el otro agarrado a su falda. Tiene que planchar, coser, lavar ropa, dar comida a los pequeños, hacer la compra, limpiar la casa... De no haber nacido un 24 de diciembre, tendría que haberlo hecho el 8 del mismo mes, Día de la Madre.

MEDICO DESDE LOS DOCE AÑOS

Entre los nacidos en estas fechas luminosas hay gentes de todas las profesiones. Aparece así, en esta cronología navideña, un joven médico que siente por su profesión ese amor de las personas que encuentran en el trabajo bien vocacionado el gran justificante de sus afanes.

Jesús Segovia Corrochano nace el 24 de diciembre de 1930, en Talavera de la Reina. De sus tres hermanos, Jesús es el segundo, y algo así como el fiel de una balanza de inquietudes distintas.

Ya en la escuela primaria, el niño Jesús Segovia Corrochano demuestra, en una ocasión, en el campo de los juegos infantiles, una iniciación sanitaria al asistir con justeza a sus compañeros conusionados.

Estudia luego el Bachillerato en su misma ciudad natal de Talavera de la Reina, para pasar después a Madrid, donde cursará la carrera de Medicina, carrera hacia la que siente una gran y sincera vocación. Un amigo de su hermano mayor era cirujano; Jesús se interesa por las conversaciones sobre Cirugía y abre mucho los ojos al escuchar las teorías y hasta las experiencias médicas que oye contar en su casa.

—Así sentí crecer una afición muy viva hacia esta especialidad.

Van cayendo, una tras otra, las asignaturas de la carrera de Medicina. Cada nueva Nochebuena trae, en la casa paterna, un buen augurio de otro curso ya terminado. Y Jesús Segovia se hace médico.

Visita enfermos, diagnostica, receta, cura y escucha, con paciencia, los sufrimientos y las debilidades humanas.

Ello fué un día cualquiera. El doctor Segovia pertenece al servicio del doctor Marañón. Auscultaba un enfermo en un hospital. Sobre el pecho del necesitado colgaba, de una maciza cadena, una gruesa medalla.

—¿La mira usted, doctor?

—Pues no, no me había fijado.

—Me la regaló mi padre. ¿Sabe usted? Es una medalla bendecida por el doctor Marañón, que es un médico que cura a todos los enfermos.

Hoy, el doctor Segovia Corrochano, que naciera un 24 de diciembre en Talavera de la Reina, practica en el servicio médico del doctor González Vicén. Su aspiración más inmediata es el ir becado a los Estados Unidos, a Inglaterra o Alemania para adquirir e intercambiar experiencias en los grandes centros donde se practican las últimas experiencias de Cirugía.

El doctor Segovia Corrochano, un hombre joven de cara al éxito seguro, es seguro también que logre su aspiración. Mejor justicia no se podía hacer.

NACIO DOS DIAS ANTES DE SU NACIMIENTO

La fiesta de la Navidad es tan buena, tan alegre, que incluso puede darse el caso de que haya quien nazca el mismo día 24 por la noche, a las diez en punto incluso, y no sea inscrito en el Registro hasta dos días más tarde, el 26 sin ir más lejos.

Una mujer, una hoy joven, simpática y preciosa mujer, es la protagonista. Ocurrió el hecho en la calle de Hermosilla hace veintiocho años, exactamente. Nevaba. Una Navidad clásicamente occidental, en contraposición con el clima que por estas fechas hace en los Santos Lugares.

Ya tenía dos años la hermanilla mayor. Y entonces nace María Teresa. El matrimonio Aguirre está contento, muy contento. Una niña es signo de felicidad. Fué, sin duda, la Nochebuena más feliz que pasaron.

La pequeñina, rubita, con uros claros, y maravillosos ojos azules, de grandes trenzas caídas por la espalda, va a la escuela. Y va a una escuela en la que aprenderá idiomas: inglés. Queda en su recuerdo aquel colegio donde había un interno que era negro. Un interno con diez años de edad que se llamaba Edmundo. Un compañero de clase negro es, sin duda, un gran acontecimiento en la biografía escolar de una mujer. Y entre clase y clase, profesor y profesora, el inglés y los años van entrando en la misma alumna, que fabrica estrellas en las Navidades para su Nacimiento de cartón, como si de una misma estrella ella hubiera descendido.

A los doce años se hace la primera comunión. No pudo ser antes. La guerra, que en Madrid fué el impedimento. Ha sido una comunión preciosa, con el colegio del Sagrado Corazón, donde más de cincuenta niñas comulgaron por vez primera en el Madrid liberado.

Siguen pasando los años, alegres y juguetones, porque alegre y juguetona es la vida de las niñas que van para mujeres.

Estudia el Bachillerato. Como una gran estudiante, como una estudiante de verdad, hace cuarto y quinto año de Bachillerato en una sola vez. La madre le da un premio, un premio que María Teresa lleva todavía: sortija de oro con aguamarina al fondo.

Luego, a los dieciocho años, a trabajar. Oficinas, idiomas, cálculos... es la actividad.

Diez años seguidos hacen de María Teresa Aguirre, madrileña, una funcionaria destacada y destacable en un Cuerpo de especialistas de la Presidencia del Gobierno.



A la izquierda: María Teresa Aguirre.—A la derecha: Jesús Ramírez de Lucas. Una mujer y un hombre que nacieron con buena estrella

La vida de María Teresa, nacida un 24 de diciembre, inscrita en un 26, es la sencilla vida de una mujer española que tiene todos los días iguales y que sueña ilusionada con el porvenir.

Una ejemplar vida, con esperanza en el sentimiento del amor, porque el sentimiento del amor es cosa fundada en la juventud de una mujer. Aunque esta mujer, sencilla, sin complicaciones, comprensiva y eficaz, como María Teresa, no tenga todavía, hoy por hoy, epístola amorosa que escribir.

UNA OPOSICION EN LA VIDA DE UN HOMBRE

El turrón y el mazapán que hay en casa del doctor Otoniel Ramírez, médico forense de Albacete, van a servir para festejar la Nochebuena del año 1929 y para endulzar el nacimiento del noveno hijo. A las doce en punto, un niño de fuertes pulmones saludó su venida al mundo.

El acontecimiento provoca la natural agitación, las idas y venidas por el pasillo de la casa, alegría en los rostros de las personas que atienden a la madre y meditación en el del padre. Es el noveno hijo. Afortunadamente, en esos momentos los mayorcitos están en el colegio, asistiendo a la misa de gallo y a una representación, en la que hacían el papel de ángeles. Si estos ángeles llegan a estar en casa, nadie hubiera sido capaz de imponer orden.

Cuando el agua del bautismo cae sobre la cabeza redondita del recién nacido, en el libro parroquial se le inscribe con los nombres y apellidos de Jesús Ramírez de Lucas.

Al llegar el día de asistir por vez primera a clase para aprender las letras, la familia del doctor cuenta ya con el décimo hijo. La escuela de La Herrera

abre sus puertas a un pequeño de cabellos revueltos y mirada traviesa.

La guerra de Liberación fué la que obligó a buscar refugio en esa pequeña localidad. A las inquietudes que los rojos causaban había que sumar la intranquilidad de diez niños correteando a su antojo por las calles y las huertas.

La posguerra, el año 1940, trae a Jesús la edad indicada para comenzar el Bachillerato. Las Escuelas Pías de Albacete son las que le preparan para verificar el Examen de Estado el año 1943. No es ningún acontecimiento en la casa su aprobado; los padres estaban acostumbrados a que pasaran los hijos, con buen resultado los exámenes. A lo que no se resignaban era a los suspensiones; entonces sí que había regaños y castigos.

Con el título de bachiller, Jesús Ramírez de Lucas ingresa en las aulas de la Escuela de Veterinaria de Córdoba. Hasta el año 1953 estudia allí, y concluye la carrera con excelente aprovechamiento.

La bata blanca de los laboratorios es sustituida por el uniforme caqui y los cordones de caballero aspirante a oficial de Complemento, durante los veranos de 1951 a 1953, en el campamento de Montejeque (Ronda).

Africa recibe al apuesto oficial de Infantería, cuando es destinado a las Fuerzas Regulares Indígenas de Melilla, con cuartel en Nador.

Adiós a la vida castrense, al ejercicio de las marchas y maniobras, a la responsabilidad y al orgullo de mandar soldados; ahora vienen las horas lentas e interminables de poner los codos sobre la mesa y de estudiar Jesús prepara el ingreso en la Academia de Sanidad Militar. Cuando apruebe conseguirá armonizar sus dos aficiones: la ciencia veterinaria y la milicia.

En la calle de José Antonio, número 9, de Albacete, una luz eléctrica permanece encendida hasta la madrugada. Un día y otro. Jesús Ramírez de Lucas quiere ingresar al primer intento, y cuando en esta Nochebuena tenga en su plato el turrón y el mazapán, seguro es que se hablará en la mesa de la agitación, de las idas y venidas de aquel día de diciembre de 1929.

UN PILOTO SIN AVION

—Para usted, señor Castelbón, las Pascuas, como todos los años, con doble motivo de alegría...

En la fábrica de pan que dicho señor posee en las cercanías de la madrileña plaza de Cascorro siempre hay mucho movimiento. Ya lo creo. El cumpleaños de Ricardo se ha celebrado mucho siempre. Con eso de que es Nochebuena, el muchacho ha tenido siempre suerte.

Para cualquier familia cristiana, una bendición especial es que un hijo nazca en Nochebuena. Por eso, aquella de 1929, en la que llegó al mundo Ricardo Castelbón, tan colorado y lloroso como es de rigor en estos casos, el júbilo de la familia no tuvo límites. Se le bautizó—bautizo rumboso—en la parroquia de la Paloma. Entre el júbilo de los cuatro hermanos mayores.

Ricardo creció tranquilo, con una tranquilidad sin límites, pacífico y buenazo, como si el signo de la noche de paz de su nacimiento le tuviese marcado.

Era tan bueno, que no había ninguna barrabasada que anotar en los años de su vida.

Sólo una manía. Le gustaba, y le sigue gustando a rabiar, el café.

Le puso un nombre especial: «cachí».

Y «cachí» pedía el pequeño Ricardo a todas horas. «Cachí» de una jarrita especial que su madre tenía siempre preparada. Con condiciones: cuando la dichosa infusión no estaba recién preparada, el muchacho pedía que tirasen gentilmente el «cachí» viejo por el fregadero y le fabricasen otro «nuevo» y recientito a su sibarítico paladar.

Entre la Paloma y Cascorro transcurre la vida de Ricardo. Quiere ser torero o artista de cine, como casi todos los niños. Luego, también como a todos, se le pasa. Y viene otra vocación: la de volar. Y volar es para los nervios de Ricardo—que son pocos—el mejor sedante. En el aire tiene una serenidad nueva. Pero como es piloto civil sin avión, la tradición industrial se impone al fin y al cabo. Ricardo, que tiene ya veintiséis años, y novia, no se para en barras y hace los proyectos en grande. Es emprendedor, y los negocios los concibe en gran escala.

Del negocio de calzado pasa a otras especialidades industriales. La ilusión del avión es, sin embargo, la más fuerte. Nunca va al fútbol—que detesta—, ni come caracoles. La tradición familiar de comerlos una vez al año es para Castelbón una verdadera tortura. Ese día no hace causa común con la familia.

Por el aire vino la fecha del nacimiento; por el aire van también las ilusiones de un piloto sin aeroplano todavía.

UNA MUJER QUE PIENSA EN SER ESTRELLA DE CINE

En la cafetería Alcor, de la calle de Sagasta, en Madrid, detrás del mostrador, Berna Herranz



Jesúsito Martín Gómez nació el 24 de diciembre de 1953. Dos días antes de su nacimiento le había tocado un «gordo» de la Lotería.

sonríe con la cafetera en la mano. Berna es una chica morena, muy morena, que lleva en su cabeza de cabellos negros una cofia alta; con el color de su cara pone contraste en el azul pálido de su vestido.

Hace sólo dos años que Berna está detrás de este mostrador. Antes de venir a la cafetería, antes de colocarse la cofia, Berna Herranz estaba empleada en una mercería. Aquello de la mercería no le disgustaba a la chica. Era un trabajo que no le venía mal, pero tampoco podemos decir que fuera su mejor profesión. Porque lo que a Berna le gusta de verdad, de verdad, como profesión, no es la cafetería, ni el mostrador, ni la mercería.

—A mí, lo que me haría muy feliz sería tener una peluquería de señoras. Eso sí. Eso me haría estar en el trabajo como en mi casa.

Y creemos que en esto, como en otras muchas cosas, Berna está muy acertada. Lo decimos sólo a juzgar por ese peinado de bucles «a lo italiano» que descuidadamente le sale por los bordes de la cofia blanca.

Berna tiene hoy veinticuatro

años. Los cumplirá a las doce de la noche de Navidad. Cuando empiece la misa del gallo habrá entrado en los veinticinco. Buena edad para la mujer, y buena suerte hasta para nacer. Berna no está disgustada con su fortuna. Alegre, risueña, para ella parece que no se han hecho las penas. Y así es.

Hace años—no muchos, naturalmente—, cuando apenas había cumplido los diez, y era alumna de la Academia «Covadonga», Berna, como le llamaban en el colegio sus amigas, tenía algo en que pensar, además de sus lecciones de Gramática y de Geometría, que eran para ella las asignaturas más «huesos». Y ese algo no estaba precisamente dentro de los muros del colegio. Estaba en plena calle de O'Donnell, donde los patines le hacían más feliz que los libros y los sermones del profesor. O'Donnell y el Retiro. Y en el Retiro, los paseos que rodean el estanque.

Años más tarde, los patines se cambiaron por la natación. En la piscina municipal de Madrid, Berna—quince años desde aquel 24 de diciembre—dió pruebas de su buena afición al deporte. En el estilo a braza no había quien le ganase.

Hoy, la gran ilusión, la verdadera ilusión de Berna Herranz, tampoco está en la natación. La natación ha pasado en su historia, en su pequeña historia, como un buen capítulo de gloria y de triunfos. Como a muchas chicas de su edad, a Berna le encantaría ser artista de cine. Como a muchas chicas, pero con una gran diferencia, que Berna tiene excelentes cualidades para la pantalla. Una fotogenia excepcional, una sensibilidad precisa, una voluntad de trabajo firme y segura.

He aquí una vocación que todavía no se ha cumplido, pero que, a buen seguro, no dejará de cumplirse.

PINCELES Y PALETA MODERNOS EN UNA BUHARRILLA ANTIGUA

Si la muchacha anterior pertenece a la categoría de mujeres ilusionadas. Aurelio Gallego pertenece a los hombres henchidos de optimismo.

Aurelio Gallego, veinticuatro años, crecidos entre tipismos madrileños, luminosidades levantinas y contraluces de caballetes y modelos colocados, es pintor. Pintor que, con una impresionante calidad artística como equipaje, empieza a recorrer—empieza porque por fuerza es joven—el espinado camino del arte.

Aurelio Gallego viene a representar, pues, esa gran comunidad pictórica que lanza toda su fuerza creadora a través de los pinceles y de los tubos de colores.

Las aficiones siempre se manifiestan de pequeño.

Cuando la guerra ensangrienta España, Aurelio se encuentra en Valencia. Mientras su madre hace cola para adquirir los escasos alimentos, el pequeño pinta con tiza en el suelo todo aquello que tiene delante.

El camino está trazado. Ha vuelto la paz, y con ella, Aurelio viene a Madrid. Alumno saliesiano del colegio de la Ronda de Atocha, sólo tiene un pensamiento en las clases, sean las que



Aurelio Gallego y Berna Herránz. Dos españoles con fe, con ilusión y con aptitudes, cada uno, para sus aspiraciones

sean: dibujar. Y sus cuadernos se llenan de monigotes que van adquiriendo cada día que pasa personalidad propia.

Por fin, la Escuela de Artes y Oficios. Tres cursos con Rafael Pellicer y Mariano Sancho como profesores. El alumno tiene ya casi categoría de maestro.

Hay que trabajar. Se complementa el arte puro con la publicidad, con los flores y los bodegones de encargo. Pero la singular personalidad artística del pintor se manifiesta, más pujante cada vez, en la obra realizada según la propia tendencia.

Aurelio Gallego tiene hoy, con sus pujantes veinticuatro años, un estudio para él solo. En la calle de Teruel, número 8, capital de España, una lúcida buhardilla guarda los mejores cuadros del pintor.

Unos cuadros que aúnan la clásica escuela española—Goya al fondo—con la ajustada interpretación moderna, acorde con el tiempo. Nada de abstraccionismos.

—Eso es «camelo».

La Navidad imbuyó en la biografía de un magnífico pintor joven que va para maestro insuperable, la gran trilogía armónica de la pintura: inspiración, dibujo y colorido.

Aurelio Gallego tiene abierto ante sí el enorme porvenir del arte.

UN «GORDO» DE LA LOTERÍA, DOS DÍAS ANTES DE NACER

Como remate de todas estas biografías, de todas estas vidas de hombres y mujeres españoles que nacieron en la noche que va del 24 al 25 de diciembre de un año cualquiera, puede aparecer la de un niño, un niño que representa la esperanza de lo venidero.

Este niño es Jesusito Martín



Ricardo Castelbón, piloto e industrial, mira al cielo, lugar de sus descadas rutas

Gómez, que vino al mundo en la madrileña calle de Torres Quevedo, número 8, a las doce de la noche del día 24 de diciembre de 1952.

Aquel año fué para sus padres —Leonardo y Felicitas— un año de felicidad. El padre estaba, y está, de ordenanza en el colegio de la Paloma. Ya se sabe que aquel año, dos días antes de que naciera el pequeño, cayó la lotería. 63.700 pesetas le correspon-

dieron a Leonardo Martín. Su esposa esperaba al tercero de la familia. Jesusito iba a nacer con buen signo en la Nochebuena: con el signo de la fortuna.

En tres o cuatro años el muchacho ha crecido y ha aprendido lo que naturalmente puede crecer o aprender un niño en las condiciones normales. Pero el pequeño, hoy incluso, tiene metido, tal vez por lo de la lotería, la esperanza de la riqueza.

Cuando le preguntan qué quiere ser de mayor, él responde:

—Torero.

Pero recapacita con el tiempo y prefiere futbolista:

—Porque es peligroso torear a los toros; hacen daño.

Jesús, con la pura ilusión de los niños, espera los Reyes Magos de 1956. El quiere muchas cosas: quiere camiones, quiere balones, quiere soldados de plomo, quiere todo. Veremos a ver los Reyes Magos, esos Reyes Magos de toda España, qué tal envían sus regalos. Porque las 63.700 pesetas que cayeron en la lotería, fueron empleadas en comprar una casita modesta, una casita con un pequeño jardín, donde Jesusito ayuda a su padre a plantar hierbecitas, tiestos o cualquier rama caída o encontrada en las cercanías.

En cuatro años escasos, Jesús Martín Gómez tiene, en la problemática de su vida, el abierto signo de la esperanza.

Como las vidas de los hombres y de las mujeres anteriores, la suya será, también, una vida nueva. Una vida que ha tenido el mejor comienzo: Nochebuena.

Estas vidas de estos diez españoles son, en la realidad del ejemplo, un resumen o un símbolo si se quiere, de todos los españoles. Cada uno en su trabajo, en su hogar, en su familia, pueden disfrutar, con honda paz y penetrante alegría, estas Navidades de 1955.

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS MUERTOS

SEÑOR DON PEDRO ANTONIO DE ALARCON

NUESTROS paisanos, cuya representación madrileña se impuso la denominación tribal de el «clan de los gatos», por aféresis del nombre del Santo Patrón San Torcuato, quieren conmemorar en estos días el transcurso de un siglo desde que usted escribió en 1855 esa narración tan humana, tan poética, tan guadijeña, tan universal, que es la «Nochebuena de un poeta». Entonces usted se anticipó a Minou Drouet en cien años, pues, como la niña de Francia, que ha pasmado por su superchería o por su sortilegio a los editores, a los académicos, a los psiquiatras y a los frailes Dominicos franceses, tan propicios a salirse de la razón, no obstante Santo Tomás de Aquino, con sus versitos y con su epistolario, increíbles en una rapaza pueblerina de sólo siete años; usted también en esa misma edad descubrió en Guadix el intrínquis secreto de la vida y de la muerte, el arcano de la filosofía, el quid de la creación poética, mientras el cierzo penibético había metido a las familias dentro de sus hogares, la Alcazaba era una piedra mustia y la catedral iba a lanzar su kikirikí litúrgico para la «misa del gallo».

Según Hernández Pacheco, no hay más cordillera en España que la llamada Hesperia, o sea el gozne orográfico que, principiando en Galicia, acaba en Almería y en sus aledaños, entre los cuales está nuestro Guadix, en un valle altísimo de Sierra Nevada, comienzo o fin del mundo, cuna de un alma y de una estirpe que ha soportado las ocupaciones y los cautiverios, desde Fenicia, Roma al Islam, y que ha permanecido, sin embargo, cristiana, porque Cristo es la rehabilitación y la dignidad del hombre. Allí, entre una arqueología milenaria y los palacios del Renacimiento, entre las iglesias mozarabes y las flechas yugadas del escudo de los Reyes Católicos cedido al pueblo reconquistado en el último otoño de la Edad Media, nació usted cuando moría Fernando VII y se iniciaban con los prolegómenos de las guerras civiles la tan cacareada España moderna. Muchas veces he citado al caballero Marliani, que fué un aventurero de origen itálico al servicio de la masonería y de don Baldomero Espartero. Marliani fué el autor de un libro con el título seductor de «La España moderna», que arrancaba del abrazo masónico de Vergara y de la pacificación esparterista, cuya cumbre fué la huida de Doña María Cristina y el mandato del Regente con sus ayacuchos. Esta cúspide tiene una fecha, que es 1840, como en 1649 Richelieu trajo a la Península los miasmas de la insurrección interior (Cataluña, Portugal y hasta Andalucía se lanzaron a ser independientes, esto es, dependientes del extranjero), y como en 1940, las divisiones acorazadas de Adolfo Hitler se detuvieron en Hendaya. En 1840, según el caballero Marliani, España se insertaba en el orbe moderno, porque el Carlismo, alcaloide español, único ingrediente del agro y del ánimo hispánicos, reactivo secular, había sido derrotado, y porque el capitalismo financiero de los gabachos, de los ingleses, de los belgas, se apoderaba de nuestras minas, de nuestros ferrocarriles futuros, de la incipientísima y desmedrada industrialización de España. La España moderna era la España sometida a la rapacidad, al expolio, al coloniaje del exterior, desde la dinastía a los anticuarios.

Nuestro Guadix, en 1840, no era una ciudad moderna, acaso porque la había fundado Julio César, y fué la primera diócesis en España de los cristianos. Don Salustiano Olózaga, que había de inaugurar en seguida la técnica de abusar del temperamento femenino de la Reina, caracterizando una época de la Historia en la que usted intervino como mosquetero y luego como cristianísimo católico, había vivido en Guadix una etapa de su juventud turbulenta, pero

usted a los siete años no conocía sino a sus padres, a sus abuelos y a sus hermanos, amén de las oraciones, de los romances fronterizos y de las leyendas moriscas que tejían la atmósfera de su infancia. El antiguo palacio del Zagal estaba intacto, con su fachada que parecía la gacaca de un tapiz, y sus artonados, e igualmente retumbaba un misterio infantil dentro del Almorejo. Usted, como yo, como todos, estaba acostumbrado a acostarse a la hora de las gallinas, aunque había señorones noctámbulos y tertulias de madrugada, pero eso era la balbuciente disipación del romanticismo, aliada con el hábito de la caza, que exige los embustes venatorios junto a la lumbre y con el conato de la política partidista necesitada de la preparación de las tretas electorales y sus comentarios. Tales eran los trasnochadores, aparte de cuya excepción el resto del vecindario se recogía pronto en las veladas de un invierno intenso y húmedamente prolongado. Guadix, con sus viviendas troglodíticas, con sus gitanos más auténticos que otros gitanos, perduraba estático y aislado, aunque con una fantasía literaria y con un coraje racial que salía a relucir en sus facas y en sus trabucazos. El Niño de la Bola, que mata en un baile navideño de rifa, en las Cuevas de la Ermita nueva, es un arquetipo del ambiente de la ciudad episcopal, cuyo enlace directo con Granada era una diligencia no demasiado acelerada titulada «el Rayo».

Sin embargo, su familia, con un linaje de escribanos y regidores, como la mía, pero familia, de cierta manera, en decadencia, decidió abrirle los ojos en 1840; puesto que sus padres tenían muchos hijos, poco caudal y había que avisar, despertarse de la modorra o el ensueño acitano y poner la existencia y la imaginación de usted, don Pedro Antonio, en movimiento, cual la madre adoptiva de Minou Drouet hizo con la pequeña. Se eligió precisamente la Nochebuena para que no se durmiese tan pronto, como todas las noches, y así, como cuando velamos por completo, nuestra vigilia nos introduce en la edad viril, aquel retraso de meterse en la cama, tan helada, a pesar de los calentadores con brasas del fuego familiar, hubo de convertirlo en un niño poeta, en un poeta para toda la vida, que quiere decir también para siempre en un niño. Y cuando usted parecía un moro con su barba y estuvo en Tetuán era un niño y cuando viajó hasta Nápoles era un niño, y cuando fué diputado y consejero de Estado era un niño, y cuando publicó «El escándalo» era un niño, y cuando le asediaba la conspiración del silencio, porque se había apartado de la España moderna y prefería la señal de la cruz en sus ideas, en sus palabras y en sus sentimientos, era más niño aún, un niño hostigado, desvalido y buenísimo.

Hace un siglo cabal en que describió esta primer conversión de su biografía, tan henchida de retornos y conversiones. En 1855 había vuelto a mangonear fugazmente Espartero al lado de O'Donnell, y usted, venido a Madrid en busca de fortuna, se encontraba, casi adolescente, con la nostalgia de su pueblo y de su iniciación en los secretos del ser y de la nada. Usted era un niño católico que había oído cantar a su abuela aquel villancico que le llevaría a la desesperación, si en la ultratumba no hubiese una permanente esperanza.

«La Nochebuena se viene,
la Nochebuena se va...
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.»

eran las letras que se le clavaron en el corazón de muchacho. Pero usted, don Pedro Antonio de Alarcón y Ariza, hizo lo posible y lo imposible por salvar su alma y el alma de sus lectores. Y así ha permanecido su fama.

EL CONTRALMIRANTE TORANZO CALDERON, EMBAJADOR DE ARGENTINA EN MADRID

UN TESTIGO DE EXCEPCION EN LOS SUCESOS DE BUENOS AIRES

"Nuestro país se vuelca gozoso hacia España"



POR LA GRAN VIA MADRILEÑA

DESDE las ventanas del séptimo piso de la cancillería argentina la calle se borraba un poco entre la lluvia. Un ordenanza de la Embajada, un chiquillo fino, de ojos negros y avispados, me señalaba con el dedo la alta silueta de don Samuel Toranzo Calderón, que venía camino de la Embajada, cruzando a pie la Gran Vía.

—El señor embajador—decía el chiquillo con un decidido empaque protocolario. Anteriormente, cuando me abrió la puerta, muy serio, me advirtió: *Si el señor embajador le ha citado a los cuatro, seguro que viene.*

Y así fué: a las cuatro en punto se abrió la puerta de su despacho. Una sonrisa cordial y de buen augurio. Una mano grande, larga y fina, al estrechar la mía.

—*Síntese donde guste.*

El embajador, con rápidos, nerviosos y vivos movimientos, busca unos papeles en su mesa. Después, en sus cajones. Con un gesto cordial, un poco burlón, me dice:

—*Discúlpeme, pero es que soy el hombre más desordenado del mundo. Los papeles se me esconden.*

Un secretario pasa a decirle que su hija quiere hablarle por teléfono. Se levanta y conversa cariñosamente con ella. Cuando regresa al alto sillón de cuero se le ve feliz.

—*No hay que hacerla esperar mucho—dice alegremente. Después, cuando su secretario se retiraba, le hace una pregunta de sabio distraído: ¿Sabe usted dónde voy a ir a vivir? Es una calle*



El embajador examina unos documentos relativos a su misión diplomática

que termina en «Hoz», pero no me acuerdo de más.

El capitán le da las señas del domicilio que habitará dentro de unos días. El embajador, con un gesto peculiar de sus manos de hombre de acción, fuertes y sensibles, me invita a comenzar.



«SIEMPRE ME HE PRECIDIADO DE SER DESCENDIENTE DE ESPAÑOLES»

La conversación con el contralmirante Toranzo Calderón es bien sencilla. Sus palabras son las de un hombre que no se siente lejos de su tierra.

—*Piense que yo me siento medio español. Siempre me he preciado de ser descendiente de españoles.*

—*Estuvo alguna vez en España?*

—*No, así que ésta es mi gran ocasión. Conozco a España literariamente y ahora quiero vivir con los españoles para conocerlos perfectamente.*

Aunque son pocos días los que lleva en España el embajador de la Argentina, no quiere dejar de decirme sus primeras impresiones. Habla sinceramente, preocupado de escoger la forma más concreta.

—*A veces las palabras no llevan todo el sentido que uno quiere darlas. Pero le diré que mi primera impresión de España es que conserva lo que es más importante para mí: la tradición. Eso es, por otra parte, lo mejor que tenemos nosotros.*

Están tan cercanas, para él, las horas de su presentación de cartas credenciales, que, sin quererlo, me habla de ellas:

—*¡Qué majestuoso! Es, puede creerlo, un recuerdo imborrable que supongo, hayan sentido otros embajadores.*

—*Señor embajador, ¿cuál sería su mayor satisfacción entre nosotros?*

El contralmirante Toranzo me mira un instante antes de contestar. Sobre los ojos se dibuja el

fuerte trazo de los párpados. Una cara angulosa, fuerte, enérgica, de un ser vigoroso.

—Para mí no existe otra mejor, puede crearme, que dedicarme a mantener las relaciones cordiales con España.

Antes que pudiera decirle nada, completa más ampliamente sus ideas:

—Conozco al nuevo Presidente y sé su opinión sobre ello. Para nosotros no ha habido nunca ningún motivo, salvo de pura reacción personal, para que exista la menor dificultad entre nuestros dos pueblos.

La conversación se mueve ahora sobre la vida española en Argentina. El embajador, amistosamente, habla del influjo de nuestros compatriotas allí.

—El que conoce sólo Buenos Aires, una ciudad cosmopolita puede engañarse totalmente sobre la verdadera alma de Argentina. Esta permanece en las provincias.

Sonríe un momento.

—Yo soy de Buenos Aires, pero mi familia es provinciana y conozco muy bien el ambiente.

—¿Cuáles son las regiones de mayor influencia española?

—Para mí gusto Córdoba y Salta. Fíjese —contesta alegrementemente— que mi esposa es de Salta. La conocí cuando estaba de guarnición allí y no es que haya muchos españoles, sino que hemos heredado en esas provincias una gran tradición española.

El tema de América es siempre grato al español. Se lleva calado, recogido y alegre en el pecho. El embajador lo comprende muy bien. Precisamente, recién incorporado a su puesto, los países hispanoamericanos pedían el ingreso de España en la O. N. U. Quiero preguntarle, en nombre de nuestros lectores, su impresión personal. Siempre será grato oír un poco a las Américas hispanas.

—Desde mi punto de vista personal, el ingreso de España en la O. N. U. era un derecho legítimamente adquirido y no podía hablarse de una Organización internacional sin contar con España. Creo, además, que la presencia de su país resultará muy interesante entre los pueblos hispanoamericanos.

Hay una pausa. Entra en el despacho un secretario para decirle que una alta personalidad diplomática espera audiencia. El embajador mira en su libro de notas las visitas del día.

—Pero si no es hoy. Aquí dice: «Mañana, a las cinco».

El embajador está contrariado de no poder atender a su colega.

Su secretario mira, también, el libro oficial de las audiencias diarias:

—Sí, es para mañana, señor embajador.

RETRATO FISICO DEL CONTRALMIRANTE

Don Samuel Toranzo Calderón es de gran estatura. Pero de una altura nerviosa, de hombre a quien le gusta moverse de un lado para otro, caminar y ver las cosas con sus propios ojos. Es, igualmente, delgado. Hombre de fibra, con una cabeza fuerte, despejada, angulosa, que revela al hombre de carácter. Cara un poco tallada con el hacha, llena de experiencia, en la que una boca fina pone una nota humorística y bondadosa bajo una nariz fuerte y voluntariosa. Unos ojos negros sobre los que pesan los párpados. Grandes cejas que cierran la cara. Al hablar, al escuchar, la frente, como si fuera sensible, muestra bronceadas arrugas.

Se adivina el hombre de gustos sencillos. Viste un traje azul de raya blanca. Una camisa blanca, impoluta. Una corbata negra de nudo delgado. Un leve asomar del pañuelo blanco en el bolsillo superior de la chaqueta que, abierta, deja ver el chaleco del traje. En los puños el único adorno: unos gemelos de oro. Y nada más. Los movimientos rápidos, vivos, despiertos. Y una gran cortesía natural, sin el menor énfasis.

Después de la breve interrupción se vuelve hacia mí:

—Discúlpeme.

La conversación abre un paréntesis para el relato personal. El embajador, con una gran sencillez, habla de sí mismo.

Una parte de su historia se cruza con la revolución de la Argentina. El contralmirante Toranzo es un testigo que cuenta

las cosas, aunque actuara en primer plano, como si se tratara de algo que ocurrió a los demás.

DEL EJERCITO A LA MARINA

—Ninguna influencia familiar me lanzaba hacia la Marina, pero siempre me interesó mucho. Así que cuando se fundó la Infantería Naval solicité mi traslado desde el Ejército y me concedieron la autorización... Esto era por el año 1934.

El embajador pasa por encima, que en la misma Escuela de Guerra Naval, donde hizo cursos de especialización, estuvo posteriormente de profesor. Es difícil hacerle hablar de sí mismo. Mueve las manos como sacudiendo las palabras. Pero un testigo de tanta importancia nos tiene que contar alguna cosa. Veamos, pues:

—La Marina vivió siempre completamente aislada de la política. Era una especie de Paraíso particular. Las primeras noticias que tuve de la formación de un movimiento contra Perón fué hacia el año 1953.

—¿Dónde estaba usted?

—¡Uf! Muy lejos, allá en Bahía Blanca, de comandante de la VI región militar... Era un poco el destierro.

—¿Qué sabía usted entonces?

—Que en el movimiento estaban mezclados con los marinos, la Aeronáutica y algunos partidos civiles, además de algunos gremios descontentos con los Sindicatos.

Me cuenta ahora el contralmirante la fisonomía de aquellos días. La lucha contra la Iglesia y las medidas tomadas contra la enseñanza religiosa habían creado gran malestar.

—Pero el Ejército se mantenía aparte y los descontentos no tenían jefes.

—¿Cuándo llegó usted a Buenos Aires?

—Lo hice en enero, después de haber permanecido durante tres años en Bahía Blanca.

Entramos ahora en el cuadro familiar de aquellas horas. La llegada del contralmirante a Buenos Aires sirvió para que se pensara en él como jefe natural.

—¿Cómo recibió la primera proposición?

—Me fué a hablar un oficial que había sido ayudante mío, Suárez Rodríguez. Lo hacía en nombre de los demás y yo formé con él y otros capitanes mi Estado Mayor.

Me interesa preguntarle al contralmirante las razones que le obligaron a dar ese paso.

—¿Cuáles fueron?

—Primero, por encima de que el Gobierno nos tratara mal o bien, creía que estaba destruyendo los cimientos de la nacionalidad argentina. Perón hablaba de la nueva Argentina; nosotros creíamos que no había nada más que una Argentina.

—¿Quién entabló contactos con el Ejército?

—Lo hice yo. Hablé con algunos generales, no muchos, porque existían grandes dificultades para sondear el ambiente. La mayor parte de los generales eran peronistas, y la prueba es que no han quedado generales, salvo los



Presentación de cartas credenciales del embajador argentino en Madrid ante el Jefe del Estado



Momento en que a don Samuel Toranzo le es restituído en la Argentina el grado de contraalmirante y se le entrega la espada y galones de los que fué despojado

que están actualmente. Todos los demás son nuevos.

—¿Funcionaba bien el servicio de información del general Perón?

—Muy bien, pero conseguimos infiltrar en él algunos de nuestros hombres.

En torno, pues, al contraalmirante Toranzo se fueron formando los primeros servicios para la insurrección.

—Lo planeé todo, dejando a los generales amigos la parte del Ejército, para que la Revolución estallara el 15 de junio. Esa fue la primera fecha, después hubo algunos cambios y algunos se inclinaban por el mes de julio, aunque dejaron en mis manos la decisión final de la fecha.

El embajador, cruzadas las piernas, repasa vehementemente aquellas horas. Busca un documento para enseñarme que, al final, sonriente, no encuentra.

—Cast—dice—no he abierto las valijas.

—¿No se descubrió la conspiración?

—El día 14 de junio, en la noche, la gente infiltrada en los Servicios de Información, me comunicó que se sabía todo. Con un teleobjetivo habían fotografiado constantemente mi casa... Vivía en Belgrano, un barrio residencial de Buenos Aires... y tenían fichadas a todas las personas que tenían relación conmigo.

En aquellos momentos las cosas se producían con prisa. El contraalmirante abandonó su casa y se fué al ministerio de Marina.

—Dije a mi mujer que se acostara, que volvería en seguida; pero no volví... hasta tres meses después... Y no sólo se tratada de salvar el pellejo, sino de ver que iba a pasar.

—¿Qué resolvieron entonces?

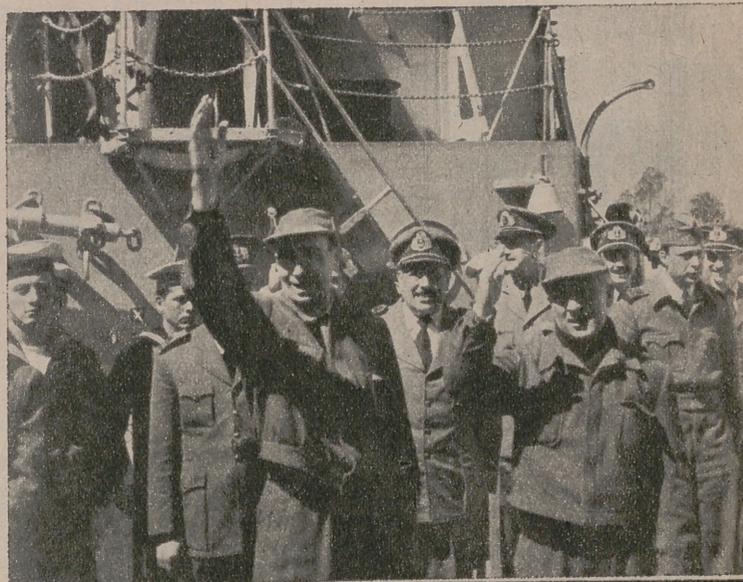
—Decidí todo para el día 16...

una comida invitados por el ministerio de la Guerra... Yo mandé los mensajes...

COMO FUE EL FRACASO EN BUENOS AIRES

Quedaba el levantamiento de Buenos Aires. Las órdenes eran terminantes y comprendían la conexión con la Aeronáutica.

—Sí, todo estaba preparado para comenzar a las diez y media. A esa hora estaban reunidos Perón y sus hombres en la Casa Rosada y la Aviación tenía que bombardearla... pero la neblina impidió su salida y la primera bomba cayó a las 12,40... Los grupos que estaban preparados para intervenir se disolvieron...



Llegada a Buenos Aires del contraalmirante Toranzo después de haber estado cumpliendo pena de prisión indeterminada en la cárcel de Santa Rosa



El señor embajador con su madre

—¿En tan poco tiempo?

—Cuando cayó la primera bomba estaban unos pocos civiles y un batallón de 300 hombres. Eran nuestras únicas tropas.

El embajador apoya la mano en la frente y prosigue:

—Recibieron orden de atacar, pero fueron rechazados con ametralladoras y se replegaron al ministerio de Marina, donde nos atacaron por todas partes también grupos de civiles...

Aquel mismo día después de la rendición quedaban incomunicados. Parecía que las cosas iban a ir mal, pero no fué así.

—Nos avisaron que nos iban a juzgar sumariamente, a la salida del sol, pero después de eso—dice sonriente—no pasó nada.

—¿Pasaron ante un Tribunal militar?

—Nos juzgó un Tribunal normal militar, de buena gente, que me condenaron a pena de muerte atenuada, lo que en las leyes de mi país quiere decir que se conmuta por la de prisión perpetua. Eramos 25 oficiales; algunos tenían un año de cárcel; otros, quince.

—¿No fueron penas muy leves?

—Yo creo que Perón tuvo miedo.

EN LA PRISION DE SANTA ROSA

Todos los detenidos quedaron

en la colonia penal de Santa Rosa, al oeste de la provincia de Buenos Aires. Eran todos oficiales de la Marina y la Aeronáutica.

—Teníamos entre nosotros, también, a un cabo. El cabo Silva, de Aviación, que había defendido, lealmente, la huida de su jefe con una ametralladora y después de salvarle se entregó.

En la cárcel de Santa Rosa hay un gran patio de arena, con árboles, en el que se reunían los presos. Dos horas diarias de paseo.

—Los presos, sobre todo dos, un homicida y un defraudador, se enteraban no sé cómo de todo lo que pasaba en la calle y nos facilitaban las noticias.

—¿Algún mal trato?

—Ninguno. El trato normal de todos los presos. Había quien se enojaba—sonríe al recordarlo—, pero no había motivo. Hasta el uniforme—añade humorísticamente—era bastante cómodo.

Durante el tiempo de prisión, como gimnasia mental, los oficiales, en las horas de paseo, se dedicaban diariamente a tratar determinados temas científicos o filosóficos. Un día tocó la bomba atómica.

—¿Cuándo salieron?

—Lo recuerdo muy bien. Justamente el día 21, fecha en que en-

tra para nosotros la primavera y para ustedes el otoño. Habíamos convencido ya al director de la cárcel de que nos dejara salir. Ese día nos fueron a buscar dos aviones que recogieron a nuestras familias y nos llevaron a Puerto Belgrano, al sur de Buenos Aires. Cuando llegamos a la ciudad, el día 23, el general Lonardi estaba al frente de todo.

—¿Había tenido tratos con él?

—Le conocía como a un camarada del Ejército, pero no intervine, aunque tuvo una gran actuación, hasta última hora.

Es la hora de los grandes problemas. Según unos, Lonardi no representaba más que una parte de la revolución; según otros, más.

—Lonardi se levantó en Córdoba, pero el verdadero jefe era el general Aramburu.

—¿Qué causas motivaron su nombramiento de embajador en España cuando todo parecía indicado para que ocupara usted un puesto importante en su país?

El embajador sonríe.

—Iba a ser ministro del Interior, pero pensé que era más conveniente alejarme del país y pedir la Embajada de España a Lonardi.

No hubo dificultad ninguna para concedérsela. El mismo día se pedía el «plácet» y el cambio de Gobierno no modificó la petición.

—Intervine también en el cambio de Lonardi, que estaba en manos de un grupo y, sobre todo, de un pariente suyo, un cordobés conservador.

—Dicen que es bueno estar retirado, señor embajador, de los primeros puestos en momentos de crisis.

—Eso dicen los políticos, pero yo no lo soy.

Antes de terminar quiero que el embajador me dé su opinión sobre el sindicalismo argentino. Será una opinión más e, indudablemente, importante.

—¿Cree usted, señor embajador, que se ha modificado socialmente la fisonomía de Argentina?

—El Gobierno de Perón dió mucho a los obreros, pero era una batalla, para mi gusto, que los obreros tenían que ganar y no puede ser de otra forma. Creó odios y utilizó el instrumento demagógico de la lucha de clases, además de crear una nueva clase dirigente que no eran obreros y a los que tenían. Perón hizo huelgas porque sí y huelgas porque no. Por hacerlas.

—¿Hay alguna figura destacada del peronismo en la actualidad?

—Creo que es Bamuglia quien intenta captar los viejos cuadros.

Ya de pie, en el gran despacho con la bandera argentina, pregunto al contralmirante Toranzo si quiere decir alguna cosa especial a los españoles.

—El placer de sentirme en España como embajador. Placer que me hace sentirme como en mi misma patria.

—¿Algo más?

Vuelve a sonreír.

—Acostumbrarme al trato del tú. Nosotros estamos todavía con el «vos».

La audiencia ha terminado.

Enrique RUIZ GARCIA



La señora embajadora, Marta Samy de Toranzo, acompañada de su sobrina Celia, esposa del agregado de Prensa de la Embajada

UNA TRAYECTORIA LIMPIA Y RECTA

EN las últimas declaraciones del Caudillo, una vez más, y para todo el mundo, ha quedado clara, patente y oportunamente expuesta nuestra limpia y recta ejecutoria ante Marruecos. Limpia y recta para todos los que quieran verla, incluso para Francia, que se obstina ciegamente en una política de errores, de sofismas, de juegos de palabras, de falsas promesas, de ajanoso prurito por echar al vecino las culpas y los pecados que sólo ella ha cometido y cuyas consecuencias a ella sólo le han de ser imputadas. Y aquí no valen las falsas interpretaciones. La interpretación no se ha hecho para el axioma, y las palabras del Caudillo tienen toda la claridad y la inteligible y fácil comprensión del axioma, de la verdad abierta.

En los últimos dos años la política de París para Marruecos ha sido de una constante y permanente volubilidad. Sólo ha habido persistencia y constancia para los errores. Cuando el egoísmo llegó a su límite y se creyó que había llegado el tiempo de convertir a Marruecos en una provincia más de la comunidad francesa, entonces no se tuvo escrúpulos para destituir a la autoridad legítima y representativa y desterrar al Sultán, contraviniendo los acuerdos y olvidando impunemente tratados en vigor que obligaban a Francia a mantener y defender esa autoridad legítima. Se nombró un nuevo Sultán que favoreciese los intereses de París, aunque ello

fuese en contra de los intereses propios del pueblo marroquí. Y cuando este mismo pueblo, ante una reiterada torpeza política, se planta, Francia, presionada por el peso de sus propios errores, levanta el destierro al Sultán, ofreciendo la solución sobre la base de una fórmula equívoca. Todavía no se ha definido aquella palabra de «interdependencia», inventada una tarde en la Cámara de París, y con la que el Gobierno de Francia creyó salir del paso.

En varias ocasiones, y en estos últimos años, con una continuidad asombrosa, Francia se ha encontrado en Marruecos como en un callejón sin salida.

Pero España no ha tenido que cambiar su política con Marruecos, porque ningún cambio era necesario. España ha respondido como siempre, con una amistad sincera, con una solicitud entrañable por defender y proteger a un pueblo que por tantos títulos podemos y debemos llamar hermano. España ha respondido con una atención verdadera y solicita a los intereses propios del pueblo marroquí. Intereses que nunca los hemos considerado ajenos o desligados de los intereses específicos de nuestra Nación.

La defensa de estos intereses llevó un día a España a oponerse abiertamente a la deposición del Sultán, al ultraje, al engaño y al desafío que esta deposición suponía. El Gobierno español mostró su repulsa y su descontento, negándose a reconocer la situación de compromiso negociada por Francia, y las tierras de nuestro Protectorado se mantuvieron fieles a la única autoridad legítima no reconocida por el Gobierno de París.

Hoy en Francia hay quienes siguen en su juego. España alzó su voz para denunciar un hecho que atentaba contra la paz y el orden del pueblo marroquí, y ahora, por las mismas razones y con los mismos argumentos, se opone al malabarismo político.

«Somos conscientes de nuestra propia responsabilidad y de los peligros que la precipitación y la inconsciencia de la política ajena pueda llevar a la paz, al orden y al propio progreso del pueblo marroquí, por cuya paz y bienestar nuestra Nación viene sacrificándose tanto, y no consentiremos que nadie pueda, con maniobras o sin ellas, reemplazarnos ni suplantarnos en nuestra misión de continuar capacitando al pueblo confiado a nuestra protección y de llevarlo por el camino de su independencia y autogobierno.»

Estas son las palabras claras, sin tergiversar, de nuestro Caudillo. No se trata de discutir el fin, sino los medios necesarios que han de llevarnos lógicamente a él. Y esos medios propuestos por Francia son los que España rechaza y rechazará de plano. Sin paliativos, ni composuras. Si el contenido de unas promesas tiene que llegar mezclado con la barahunda de partidos políticos al estilo europeo, con la destrucción de las tradiciones, con el menoscabo de la fe, con la división y la anarquía de ese pueblo tan querido y tan sentido por España, está claro, muy claro, que España no consentirá en el juego. Ni consentió antes ni consentirá ahora.

«En nuestro deseo de lealtad y buena fe hacia ese pueblo hermano nadie puede aventajarnos. El tiempo habrá de demostrar nuestras razones.»

El tiempo seguirá siendo nuestro mejor aliado. El tiempo demostrará que también ahora la razón y la verdad de nuestra palabra leal están de nuestra parte. La razón y la verdad están claras y contundentes en las palabras del Caudillo.

EL ESPAÑOL

DELINEANTE

MECANICO, EN CONSTRUCCION Y GENERAL

GRATIS recibirá equipo completo de dibujo compuesto de 17 piezas, entre ellas compás, tirallíneas y bigotera. Además 137 láminas de toda clase de elementos, 15 láminas de rotulación y 32 planos, con sus lecciones correspondientes.

✉ cursos por correspondencia

ROTULACION

200 LAMINAS con modelos de letras, orlas, adornos y anagramas, quedarán de su propiedad. Con nuestras lecciones, escritas por Rotulistas profesionales, aprenderá todas las técnicas: al pincel, a la pluma, al aerógrafo, al grabado, delineada y dibujada, realizadas sobre madera, papel, cartón, cristal, telas y lonas.



Pida folletos **GRATIS** y sin compromiso a
Fontanella, 15 Dep 46 BARCELONA

OTROS CURSOS: DIBUJO ARTISTICO Y COMERCIAL • TOPOGRAFO • DECORACION • PINTOR DECORADOR • APAREJADOR • TECNICO DE LA CONSTRUCCION • HORMIGON ARMADO • MAESTRO ALBANIL • TECNICO MECANICO • MOTORES • MECANICO DE COCHES • ELECTRICIDAD • CARPINTERIA Y EBANISTERIA •

ESPAÑA, EN LA O. N. U.

ESPAÑA ha ingresado en la O. N. U. Con ello queda cerrada la última fase de un período de injusto bloqueo político padecido con entereza y serenidad por nuestro país. Con ello utilizando el duro lenguaje de un reciente editorial del «Washington Star», se ha borrado un cínico e inmoral capítulo de la historia de las Naciones Unidas. Con ello, la sana política de la España renacida el 18 de Julio de 1936 acaba de obtener en la esfera de las relaciones internacionales, el más amplio reconocimiento de sus auténticas dimensiones: verdadera expresión del sentir de un pueblo soberano y libre, inspirada en los valores inmutables de la civilización cristiana.

Nos complace esta rectificación plena de la actitud iniciada por la inicua condena de Potsdam y rematada por una acción diplomática que fracasó por su propia falta de razón. Y nos complace también, y más íntimamente, recordar ahora, en esta hora del reconocimiento de nuestro derecho a figurar en el puesto que nos corresponde en la comunidad internacional, que este triunfo de la verdad de España es un triunfo conseguido de una manera absolutamente honrada y limpia, sin apelar al recurso fácil de las concesiones, sin desviarnos un milímetro de la ruta estrecha y sacrificada a la que ajustan sus pasos los pueblos que avanzan por la Historia estimulados por el sentimiento de su propia dignidad.

Ayer, en 1946, cuando obedeciendo a las consignas de una torpe maniobra política se pidió al Consejo de Seguridad que España fuese denunciada como una amenaza a la paz internacional, y hoy, en este mes de diciembre de 1955, cuando España ingresa en la O. N. U. sin que ningún país vote en contra de su admisión, España ha seguido siendo la misma, ha seguido, firme, en su sitio. Con razón se ha podido escribir estos días en la Prensa española que «sin la voluntad, la decisión y la unidad de los españoles, manteniéndose consecuentemente en sus posiciones, como un cuadro sagrado en torno a Franco, haciendo frente a todos los riesgos, soportando todos los sacrificios, llevando sin desmayos el peso de tantas incomprendiones, hoy no nos sería dado presenciar un hecho cuyo valor no puede ignorarse». Y con razón se ha comparado este triunfo de la acertada tenacidad política del Gobierno presidido por el Caudillo, y de la certera y constante adhesión del pueblo español a esta política, con una guerra de in-

dependencia. Una guerra de independencia, ganada, día a día, sin oponer al juego de las turbias maniobras del imperialismo comunista otras armas que nuestro espíritu de unidad nacional y nuestra limpia ejecutoria de nación que siempre orientó sus relaciones internacionales conforme a los preceptos clásicos del mejor entendimiento internacional: admitiendo la igualdad de las soberanías nacionales y sirviendo, con fidelidad exacta, lo pactado.

No necesitaba España, para tener conciencia de la verdad en la que inspira su política, esta rectificación de la O. N. U. No necesitaba, desde el punto de vista de la legitimidad de principios en que se basa su sistema político, este reconocimiento. Pero si eran convenientes ambos, el reconocimiento y la rectificación, en el terreno de las realidades cotidianas, en el terreno de la mecánica diaria de las relaciones internacionales.

Al remitir a las Cortes el texto de los convenios concertados con los Estados Unidos de América, afirmaba el Caudillo, enjuiciando la política internacional de la posguerra, y refiriéndose en concreto a la actitud mantenida hacia España: «Fueron tantos los errores cometidos estos años, con su secuela de pueblos vendidos y entregados, que hemos de considerarnos felices de no tener la menor responsabilidad en la tribulación en que tantas naciones de Europa se ven sumidas.»

Y añadía, más adelante: «Que los pueblos no pueden vivir sin una política exterior es cosa evidente. La falta de una política internacional en la vida de nuestra Patria y el abandono de su proyección en el exterior ha venido siendo la causa ya secular de nuestros desastres y de que, poco a poco, se olvidasen los grandes servicios que a través de la Historia nuestra Patria ha venido prestando a los otros pueblos.»

Así, día a día, España fué estableciendo sus pactos y acuerdos con diversas naciones. Así fué extendiendo su esfera de acción internacional. Y hoy, al ingresar con un pasado limpio en la O. N. U. alcanza, con su entrada, la expansión plena de sus relaciones internacionales y el pleno reconocimiento de su razón y su derecho como nación soberana y libre. España se mantuvo en la verdad. Fueron los demás quienes rectificaron.

EL ESPAÑOL

RELLENE Y ENVIE HOY MISMO ESTE BOLETIN

PARA CONOCER

POESIA

ESPAÑOLA

LA MEJOR REVISTA LITERARIA, QUE SOLO CUESTA DIEZ PESETAS

Don

que vive en

provincia de, calle

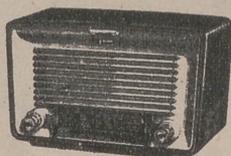
....., núm.

desea recibir, contra reembolso de DIEZ PESETAS, un ejemplar de «POESIA ESPAÑOLA».

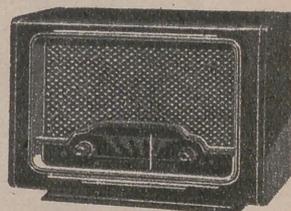
PINAR, 5 — MADRID

Llene sus horas

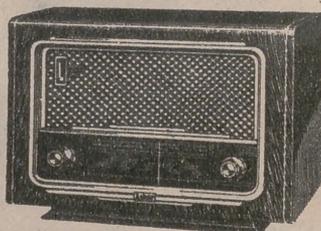
navideñas



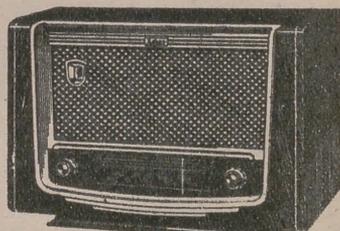
1.752,45 Ptas.



2.199,75 Ptas.



2.578,65 Ptas.



2.999,65 Ptas.



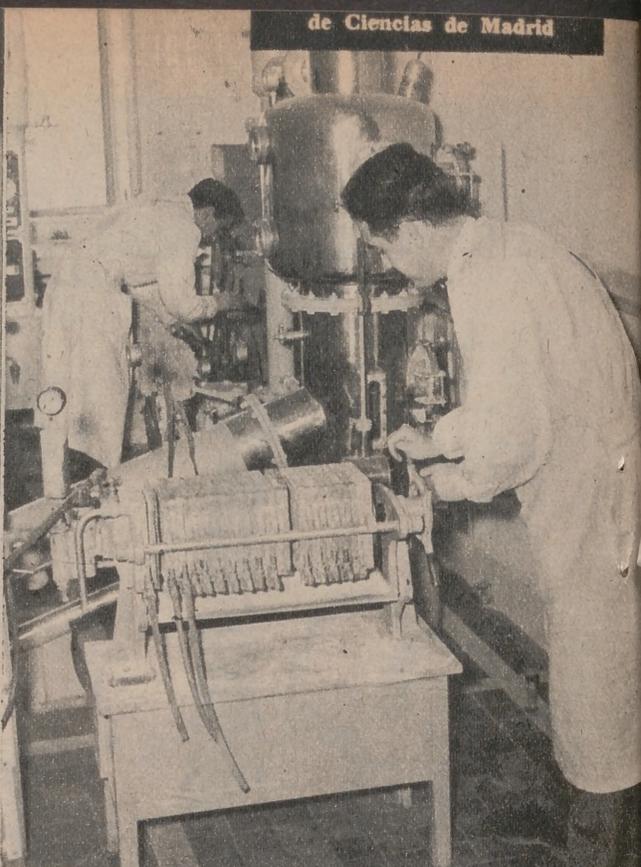
4.262,65 Ptas.



cardenas

DIRECCION DE VENTAS
Establecimientos Castilla. S. A. E
General Pardiñas 5 - Madrid

ASKAR RADIO



EL SABER SI OCUPA LUGAR

LA Facultad de Ciencias de Madrid está en el último extremo de la Ciudad Universitaria, y la forman dos modernos edificios, con mayor longitud que altura, unidos por un pasillo cubierto a la altura del primer piso, bajo el que se amontonan cientos de motos de todas clases.

A pesar de este aspecto imponente, resulta que en esta Facultad no se cabe. Es lo primero que dicen sus alumnos. De las cuatro secciones que componen la Facultad de Ciencias: químicas, físicas, naturales y matemáticas, sólo tienen casa los químicos y los físicos y además compartida con los alumnos de preparatorio de Medicina y Farmacia y con una serie de organismos que tienen allí su sede, como la Junta de Energía Nuclear, el Instituto Nacional de Electrónica, etc.

El problema es acuciante y las obras de las otras secciones están paradas. El pabellón de Naturales tiene una valla circundándole, sin ningún otro signo de actividad, y lleva así ocho años. El de Matemáticas no se sabe ni dónde va a erigirse. Por todo ello, los estudiantes de Ciencias han dirigido un escrito al señor Ministro de Educación, en el que se ofrecen a trabajar como obreros a través del S. U. T. (Servicio Universitario del Trabajo) en los dos pabellones que faltan, como hicieron sus colegas alemanes en la Universidad Libre de Berlín.

Desde luego, en esta Facultad

PROBLEMAS Y ASPIRACIONES DE LOS ESTUDIANTES DE CIENCIAS

LA FISICA, UNA DE LAS CARRERAS DE MAS PORVENIR

se observa gran actividad en todos los campos. En la habitación de la Delegación del S. E. U., un grupo de muchachos pinta un cartel anunciando un baile para las próximas vacaciones navideñas.

Hay una Delegación de Prensa a cuyo frente está Salvador Márquez, muy ocupado en estos momentos preparando una emisión de Radio S. E. U., con Gerardo del Aguila, redactor jefe del primer periódico de la Facultad: «E. C. U. M.» (Estudiantes, Ciencias, Universidad, Madrid), que saldrá dentro de unos días. Hay también una sección de Arte y Música, dirigida por José Vázquez, que además estudia violoncelo en el Conservatorio, y tiene preparado un magnífico programa de conciertos mensuales con fi-

guras destacadas de nuestra música.

Todos entran y salen—se ve entre clase y clase—, algunos con unas batas llenas de manchas e incluso de agujeros, como la de un chico que entra con las manos en los bolsillos, tan perforada por todas partes, que parece de encaje.

Esto tal vez es un signo de veteranía, como las capas de los estudiantes de Coimbra, pero por corrosivos que sean los ácidos no creemos que lleguen a tanto. Aquí están, pues, los estudiantes de Ciencias, con sus inquietudes y sus preferencias. Un representante de cada rama puede hacer de voz de todos sus compañeros.

EN QUIMICAS Y EN FISICAS SE QUEJAN DE LA COMPETENCIA DE LOS INGENIEROS

Por la sección de Químicas se presenta Eugenio García Toledano, un muchacho muy simpático, madrileño, hijo de médico, con veintidós años de edad. Le gusta mucho la Química, aunque también es muy aficionado al teatro, y ha estrenado ya algunas obras suyas con sus compañeros.

—Los químicos nos pasamos la vida en la Facultad—dice—; la mayoría de los días, incluso, comemos en ella. Tenemos muchas prácticas de laboratorio, pero es necesario; así al terminar tendremos conocimientos prácticos.

Las salidas de esta especialidad, aparte de cátedras y la en-

Prácticas de laboratorio en la Facultad madrileña de la Ciudad Universitaria



señanza privada, son los laboratorios y las fábricas, pero tienen la competencia de los ingenieros. Eugenio, sin embargo, cree que ellos están más capacitados en determinadas cuestiones, y hace observar que éste es el punto de vista de los químicos.

Desde luego, según se verá después en las declaraciones de los alumnos de las otras especialidades, los roces por competencia con los ingenieros son comunes a todas las ramas. Eugenio García Toledano afirma que en una asociación internacional que existe para intercambio de estudiantes técnicos, los de ingeniería acaparaban todas las plazas españolas, y sólo ahora con grandes esfuerzos han conseguido que admitan a los químicos.

En esta rama abundan las chicas; con Farmacia y Filosofía es una de las carreras tradicionalmente preferidas por la mujer. De los cien alumnos que hay en primero, cuarenta son chicas.

Se deja sentir la criba del preparatorio, que ha de aprobarse en un máximo de cinco convocatorias, so pena de dejar la carrera, pero, a pesar de ello, los químicos están contentos con él, pues es eficaz y ya se nota su efecto en las modernas generaciones, que tienen un mayor conocimiento de su profesión.

En nombre de la sección de Físicas de la Facultad de Ciencias madrileña habla Rafael Sanz Gancedo, de veinticuatro años, gran deportista e hijo de funcionario.

Estudia Física porque le gusta esta materia, especialmente en el aspecto técnico y de investigación. En sus ratos libres lee novelas de actualidad y los domingos se va a la Sierra, pues es un entusiasta del esquí y del montañismo.

Los futuros físicos encuentran que la dotación de su sección es escasa, especialmente teniendo en cuenta que su carrera es eminentemente experimental; por

ello propugnan un presupuesto mayor.

—El problema de la colocación al terminar, en esta especialidad es verdaderamente angustioso —dice Sanz Gancedo.

—Parece ser que para los alumnos de Ciencias Físicas puede presentarse un buen porvenir en la investigación nuclear.

—Así debía ser, pero los ingenieros parece que también se van a hacer cargo de estas cuestiones—según habla Sanz Gancedo.

Esto lo considera ya como una extralimitación, pues si no ofrece duda que la aplicación industrial de la energía nuclear la deben hacer los ingenieros, la investigación debe ser para los físicos. Como índice de los temores suyos y de sus compañeros cita el caso de las becas para estudiar cuestiones nucleares en los Estados Unidos, hasta ahora adjudicadas a los ingenieros.

UNOS ALUMNOS QUE TIENEN LAS AULAS DE PRESTADO

La búsqueda de alumnos de Ciencias Naturales no ha sido fácil; como dicen sus compañeros, son los volantes y están de prestado en locales de diferentes Facultades. Dijeron que preguntásemos por Acha, y Acha resulta ser el religioso marianista don Antonio Acha.

Don Antonio indica como dificultad preliminar de su carrera ésta ya sabida de los locales; pierden mucho tiempo yendo de un lado para otro.

En su sección abundan mucho los religiosos y religiosas, siendo mayoría sobre los seculares, debido a que esta especialidad no tiene más salida, casi exclusivamente, que la enseñanza.

En un futuro próximo tendrá mejor porvenir, pues hay un nuevo plan con una orientación más práctica, que divide esta sección en dos especialidades: Ciencias Biológicas y Geológicas, y tanto

la Biología, y especialmente la Bioquímica, como la Geología, tienen gran porvenir y utilidad.

Los de Naturales tienen también roces con los ingenieros, en determinadas cuestiones, como el estudio de plagas, etc., y sobre todo en las cátedras de los Institutos Laborales, que ellos consideran una salida lógica y natural de su profesión.

Don Antonio está de acuerdo con el nuevo plan, que ha dado a estos estudios una mayor modernidad, con aplicaciones útiles, ya que de por sí la Ciencia pura no basta.

La sección de Matemáticas iba a estar representada por Félix Villameriel, de Santander, para lo cual, por sus muchas ocupaciones, nos había citado en la Puerta del Sol en la mañana nada tibia del domingo. Después de esperar un gran rato, el señor Villameriel no compareció, con lo que demuestra poca formalidad y exactitud en sus citas, a pesar de su profesión.

Pero la Facultad de Matemáticas sale ganando, porque es Conchita Sánchez Martínez, de diecinueve años, la que va a hablar. Conchita es encantadora, inteligente, bonita y simpática, aunque con novio, para suerte del afortunado y desgracia de los demás.

Conchita Sánchez es soriana, pero ella se considera aragonesa, porque ha vivido siempre allí. Su familia tiene negocios, y ha estudiado esta carrera porque desde pequeña le han gustado las Matemáticas y además porque aspira a hacer cátedras de Normales de maestras y así se evita la competencia de los chicos, pues estas plazas se reservan para mujeres. Le gusta mucho el teatro: Shakespeare, Calderón..., y de teatro moderno, Jardiel Poncela. En novela, su autora favorita es Perla S. Buck. Es deportista, practica el baloncesto y el balonvolea, y en cuanto a diversiones le gusta el cine y el teatro, como

Alumnas de la Facultad de Ciencias de Granada



Futuros licenciados y doctores de la Facultad de Zaragoza





En la Facultad de Barcelona predomina el sexo débil. Ellos cambian impresiones mientras las chicas se aplican ante el cuadro de notas

de Ciencias con las Escuelas Especiales.

—Una solución sería la absorción de las Escuelas Especiales por la Facultad de Ciencias, creando una Facultad Politécnica al estilo de las de otros lugares

En estas opiniones abundan los estudiantes de primero y segundo. Aun hay más: hay quien dice que si esto no se llevara a cabo podrían establecerse la creación de salidas exclusivas para los licenciados en Ciencias. De todas las carreras universitarias que llevamos examinadas, ésta de Ciencias, sobre todo en las ramas de Física y Matemáticas, es la menos numerosa en lo que respecta a alumnos matriculados. Sin embargo es numerosa, proporcionalmente, la participación de matriculados.

Y es numerosa porque tal vez sean las materias que se explican en estas especialidades las de mayor atención y las de un esfuerzo de identificación y aclaramiento entre profesor y alumno.

De los alumnos matriculados en Zaragoza, la mitad, exactamente, pertenecen a los primeros cursos, y es precisamente en los primeros cursos cuando la atención por parte del profesor es más necesaria.

—Se nota mucho el paso del Bachillerato a la Universidad, sobre todo en esto de las Matemáticas, de la Física o de la Química.

Por ello, los alumnos zaragozanos se quejan de la poca eficacia de las clases prácticas en determinadas asignaturas.

—Muchas veces, la clase práctica se reduce a poner un problema de análisis matemático o de Geometría Analítica, y si el alumno lo resuelve, mejor para él. Cuando la hora se acerca hay que copiarlo de quien sea, muchas veces sin podernos enterar del procedimiento de resolución.

Los alumnos zaragozanos creen que los grupos de prácticas debían ser más reducidos, casi de diez alumnos a lo máximo. Sin embargo, ellos, lo mismo que los demás, tropiezan con la falta de locales. Falta de locales en estas grandes Universidades que, afortunadamente, se van quedando cada vez más pequeñas.

LOS LIBROS DE CIENCIAS NO SON CAROS

En el mismo edificio de la barcelonesa avenida de José Antonio se encuentra la Facultad de Ciencias con sus secciones de Químicas, Físicas y Matemáticas.

El aire de la Facultad no es tan serio ni tan abstracto como los temas y los conceptos que en sus clases se manejan, se explican y se estudian. Existe el buen humor, un humor amplio y generoso

como corresponde a la juvenil edad de los alumnos y alumnas de primero y segundo curso que vencen las dificultades de la carrera.

Barcelona ha sido, precisamente, la única ciudad española que ha visto inaugurarse en su Facultad de Ciencias la primera cátedra de Ciencias Nucleares. Con ello, los estudios de esta especialidad, para físicos y para químicos, adquirirán una supremacía evidente, en mejores condiciones de investigación que en el resto de las Facultades de otras Universidades. Por lo menos, eso esperan los alumnos.

En la sección de Químicas, al igual que en las restantes Facultades españolas, la mujer ocupa un puesto preferente. La bata blanca, tal vez, es un bonito ornato para una profesión; y mucho más si ella está realizada por la presencia elegante, simpática e inteligente de una mujer, de Nuria Carrera Andréu, de Barcelona, por ejemplo.

—Estudio Químicas porque me gusta, porque tengo afición a ello.

Una afición que va incluso contra el novio, pues el novio de Nuria Carrera Andréu no quiere que su futura sea licenciada; pero la mujer, por ahora, no dejará los estudios.

Ser físico, hoy, es tal vez la carrera de más porvenir; por lo menos de más porvenir científico. Antonio Segarra es un estudiante de la rama. De influjo familiar le viene la afición, pues su padre fué catedrático de Matemáticas en el Instituto de Cervera. —Pienso dedicarme al profesorado.

Evidentemente, ser profesor de física atómica no es cosa fácil ni mucho menos.

En la sección de Matemáticas los alumnos, unánimemente, opinan bien de los libros.

José Luis Margarit, un futuro astrónomo, hijo de especialista de corazón de Barcelona, corrobora la noticia.

—Los libros de Matemáticas no son caros, pues su calidad y su rigor los hace baratos. De todas maneras, nuestros libros son mucho más baratos que los de Medicina y Derecho, por ejemplo.

El que estudia Matemáticas, desde luego, lo hace por verdadera afición. Porque las salidas no son muchas y los estudios, en extremo difíciles.

Esta es la afición de Pedro Calonge Rosell, procedente de modesta familia de Manresa, que cursa sus estudios, gracias a la ayuda de una beca; Pero Calonge, en el futuro, quiere ser profesor de Matemáticas.

Así son las aficiones de los estudiantes barceloneses. También tienen sus problemas—prácticas, laboratorios, instrumentales, clases—pero se olvidan de ellos, tal vez porque estudiar Análisis Matemático, Química Analítica o Mecánica Racional es cosa capaz de hacer olvidar a cualquiera hasta su nombre de pila.

Entre clase y clase, el bar estudiantil o los billares de la avenida de José Antonio, o Rigat por la tarde, pueden hacer pasar un poco las amarguras del Cálculo de Variaciones.

Los estudiantes de Ciencias de Barcelona, hoy por hoy, en lo que cabe, están contentos.

ya hemos dicho, pero sobre todo los toros. Conchita se confiesa muy taurina. Los domingos suele ir a merendar con las amigas, y «no sale con chicos por su compromiso».

Respecto a su Facultad, todo lo encuentra muy bien, «porque Madrid, comparado con provincias... Esta sección no tiene preparatorio, conservan el plan antiguo y tiene asignaturas muy difíciles, como el Análisis matemático».

Como los alumnos del preparatorio de Farmacia y Medicina, los de Ciencias, de todas las ramas que lo tienen, han de dar clases particulares; si no indispensable, por lo menos es conveniente.

Conchita, de lo único que se queja un poco es de que miren como bichos raros a las chicas que estudian Exactas, porque ella cree que con un poco de inteligencia y buena voluntad una mujer puede estudiar las mismas cosas que el hombre.

Nosotros hemos de confesar que también nos hemos asombrado, pues veníamos con la idea de «las gafas, de negro y con paraguas», y nos ha resultado todo lo contrario; en suma, que ciertas profesionales pueden llegar a hacer simpático hasta el binomio de Newton.

EN ZARAGOZA PROPUGNAN LA CREACION DE UNA FACULTAD POLITECNICA

Esta misma preocupación de la competencia entre títulos profesionales puede encontrarse en cualquier Facultad de Ciencias de provincias Igual puede ser Zaragoza, que Granada, que Salamanca.

José Luis García García es un estudiante de primer curso de la sección de Matemáticas de la Facultad de Zaragoza. El tiene sus soluciones para esta especie de enfrentamiento de las Facultades

SUSCRIBASE A
POESIA ESPAÑOLA

PRESTIGIO

de la Ligereza



HORA
CERTINA

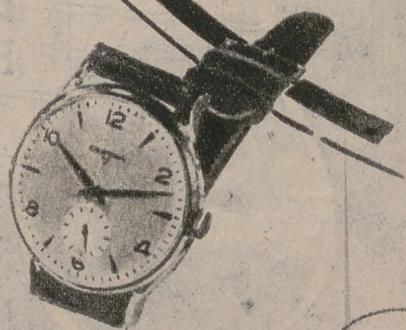
- ELEGANCIA
- PRECISION
- FORTALEZA
- EXACTITUD

Construido en su propia fábrica, CERTINA es el reloj de exactitud infalible, ligerísimo, que aporta en todos sus modelos para señora, caballero y niño una fina y elegante concepción de línea moderna, a los precios más asequibles.

PROTEGIDO CON EL LEGITIMO INCABLOC (contra golpes) MUELLE IRROMPIBLE -- ANTIMAGNÉTICO CORONA DE ACERO

CERTINA

EL RELOJ DE PRECISION MAS FINA



LANZA

Fabrica en
GRENCHEN
(Suiza)



Magno
Brandy Extra Viejo

¡Exquisito!
¡Extraordinario!



GIBRALTAR

Por José REDONDO-GÓMEZ

UN BALDON EN LA HISTORIA DE INGLATERRA

SI ante un tribunal internacional se plantease el problema de Gibraltar, desde cualquier punto de vista, incluso el de la conveniencia de sus detentadores actuales, la sentencia no podría ser otra que la devolución a sus legítimos dueños, que lo son por razones geográficas, históricas y jurídicas. Ni dentro de la más arbitraria moral pirática se comprendería la tozudez británica por conservar una colonia dentro de una nación europea. Porque Gibraltar no es una conquista, ni siquiera el botín de la habilidad de un tiempo en que a la guerra seguía la diplomacia, ni siquiera un hurto realizado en un momento de descuido salvando con gracia el peligro del descubrimiento. Y como no es nada de esto, Gibraltar es sólo un baldón en la historia de Inglaterra, una vergüenza para un país que presume de ser la fuerza que garantiza el orden en Europa.

No es una conquista, porque el episodio militar que terminó el 4 de agosto de 1704 clavando la bandera inglesa en la muralla de Gibraltar, no tuvo ninguna categoría militar; ni, en el caso de haberla tenido, le hubiera correspondido a Inglaterra su posesión. El episodio está suficientemente claro para que quepa discusión sobre él. Los ingleses aprovecharon la situación creada en la Península por la guerra de sucesión entre el archiduque Carlos de Austria y Felipe V, y al revuelo de los sucesos navíos británicos y holandeses, que volvían de Barcelona en dirección hacia el Estrecho, pusieron sitio a Gibraltar, que estaba abandonado. En el Peñón no había más autoridades que el gobernador, don Diego de Salinas, y el alcalde, don Cayo Antonio Prieto, con ochenta soldados. Bien lo sabían los ingleses y los holandeses.

Fácil presa era la roca para Rooke, el desaprensivo almirante. Frente a los navíos atacantes sólo pudieron los españoles oponer una defensa popular, que no llegaba a cuatrocientos hombres, reunidos por don Diego Salinas y mandados por don Juan Medina, don Juan de Avila y Pacheco y don Francisco Toribio de Fuentes.

Desde el primer momento actuó la perfidia—la proverbial perfidia inglesa—, enviando al Ayuntamiento de Gibraltar una comunicación firmada por el archiduque con el título de Rey de España y otra del pobre Landgrave de Hesse Darmstadt, en las que se declaraban que toda España estaba por el archiduque Carlos, que con la cifra de III pretendía suceder a su amado tío Carlos II.

El cabildo rechazó las propuestas contenidas en las cartas y el bombardeo comenzó el 4 de agosto. Inútil era todo intento de salvación. Había que capitular. Gibraltar quedaría sujeta en el litigio, de momento, al archiduque. Y es aquí donde Rooke interviene con una acción inconcebible, que descubre las intenciones que movían a Inglaterra a intervenir, por encima de todas las apariencias, en el pleito sucesorio.

El pobre Landgrave, jefe de la expedición, se apresuró a colocar la bandera austriaca—el estandarte imperial—en la muralla. Pero Rooke, astuto y taciturno, tomó una bandera inglesa y se la entregó al capitán Hicks, quien, ante el estupor de los presentes, arrancó la que por lo pronto debía ondear y la llevó a la muralla. Entonces Rooke

la tomó en sus manos y, clavándola, tomó posesión del Peñón en nombre de la Reina Ana de Inglaterra.

Si el Ayuntamiento de Gibraltar, intimidado, se hubiese declarado por el archiduque, Rooke hubiera procedido de la misma manera, porque en el ánimo de los ingleses, poco escrupulosos de formalidades, estaba ya, desde Cromwell, el propósito decidido de hacerse con lo que el tópico verbal llamaba la *llave del Estrecho*. Así, sin más, fué la conquista de ese preciado trozo de tierra española que Bowless, en un folleto titulado *Gibraltar, un peligro nacional*, considera que «para Inglaterra representa la gloria del pasado, el poder del presente y la seguridad del porvenir», y que para nosotros significa el postulado imprescindible y gremio a nuestra restauración histórica.

No es, pues, la restitución de Gibraltar a España sólo una reparación por parte de Inglaterra de un desafuero o una fechoría—para hablar castizamente—, sino una necesidad española. La bandera inglesa no puede ondear materialmente sobre el Peñón, como no ondea en el corazón de los españoles. Gibraltar no es, por ningún título, inglés, y no existe ningún español, ni de aquí ni de allá, ni de este partido o tendencia, ni de ninguna condición ni ideología, que no sienta y comprenda como una injuria que la bandera británica ondee acariciada por el viento de la Patria.

Pero si el hecho material de la supuesta conquista es deprimente para Inglaterra e inaceptable para los españoles, todavía lo es más el documento que lo legaliza, ese malhadado *Tratado de Utrecht*, que el 13 de julio de 1713 se firma sin que España intervenga y por el que Francia cede Gibraltar a la corona inglesa en su artículo 10, como si se tratara de una finca de la propiedad de una familia («la ciudad y castillo de Gibraltar»), con estas palabras:

«El Rey Católico, por sí y por todos sus sucesores, cede por este Tratado a la Corona de la Gran Bretaña la plena y entera propiedad de la ciudad y castillo de Gibraltar, juntamente con su puerto y las defensas y fortalezas que le pertenecen, dando la dicha propiedad para que la tenga y goce absolutamente, con el entero derecho y para siempre, sin excepción ni impedimento alguno.»

Demos por bueno que así sea, pues andan por medio intereses reales. Mas prosigamos con el artículo 10 del *Tratado de Utrecht* para descubrir que ni palabra de Rey detuvo a Inglaterra para obrar después de acuerdo con su *real gana*, pues el caso es que a continuación se estipula:

«Pero para evitar los abusos y fraudes que podría haber en la introducción de las mercaderías, quiere el Rey Católico y supone que se entiende así, que la dicha propiedad se cede a la Gran Bretaña sin jurisdicción alguna territorial, y sin

comunicación alguna abierta con la jurisdicción circunvecina de parte de tierra.»

Todo se hizo a espaldas de España, entre Francia e Inglaterra principalmente, aunque presentaron pretensiones Holanda, Alemania, Portugal, Prusia, Saboya, el Elector Palatino, el Elector de Tréveris, el duque de Witterburgo, el obispo de Munster... Consultar a España, no se considero oportuno. Se trataba de una sentencia de muerte, y aceptarla sin protestas no es lógico esperar lo ni siquiera de los moribundos. Pero, con todo, al pie del documento estorbaban su firma el duque de Osuna y el marqués de Monteleón.

De hecho el expolio estaba consumado, contra la voluntad del Rey Felipe V, contra la voluntad de los mismos firmantes. De modo que la voluntad que se dirige hoy hacia la restitución a sus dueños de la roca calpense no es una improvisación, sino una continuación de la voluntad nacional, tensa desde el mismo momento en que Rooke clavó la bandera de la Reina Ana de Inglaterra sobre la muralla de Gibraltar.

El pleito es tan viejo como la apropiación indebida. Podríamos acumular testimonios abundantes para demostrar que ha llegado el momento de plantear el problema de Gibraltar de manera terminante, por cuanto que las promesas de Inglaterra, reiteradamente incumplidas, no dejan lugar a duda de que se reducen a meras palabras y buenas formas de *gentlemen*. Porque si Inglaterra estuviera bien dispuesta para restituir el Peñón, a lo largo de los años transcurridos desde la carta que en 1721 dirigió el Rey Jorge I a Felipe V se le hubiese presentado la ocasión de dar satisfacción a la justicia.

Hace, efectivamente, doscientos treinta y cuatro años que el Rey de Inglaterra escribió al español estas contundentes palabras: «Estoy pronto a satisfacerle con la restitución de Gibraltar, valiéndome de la primera ocasión favorable que haya en mi Parlamento para arreglarlo.» Ha estado durante ese tiempo el Parlamento inglés demasiado ocupado en asuntos interiores del Reino Unido, ha sostenido grandes luchas, ha organizado un Imperio, ha construido la nueva estructura de la

Commonwealt, pero el asunto de Gibraltar ha sido siempre olvidado. Hado acaso en el poder del tiempo para hacer desaparecer el dolor y la irritación que producen las injurias.

Pero Inglaterra debía comprender que el pleito de Gibraltar ha estado presente siempre en la conciencia española. Debía comprenderlo por muchas y diversas razones. Porque la disconformidad unánime de la nación se ha hecho patente más de una vez en acciones bélicas y como determinantes de aptitudes colectivas populares y espontáneas en los conflictos internacionales. Y porque llegado el momento del esfuerzo nacional para restaurar la jerarquía histórica a que tenemos derecho, la reincorporación de la roca calpense es imprescindible. España tiene conciencia de que un país soberano no puede tener, sin mengua de su dignidad, un trozo de su tierra colonizada.

Esta es la posición vital de los españoles, que las esferas oficiales interpretan justamente y que el Caudillo Franco, con la serena ecuanimidad de estadista, ha expresado clara y contundentemente.

Quisiéramos que Inglaterra, de cuyo olfato político empezamos a dudar, se diese cuenta de que la injuria de Gibraltar es más honda de lo que ella supone y que el paso del tiempo sirve sólo para irritar cada vez mas la conciencia nacional, hasta el punto de no dar cabida a la reflexión. Pero, haciendo un hueco a ésta, podemos todavía preguntar: ¿Qué intereses, qué motivos justifican su actitud? ¿Son razones militares?

El Caudillo Franco, con su autoridad militar única, ha razonado, objetiva y diáfananamente, sobre este aspecto de la cuestión, para deducir que el Peñón carece hoy, en absoluto, de valor estratégico. ¿Son razones económicas?

No pueden serlo, toda vez que éstas, sin las militares, en una buena doctrina geopolítica no existen. Luego, en puridad, lo que mueve a Inglaterra a seguir disfrutando de su bochornosa usurpación es el deseo de continuar impidiendo por todos los medios a su alcance el levantamiento y la reincorporación potente de España al grupo de las naciones poderosas.

Por lo tanto, Gibraltar no es para la conciencia colectiva española un problema a tratar, sino una enfermedad a curar, una especie de tumor que hay que extirpar. En la mesa de una conferencia oficial tendrían lugar las razones para un convenio; en el plano inmediato de las realidades vitales y de la sensibilidad colectiva sólo tiene cabida la rabia y el rencor, el *santo rencor*, diríamos con palabras de un gran poeta nuestro que afila las armas y temple la voluntad para el día de la reconquista, que, tarde o temprano, ha de llegar.

La ofensa de Gibraltar es tan grande que irrita a la misma conciencia inglesa en sus personalidades más ilustres. En nuestros mismos días tiene Inglaterra un glorioso anciano a quien podría consultar: el filósofo Bertrand Russell. Porque una nación como Inglaterra no puede carecer de mentes finas, de espíritus que saben que la altanería es vanidad y estupidez cuando no está respaldada por la ética.

En el movimiento anticolonialista de un mundo de segundo orden, como el que estamos presenciando, una colonia en una nación ilustre tal que esta entrañable España, solaz de una de las mas grandes civilizaciones de la Historia, es bafa y escarnio a los más elementales principios de la justicia.

Los ingleses dijeron en cierta ocasión, cuando el poderío español declinó, FINIS HISPANIAE. Los españoles, cansados de pelear, pusieron en circulación el refrán «con todo el mundo en guerra y paz con Inglaterra».

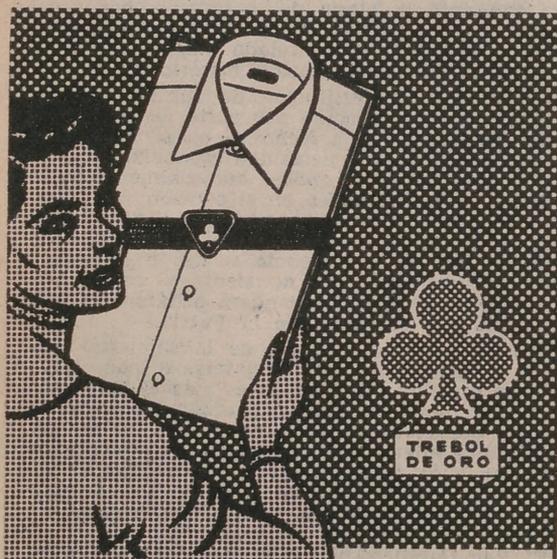
Pero sepa la rubia pantera británica que hace más de quince años que esto pasó definitivamente al archivo de las curiosidades históricas. Pasó justamente el día que Franco, triunfador, firmó este lacónico y elocuente parte de guerra:

«EN EL DIA DE HOY, CAUTIVO Y DESARMADO EL EJERCITO ROJO, LAS TROPAS NACIONALES HAN ALCANZADO LOS ULTIMOS OBJETIVOS MILITARES. LA GUERRA HA TERMINADO.»

Terminó la guerra para comenzar una nueva etapa de la Historia de España, en uno de cuyos capitulos ha de escribirse para los futuros textos de enseñanza:

«REINTEGRACION DE GIBRALTAR EN LA UNIDAD NACIONAL.»

José REDONDO GOMEZ



CAMISAS

Jama

Medidas garantizadas

Auténtico popelín

... mejor que a medida

JULIO CARO BAROJA UN EXPLORADOR CIENTIFICO DE FAMA UNIVERSAL

SU LIBRO SOBRE EL SAHARA ES COMO UN DOCUMENTAL VALIOSO Y PINTORESCO

Entrevista con don Pío al fondo

JUNTO AL TIO

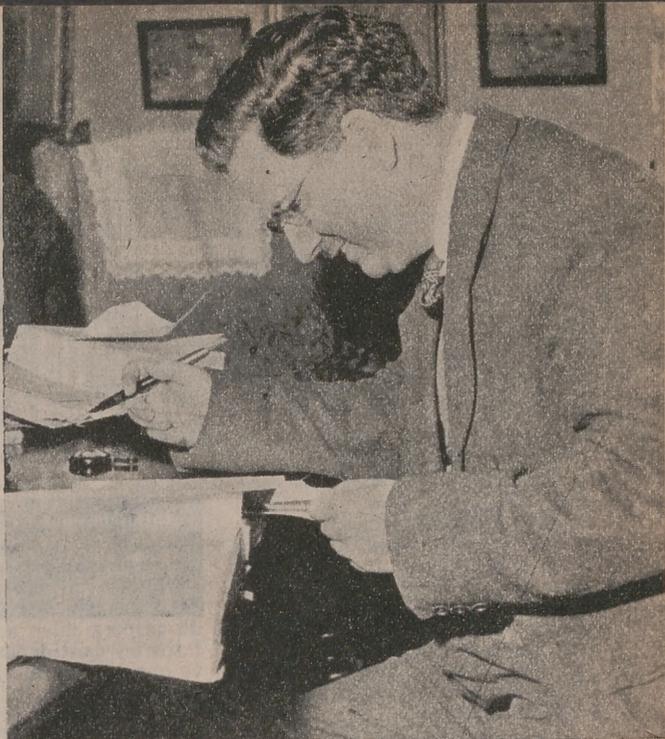
PARA buscar y encontrar a Caro Baroja hay que ir derecho a donde esté don Pío; aquí, en Ruiz de Alarcón, o en Vera. Ellos dos, más Pío, el sobrino que ahora está vagabundeando por tierras de América, forman una trinidad suficiente y cerrada. Pero cuando Caro Baroja no está al lado de su tío es que está en Oxford, en Filadelfia o en cualquier pueblo perdido de España. Si está en el extranjero es seguro que está dando alguna conferencia o apurando alguna bibliografía; si está en España es porque está persiguiendo bajo el suelo del pastoreo, en la plática de los jornaleros o en el estilo de la construcción, instrumentos, palabras y formas de vida que no por fenecidas o míticas dejan de tener su interés y su vigencia. El mundo que estudia Caro Baroja es un mundo de gran fuerza sugestiva y actualidad porque nunca sus trabajos se refieren a la pura nomenclatura de las sociologías ya periclitadas. Sus hallazgos se convierten en muchos casos en filosofía de la historia.

También don Pío está siempre donde esté Caro. Aunque esta vocación del sobrino la encuentre algo rara, en el fondo le admira y acaso le tiene algo de envidia. La facilidad con que Caro se

traslada a Alemania o al Africa es cosa que por fuerza tiene que impresionar a Baroja. Su manía de siempre fué la de andar y ver, la de curiosear y viajar, la de olfatear y retratar los paisajes y los ambientes más diversos. Todo esto lo tiene a la mano el sobrino. Las postales y telegramas que Caro va enviando a don Pío desde cualquier parte del globo le hacen acudir al Atlas y soñar. Sueña entonces don Pío los divertidos y novelescos viajes que se ha perdido. Claro que si él hubiera tenido esas oportunidades no se le ocurriría seguir las huellas a los arados y trazar planos de los techos de las viviendas. A él le atría otro tipo de realidades y experiencias.

Caro Baroja es casi lo mismo que don Pío; quierlo decir que habla, se mueve, ríe y reacciona casi igual que el tío. Incluso físicamente Caro ha perdido como un poco de su apresto juvenil y se ha hecho de la misma edad que el tío. Caro Baroja es un don Pío Baroja que en vez de escribir novelas le ha dado por coleccionar leyendas populares y costumbres, usos y modos de vida ya fenecidos, pero de los cuales se pueden

Julio Caro Baroja ha cobrado gran importancia por sus recientes estudios sobre Africa. He aquí dos instantáneas en la tienda de nómada



desprender arduas y curiosas consecuencias.

Si le preguntamos a don Pío por la vocación del sobrino nos contestará poco más o menos que en la vida hay y tiene que haber gente para todo, y, al mismo tiempo, se extrañará de que estas entretenidas excursiones del sobrino, sean, incluso, remunerativas.

—Don Pío—le digo—. Su sobrino acaba de escribir un libro más gordo que todos los suyos.

—Es verdad, es verdad—responde mientras echa una ojeada al voluminoso tomo de «Estudios Saharianos».

—No ha perdido el tiempo en su viaje al desierto.

Don Pío se queda un poco callado y meditativo. Está pensando, seguramente, que de dónde habrá sacado su sobrino tal cantidad de detalles sobre la vida de los nómadas.

UNA MESA PARA DOS

Se ve que don Pío está contento de la vocación investigadora del sobrino. Cada crítica de los libros que publica el etnólogo, cada comentario a sus cursos y conferencias, don Pío los saborea como propios. En cierto modo se diría que de no haber sido novelista a don Pío le hubiera gustado ser un sabio de gran autori-





Ante un paisaje desolado, el joven explorador observa la tierra abierta. Derecha: Molina, ayudante de Baroja en su expedición africana

dad y prestigio, como lo es su sobrino. Ortega solía decir que a Baroja le hubiera gustado ser lo que sus personajes, un hombre de acción; pero acaso esto sólo fuera un deseo inconsciente. De un modo consciente quizá a Baroja le hubiera gustado ser un gran pintor o un investigador de fama universal.

La mesa de trabajo de don Pío es amplia y allí, mano a mano, uno frente al otro, trabajan los dos, tío y sobrino, cada uno en lo suyo. Los folios archicorregidos de don Pío se mezclan con las cuartillas pulcras y cuidadas de Caro, en donde con letra menuda va escribiendo todo lo que se desprende de sus diarios de viajes.

La biblioteca tiene poca literatura. La biblioteca de don Pío está en Vera. Los libros que hay aquí se puede decir que son pocos y de ocasión. La biblioteca de Ruiz de Alarcón la ocupa y llena la selecta y abundante bibliografía de Caro Baroja, libros caros y difíciles que aparecen lo mismo en El Cairo que en Atenas.

Caro tiene un montón enorme de carpetas perfectamente clasificadas. En ellas tiene anotados sus viajes por las diversas regiones españolas. De cada viaje se trae un montón de dibujos y planos, obra que realiza él mismo con una técnica equidistante entre la frialdad del aparejador y el primor artístico. Edificios, personas, enseres, paisajes, son trasladados por Caro Baroja a la cartulina o a la acuarela. De ca-

da carpeta salen además fichas y fotos en cantidades fabulosas. Se ve que en su trabajo es metódico, riguroso, pacienzudo y exacto.

Para Caro es una gran diversión también servir de intérprete y guía en la obra extensísima de su tío. Y cuando hay que consultar un pasaje o aludir a un texto, rápidamente da con él. Caro Baroja se sabe casi de memoria las novelas de su tío.

Para las visitas y las tertulias no hay guía ni intérprete más fiel que Caro.

TRES MESES EN PLENO DESIERTO

Caro se encuentran en el desierto tan tranquilo y aburguesado como si estuviera en Reccletos.

Allí, acompañado de su colaborador Molina trabajaba ordenadamente de sol a sol, extrayendo material informativo y documental después de interminables charlas con todos y cada uno de los miembros de aquellas tribus.

Gráficos y fotografías eran el único descanso en aquel diálogo vivo con los nómadas y los tipos sedentarios del poblado.

La oficialidad española, los moros soldados y hasta los pintorescos pastores que iban de paso, se hacían lenguas hablando de la amabilidad y simpatía de los sabios.

La idea de este itinerario puede considerarse como uno de los mayores aciertos de Díaz de Villegas en la Dirección de Marruecos y Colonias, porque después de una serie de expediciones de este género estaremos en condiciones de ir sabiendo lo que son nuestros territorios de África y de estos estudios, además, podrán derivarse otros de índole práctica, constructivos y beneficiosos.

DE VEZ EN CUANDO INTERRUMPE DON PIO

—Oiga, Caro, ¿sigue manteniendo relación con alguno de los tipos que ha tratado en el desierto?

—Sigo teniendo relación con el hijo del Sultán Azul, que por cierto es poeta. También con el teniente Madrid, destacado en Smara y que creo que ahora lo han trasladado. Ha debido de ascender. También me he carteadado hasta hace poco con el que fué mi guía, Sidi Buia uld Sidati uld seij Ma el'Ainin, un gran elemento, que acaba de morir. No he visto en mi vida memoria como la suya. Era capaz de contarme año por año los acontecimientos más salientes de la vida del desierto.

—¿Piensa proseguir esta clase de investigaciones?

—Me gustaría dedicarme ahora a la parte extremo Sur, desde Villa Cisneros a La Güera.

—¿Qué tipo cree que tiene más personalidad entre todos ellos?

—El guerrero. Y después los santones.

Enfriamientos

GRUPE
CATARROS
REUMATISMO



Ya todo ha pasado con...



CALMANTE VITAMINADO

LA TABLETA QUE DA BIENESTAR Y TONIFICA LOS NERVIOS

—¿Y los últimos en la escala social?

—Los de la costa, los que se dedican a la pesca.

—Esta clase de estudios ¿los han hecho también los franceses?

—Los franceses se dedicaron principalmente a hacer libros útiles para los administradores; pero a la antropología social no se han dedicado de un modo especial. Ellos han estudiado todo lo que era hábil para la colonización, pero no han llevado más allá sus investigaciones.

—¿Cuánto tiempo ha tardado en escribir este libro?

—Lo redacté en el verano de 1953, que no salí de Madrid. Iba sacando mis cuadernos y diarios y escribiendo.

—¿Sigue con el tema?

—Sigo.

Mientras hablamos Caro y yo don Pío se ha levantado varias veces de su butacón, dejando a un lado la manta con que se cubre los pies que, por cierto, este año es nueva. También la boina lo es. Don Pío parece que se levanta simplemente a estirar las piernas. Pero no es así. Se ve que está preocupado por algo. Por fin, después de estar un rato parado ante el balcón meneando la cabeza se va a la estantería dispuesto a coger un libro. Caro se levanta y le pregunta: «¿Qué es lo que buscas?» «¿Hay por aquí algún mapa del norte de África?». Caro se lo da. «¿Cómo se llama esa República pequeña donde yo estuve unos días, que había una gente tan amable que me invitaba a comer y que tenía un parque y unos jardines muy bonitos?». «Esa no es República. Tú estuviste en Argel». «Yo me refiero a aquel sitio en donde había estado aquella señorita que conocí en París». «Pues es Argel». «¿Estás seguro de que es Argel?». «Segurísimo». Don Pío se da por vencido y murmurando algo por lo bajo se va a su butacón y se sienta de nuevo. Entonces yo le ofrezco un pitillo y cuando lo enciende empieza a soltar el humo con fuerza. La barba y el bigote de don Pío están amarilleando de nicotina. La figura de don Pío fumando tranquilamente es una lección soberana de filosofía.

—Su trabajo, Caro, ¿le ha obligado a consultar a otros autores?

—Para poder darle a la imprenta fui a Inglaterra y a Francia.

—Su primera salida en el desierto ¿qué le descubrió?

—Que los nómadas lo son muy relativamente. Se mueven dentro de una zona de tierra conocida y propia. Antiguamente se movían mucho más. También me descubrió que el nómada se puede decir que está medio domesticado. Ha perdido el impulso de la violencia y al faltarle el ejercicio de la fuerza, con el pastoreo, la raza ha perdido coraje y estímulos. Era la guerra lo que les daba categoría social. Claro que los que eran tributarios y estaban humillados, esos ahora se encuentran mejor.

—¿Cómo les catalogaría?

—Como a seres listos e inteligentes a los que la miseria y la pobreza del suelo les quita todo menos la capacidad para recordar la propia genealogía y la cro-

Baroja, acompañado de un oficial español y varios indígenas de la expedición



nica de los sucesos locales. Tienen un gran desprecio por lo escrito.

—¿Qué tíos más raros!—comenta don Pío cuando menos lo esperamos.

—¿Qué cree usted que es lo que más le gusta al moro del desierto?

—El cordero asado. Eso ya es el súnnum.

—¿Ha encontrado algún poeta entre ellos, además del hijo del Sultán Azul?

—Varios. Y he encontrado muchos que sabían español y francés.

—¿Ve alguna relación entre el canto de ellos y el español?

—Se ha hablado de eso, pero yo no lo veo.

—En las mujeres ¿qué es lo que más le ha llamado la atención?

—Los bailes. El movimiento de la pierna y de la cadera es casi nulo. Lo más importante para ellas, en su táctica de seducción, es la expresión de las manos y de los dedos. Con los dedos y la manos hacen maravillas.

—De entre todas las cosas ¿qué es lo que le produce más respeto?

—Las cosas técnicas. Un aparato cualquiera los vuelve locos.

—¿Cómo ha encontrado las costumbres de los habitantes del desierto?

—Los del desierto son más puritanos que los de Ifni, por ejemplo. Por lo menos en público cum-

plen. Ellos ni beben ni fuman. Si hay excepciones es de los que ya han entrado más en la baraja de la vida.

Don Pío se ha vuelto a levantar. Con las manos a la espalda pasea nerviosamente por la estancia. De momento se para y pregunta a Caro: «¿Estás seguro de que ese país que yo digo era Argel?». «No hay otro, era Argel». Y don Pío, que no está conforme todavía, sigue paseando y preguntando y respondiéndose por lo bajo no sabemos qué cosas.

MÉTICULOSIDAD, PACIENCIA, AFICION

El libro de Caro Baroja «Estudios Saharianos» que acaba de publicar el Instituto de Estudios Africanos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que tiene las quinientas páginas y que va repleto de mapas, dibujos y fotos del propio autor no podría nunca haberse hecho sin una constancia y un entusiasmo a prueba de bomba. A Caro le hace feliz esta labor pacienzuda y rigurosa del dato llevado hasta lo último. Como cosa curiosa y aportación de gran fuerza documental para la historia de estas gentes, se incluyen varios calendarios recogidos de viva voz entre los individuos de más memoria de las cabillas. Allí se habla

Al final de la jornada se procede a levantar el campamento para pasar la noche



Una familia nómada se trasladada, en largas y penosas jornadas, por el desierto



del año de la llegada de los callos, del año de la limpieza de los pozos, del año de la miseria, del año de la plaga de la langosta, del año de la lluvia de estrellas, del año de la abundancia de lluvias, del año de la sarna de las cabras, del año de las ratas, del año de las lluvias fuertes, del año de la sumisión a los franceses... Son los hechos los que van dando una personalidad indestructible a los años. En cada cabila, y en todas las cabilas, se va amasando una historia completa, con sus luchas y sus hambres, con sus cosechas y sus peregrinaciones, con sus muertes y nacimientos. La organización de las cabilas, el sentido de las familias y las tribus, los hechos económicos y religiosos, el

problema de la cultura, el de la subsistencia y el de la convivencia son analizados y estudiados, capítulo a capítulo, por Caro Baroja con una abundancia de detalles y un proceso realmente admirables. A pesar de haber escrito un libro rigurosamente científico—que habrá de ser consultado dentro y fuera como una verdadera autoridad en la materia—el texto está cargado de matices y noticias la mar de sorprendentes y sugestivas. Este libro de Caro es como una pirámide en medio del desierto.

Don Pío se frota las manos yendo de una punta a otra de la sala. Dice: «Hace buen día, pero como yo no salgo...». Entonces Caro me va mostrando una a una las múltiples carpetas que tiene

de sus viajes por las comarcas españolas. Cada carpeta tiene un apartado para dibujos, planos y mapas.

—Estos paisajes son bonitos —le digo.

—Son míos —responde.

—¿De verás? —Los hago para entretenerme. Y este retrato de mi tío también lo he pintado yo.

Sobre unos cartones Caro ha pintado unos paisajes delicados y unas plazuelas de pueblo muy graciosos. Hay un tono tierno e infantil en sus pinturas. El retrato de don Pío —por supuesto el último que le han hecho— está tratado con verdadero cariño y admiración por la figura venerable del tío. Se ve que Caro no sólo quiere a su tío como a un padre, sino que, como artista, lo admira hasta lo último.

«Y estas segu- ro de que ese

pais que yo visité y donde me invitaron y había unos edificios bastante bonitos era Argel?», pregunta por enésima vez. Esta vez Caro no responde y don Pío se da por vencido.

Ha entrado el fotógrafo con sus cachivaches y don Pío se ha ido en seguida a su lado para verlo maniobrar. Don Pío está acostumbrado a los fotógrafos, pero estas máquinas de cameraman le entretienen mucho. Cuando se entera de cuánto vale uno de estos instrumentos don Pío se pasa repetidas veces la mano por la barba y se aleja. Al rato dice: «Ya me dirá dónde tengo que ponerme».

CON PASAPORTE UNIVERSAL

Caro Baroja, menudo, reconcentrado, estudioso de los pies a la cabeza, es hombre que no pierde el tiempo en minucias y trivialidades. El único tiempo que pierde se puede decir que es el de la tertulia de su tío. Y Caro debe sufrir bastante cuando recibe un telegrama de una Universidad extranjera o de una Comisión de sabios para alguna reunión, porque entonces ya sabe que el gran don Pío, viejo, con más manías ya que un niño pero conmovedor y entrañable, tiene que quedarse sólo en manos de una criada, aunque esta sea ya una especie de institución en la casa.

Una de las cosas que más me llamaron la atención en Caro Baroja era el verlo en pleno desierto fué su falta de indumentaria exploratoria. Allí estaba con su pajarita y un traje de calle como si fuera o viniera del Ateneo. Luego los oficiales me contaron que en los días de Navidad, Caro, sin tomarse ni una copa siquiera, estuvo bailando las mejores danzas vascas entre un corro de seres que aforaban terriblemente la Patria y la familia. «Daba unos saltos que llegaban casi al techo», me dijo el comandante Troncoso.

Huidizo, con grandes fobias, pero tremendamente sencillo y espontáneo, Caro es casi un personaje salido de una novela de Baroja, por supuesto el más querido de sus personajes.

Una moderna grúa, un reloj, un telar, una máquina automática de imprimir y otros miles de modelos le serán fáciles de realizar

MECCANO

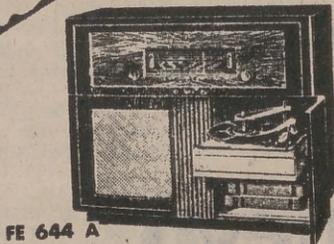


CADA DIA, UN NUEVO JUGUETE

TOME PARTE EN NUESTROS CONCURSOS ANUALES

mandando, antes del 31 de mayo, una fotografía o diseño de sus modelos originales a Novedades Poch, S. A., Galileo, 49, Barcelona, o a nuestro Agente Palouzie, Juguetes, Séneca, 15, indicando nombre, edad, domicilio, equipo Meccano que posee y características de sus modelos. 4.300 pesetas en premios.

EQUIPOS COMPLETOS, DESDE 43 hasta 4.611,50 Ptas.

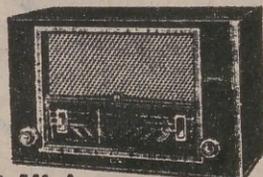


FE 644 A
11.998,50 PTS.

FE 651 A
8.420,- PTAS.



HE 554 A
4.999,40 PTAS.



BE 541 A
3.894,25 PTAS.



AG 2131
1.789,25 PTAS.



AG 2140
1.263,- PTAS.



AG 2141
1.526,15 PTAS.

M-40

LA REINA PHILIPS HA PENSADO EN V.

Brindándole unas felices Navidades con cualquiera de estos modelos "Diadema Musical" de la

LA ERA *novosonic*

PHILIPS

RADIO 1956



ARO

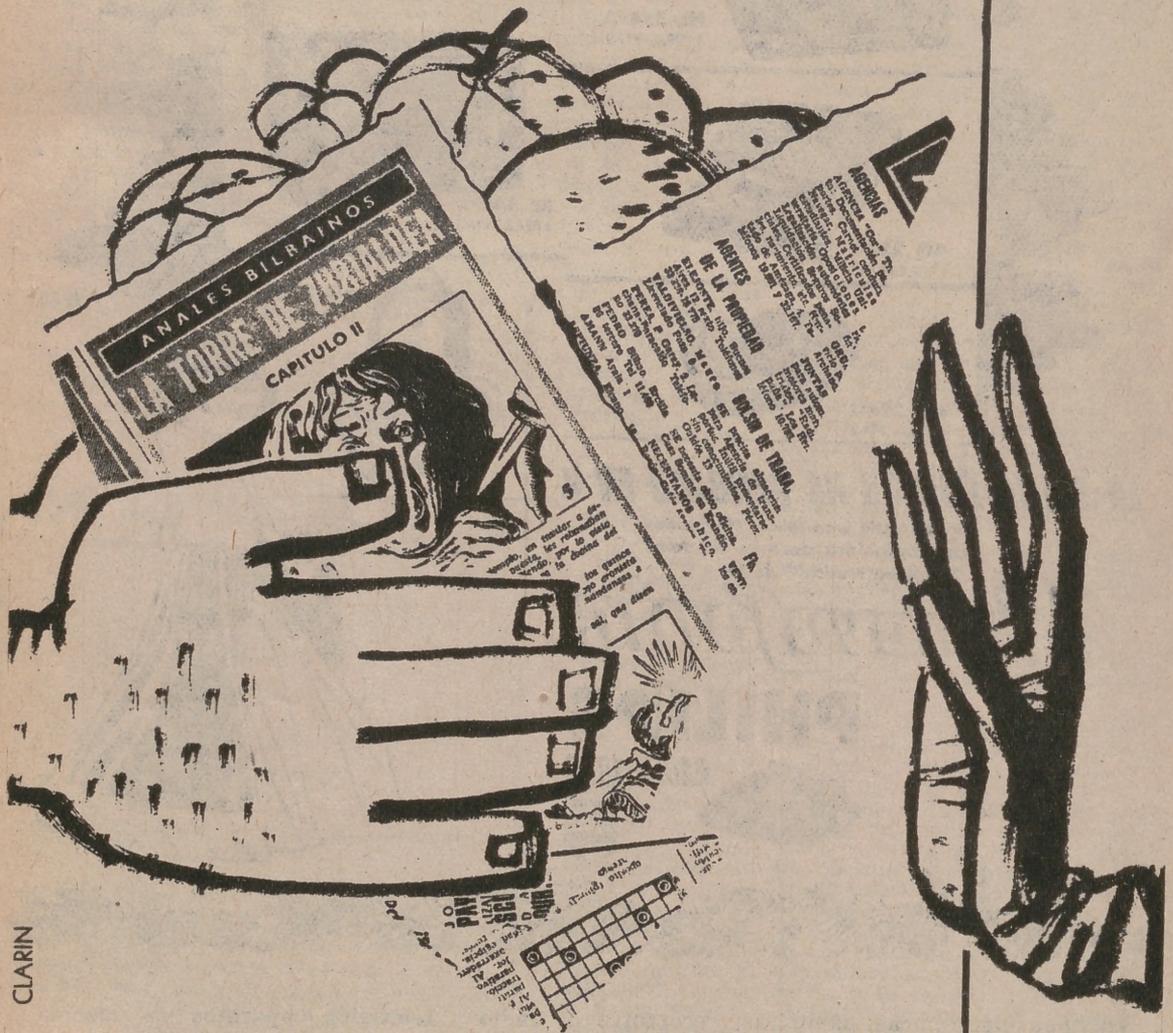
Válvulas electrónicas, lámparas, receptores de radio y televisión, aparatos de medida, máquinas eléctricas de afeitar Philipshave, aparatos de rayos X y electromedicina, generadores de A. F., electrodos para soldadura, lámparas fluorescentes «TL», amplificadores, cine sonoro con Cinemascope y todos los demás sistemas de proyección, proyectores para 16 MM., emisoras de radio y televisión, equipos de telecomunicación, instalaciones automáticas de telefonía, discos, ventiladores, planchas superautomáticas, condensadores para mejorar el factor de potencia

LOS TIROLESES, S. A.

¡RECHACELO!

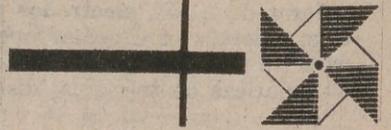
exija papel nuevo

la ley le protege



CLARIN

LA MATERIA PRIMA DE LA VIDA MODERNA ES EL PAPEL



HOMBRES, ¡ID A BELEN...!

BAJAD LAS CABEZAS Y ADORAD

Por PABLO, Obispo de Sigüenza

NO es en los postulados de la dignidad masculina, lector amigo, donde choca la irreligión. Es en el abuso, en el enredo de autoridad y de fuerza: en el orgullo.

Es en esa temeridad que lo desafía todo, como dice Bossuet, en ese atolondramiento voluntario, en ese orgullo, sencillamente, que no sufre a otro superior.

Hay además de la intemperancia de los sentidos, otra intemperancia mayor, la del espíritu. Y cree que se eleva y se hace grande cuando desprecia la religión.

Y se hace despreocupado y desprecia a los que él cree débiles porque siguen a los demás, y se hace a sí mismo «dios»...

Son los «espíritus fuertes» de nuestros días. Son bravucones, y éste es, en definitiva, el primer pecado capital. Nada nuevo. Es el «no serviré» y el «seréis como Dios»... y esa es la raíz de las últimas guerras, herencia de Nietzsche, con la voluntad de mandar de su «superhombre» de tierra, de esos hombres de acero que acogotan a la Humanidad.

Y nada, lector amigo, daña más a la autoridad que la soberbia.

Así lo ha dispuesto Dios: cuando una potencia se exorbita lleva a la ruina. Así sucede en la comida, así en la generación, plaga de la Humanidad.

Y así desde el Génesis y desde los Diluvios. Al hacerse el hombre un déspota de la mujer, se truca en esclavo de ella. Y queda envilecido.

El hombre tiene demasiados puntos vulnerables para ser dios... Demasiados puntos frágiles y quebradizos.

¿Dios-uno que da al traste con todo, por una pequeña enfermedad, disgustillo, una pasión, un soplo de aire, un microbio patógeno, un resbalón?...

¿Honos divinos al que con un dolor de muelas, una palabra adversa, una contrariedad o un revés, basta para descomponerlo en ira ridícula y lo rebaja y lo desfigura?...

¿Un dios con epidemia de «gripe» o de tífus, con supersticiones del número 13, con chocheos de viejo y podredumbres de tumba?...

Yo no quiero ese dios...

Pero no rebajemos demasiado al hombre. Dios lo ha levantado así y le ha dado su autoridad. Ante esa autoridad me rindo yo. En la frente de mi jefe, en la frente de mi superior veo yo el destello de la divinidad.

Si la ejerce en la familia sobre su esposa, hijos y servidumbre, es porque la ha recibido de Dios...

Si la ejerce en la sociedad sobre los ciudadanos, es porque así lo ha querido Dios. Y al prescindir de este fundamento ha provocado la vacilación y la caída universal. ¿Por qué si prescindes de Dios y te arrogas el poder..., por qué regla de tres te voy yo a obedecer a ti? La moral independiente, la política y la sociología independiente me recuerdan la teoría cósmica de los indios. Creían que la tierra se apoyaba en una gran columna; la columna en un inmenso elefante; las patas del elefante, en el caparazón de una enorme tortuga... ¿Y la tortuga? No lo dijeron, ni les preocupó jamás...

Si no acatáis a Dios y a la Iglesia, ¿por qué decís que vuestra autoridad se apoya en la ley del Estado y el Estado en la rastrera tortuga de la naturaleza humana... si ésta se halla sin sostén y a merced de los caprichos y egoísmos de la pasión inconstante?

La ley sálica mandaba obedecer al Rey y éste a Dios, y si el Rey era traidor, los súbditos quedaban desligados de su obediencia...

El derecho público de la Edad Moderna rompió esa página y con ella muchas cosas buenas y han venido las cosas que han venido...

Por eso, lector amigo, has de oír a San Pablo: «El varón es imagen de Dios y la mujer gloria del varón. Es imagen en la autoridad. Y Jesús restableció todo a su orden, precisamente en la «humildad». Porque el hombre se perdió con la soberbia...



«La Adoración de los Pastores», de Mens (Museo del Prado)

Los fariseos quedaron fuera del Reino por su orgullo. La Virgen fué sublimada porque «el Señor se fijó en la humildad de su sierva»... Y el Cristo agradó a su Padre, porque se hizo «obediente hasta la muerte y muerte en Cruz».

Somos muchas veces como los locos, que cierran con su mano la puerta que les puede salvar del incendio. Nos cerramos y perecemos en nuestro orgullo. Así, así.

Y esa puerta es Cristo. Se entreabre en Belén y en los vendavales de la persecución a Egipto, y se embellece en el taller de Nazaret, y es golpeada en el desierto de la tentación y se abre de par en par en la vida pública para derramar gracias y acoger a todos, y es atravesada con duros clavos y queda patente en la herida, para desde aquel agujero contemplar el cielo...

La «elevación» es humildad, trabajo, obediencia, disciplina, deber, y todo ello encerrado en la profunda religiosidad que entrega al hombre en los brazos de la voluntad de Dios para cumplir sus destinos.

Y ante esto es ridícula la fatuidad varonil, y solamente somos grandes y felices cuando somos «mansos y humildes de corazón».

Vittoria Colonna, marquesa de Pescara, reina de las poetisas de Italia, en pleno periodo renacentista pudo convertirse de las turbulentas fantasías de Petrarca a la sólida paz del catolicismo.

Y decía después al hombre: el corazón humano se parece a la hiedra, a la que se hubiese cortado el tronco y que se ve obligada a arrastrarse por el suelo, sin jamás levantarse de él...

Así somos sin Cristo, señores...

Y cómo convidan estos días, lector amigo, a pasar a Belén... Pero la entrada es estrecha y no pueden pasar los «inflados». La puerta es baja y no pueden pasar los «altivos».

Hombres: venid a Belén; bajad esas cabezas y adorad. Y la paz de Cristo que supera todo sentido guardará vuestras almas para la vida eterna.

II

ESTA NOCHE... ES NOCHEBUENA

Sobre los peines de las ametralladoras y la Sociedad de las Naciones vibrará la voz de los querubines: «Paz a los hombres de buena voluntad». La voz del ángel se hace esta noche plañido lastimero ante la cruda realidad. ¿Cuándo empezarán los hombres a ser de buena voluntad? El viejo mundo y el nuevo se afrontan como carneros sin pasto... y a media noche, en los campos beethlemitas, nace el Príncipe de la Paz. Niño hermoso, ¡dale la paz!

La sociedad de nuestros días, en su inconmensurable ligereza, piensa poco en las maravillas de esta noche. Ahora más que nunca, como canta la copla:

«La alegría
consiste en tener salud
y la mollera vacía.»

Pero es inútil despreocuparse. La danza y el sarao vuelan fugaces. Entre las alfombras y los espejos del salón aristocrático, lo mismo que entre las mesas deslustradas y los cromos escandalosos de una taberna, se deja sentir la fatiga moral. Lo dice también la copla:

«Toito se acaba:
la salud, la alegría, el dinero
y la buena cara.»

Y queda dibujado en los labios el rictus de la amargura, y allá hundidos unos ojos sin luz y sin esperanza. Lo que decía el poeta: «Esta es mi cara y esta es mi alma. Leed: unos ojos de hastio y una boca de sed».

Los que sufrís en el cuerpo y estais sin paz en el espíritu... sabed que esta noche descenderá con Jesucristo la estrella fulgurante de la esperanza. Pero quitad el cieno de los ojos y abridlos ampliamente para ver la estrella. Niño hermoso, ¡a los pecadores, dales la paz!

El ángel habla de «buena voluntad», y esto, lector amigo, no es lo mismo que «buena conformidad». En todo lo entero y cristiano hay una intransigencia. Ante el mal no caben «buenas voluntades»; hay que estar siempre frente a él, en pie de guerra y vestidos con las armas de la Justicia. La paz es el fin, pero no puede ser el medio. Las soluciones pacifistas a todo evento no son cristianas, porque el Reino de Dios padece violencia y sólo lo arrebatan los violentos. Para toda esa masa de cristianos neutros, de cristianos a medias, de cristianillos, que pertenecen a la Iglesia dormitante; cristianos piadosos a su manera, y poco activos y nada sacrificados... también para esos

nacerá la estrella y sobre la escombrera de una vida tibia repetirá: «¡Paz, Niño hermoso, a esos falsos cristianos; dales la paz!».

Y vosotros, los pobres, los que sufrís por no poder romper el cerco duro de hierro de la vida... ¡no lloréis! Para vosotros, con mimos de preferencia, nace, galante, ese Niño. ¡Os quiere de corazón! Es pobre como vosotros y quiere vuestra noche de Navidad. La Iglesia y el Estado católico se acuerdan de vosotros. El rico cristiano se desprende en esta noche de «algo» para vosotros. Porque no podría conciliar el sueño pensando que mientras él vive en la hartura, «su hermano», el pobre, no tiene su noche de Navidad. ¡Niño hermoso, a los pobres dales la paz!

Y todos, lector amigo, tenemos mucho que meditar que en noche. Este Niño, blanco de contradicción, ha derrocado todas las concepciones antiguas. El hombre «cosas», simple instrumento del Estado, «máquina», animal perfecto y nada más... recibe en esta noche la talla de hijo de Dios por adopción y hermano del hombre por naturaleza. La «personalidad» y la «fraternidad», estas dos nociones y sentimientos hoy tan amenazados, se encuentran en esta noche de Navidad.

Y los que habláis de justicia, de pacifismo, de ideas humanitarias... son restos de veinte siglos de educación cristiana que empieza esta noche. Así es. Sin el Cristo no hay amor, no hay justicia, no hay fraternidad, no hay paz entre los hombres ni entre los pueblos. Esas palabras de oradores de «meetings» y de conductores de pueblos no tienen valor ni eficacia sino en la medida que vayan envueltas en la savia de Cristo. Sin esta noche, jamás hubiera habido fraternidad... Para pacificar la humanidad hay que volver al mensaje evangélico, y sólo entonces podremos hablar de retorno a tiempos nuevos. ¡Niño hermoso, a este mundo pagano, dale la paz!

Esta noche es noche «buena». Noche de paz, noche de alegría, noche de felicidad en torno a los padres, rodeando al Belén. Y de casa... a la Iglesia, al otro Belén, a la Eucaristía de la medianoche, porque Belén significa «casa de pan», y Jesús que nace, es el «Pan que viene del cielo».

¡Niño hermoso, a las familias cristianas, dales la paz!

¡Los que estáis cansados... por el pecado! Venid a Belén a ver al Mesías.

«Pasé por la vida — llorando un dolor; y nunca mi herida — la dicha besó.
Mas hoy a tus plantas — brota ilusión santa de que vas a dar — al ciego que canta
¡poder ver tu faz! — Luz hermosa, claro día, ha nacido hoy con Jesús—. ¡Ven tus pupilas vacías a llenar, mundo de luz!
Lector amigo, ¡felices Pascuas!

A NUESTROS LECTORES

LA atención y la acogida, siempre creciente, que todos los sectores del país vienen prestando a nuestro semanario, comprueban que EL ESPAÑOL es verdaderamente el «semanario de los españoles para todos los españoles». En todo momento hemos puesto a contribución los máximos esfuerzos, sin escatimar en momento alguno ningún gasto, por muy elevado que haya sido. Nuestros enviados especiales han viajado por todo el mundo. Nuestros redactores han acudido a todos los rincones de España. Fue siempre esmerada y abundantísima nuestra información gráfica.

Pero la Dirección de EL ESPAÑOL considera que las nuevas demandas de ejemplares que constantemente registra nuestra Administración nos obligan a una continua mejora del semanario en todos sus aspectos. Hemos preparado una gran ampliación de todos nuestros servicios, tanto en lo que se refiere al número de periodistas que trabajan en la Redacción de Madrid como a nuestros equipos de corresponsales volantes por todas las provincias y enviados especiales a los países más importantes del mundo.

Aun cuando estos planes, cuya puesta en

marcha tendrá lugar el día 1 de enero de 1956, supondrán un aumento enorme en nuestros gastos, no queremos que éstos repercutan sino en una parte insignificante sobre el público. Los precios, a partir del 1 de enero de 1956, serán los siguientes:

Ejemplar suelto	3,00 ptas.
Suscripción trimestral (13 números)	38,00 *
Suscripción semestral (26 números)	75,00 *
Suscripción anual (52 números)	150,00 *

En consideración a los actuales suscriptores no recargaremos los precios para aquellas suscripciones que, habiendo sido renovadas durante el presente año, cumplan dentro del 1956, aunque en las sucesivas renovaciones sí experimentarán el aumento señalado.

En igual forma a aquellas suscripciones que queden concertadas con anterioridad al 31 de diciembre próximo les serán aplicadas las tarifas en vigor.

A pesar de este pequeño aumento en los precios, EL ESPAÑOL continuará siendo, en su género, el semanario más barato de Europa.

**El perfume fino evoca
gratos recuerdos**

Logrando la misma calidad
que hizo famoso desde
hace 50 años al

JABON HENO DE PRAVIA



La nueva
COLONIA HENO DE PRAVIA
es su digno complemento

OBSEQUIE CON ESTOS DOS
PRODUCTOS QUE IRRADIAN
DISTINCION Y BUEN GUSTO



Gal

GARANTIZA CALIDAD DESDE HACE MAS DE MEDIO SIGLO

VERITAS • MADRID

SONSECA, UNA SORPRESA

UN BROTE INDUSTRIAL EN EL BORDE SEPTENTRIONAL DE LA MANCHA

Quienquiera que llegue habrá de exclamar lo mismo: «Pero, ¡cómo!»

Una exclamación, un escape del ánimo sorprendido, que hace de juicio. Tal será la postura del visitante. Porque Sonseca, hoy por hoy, no es más que una sorpresa. Una sorpresa hasta para los catalanes en el terreno catalán constituye este pueblo toledano de práctico silencio. A unos 40 kilómetros de Toledo. A poco más de cien de Madrid.

Mirábamos una larga y extensa llanura, sin polvo por estar humedecida, de un color arcilloso, ese color típico del botijo, revestida con una verde, corta y desparramada pelambre de hierba, de esa hierba que no busca su crecimiento en sentido vertical, sino que se amplía en torno de un centro, casi siempre coincidente con el punto de fijación en la tierra, punto que hace como de vértice de un pequeño remolino vegetal. Mirábamos en derredor hasta donde la vista podía alcanzar. Y alcanzaba, flotantes sobre el horizonte, unos árboles, no muchos, mostrando sus desnudas articulaciones entre el cinereo cendal de la neblina.

—¿Estamos en La Mancha?

—Puede decirse que sí, que aquí comienza.

Pasó un par de rebaños, poco distanciados, camino de una cañada. ¡Y bien que se notaba la otoñada! Ganado grueso, juguetón, alegre por su encuentro con el frescor matinal del primer pastoreo del día. Y la esquila, precisamente por la humedad, sonaba seca, estallante, sin eco en la inmensa llanura, como algo que rápidamente es diluido por el espacio.

—Buen campo. Hasta ofrece, por lo visto, para una abundante ganadería.

—El campo es pobre, muy pobre.

Nos sobrevino lo que a cualquier otro hubiera sobrevenido: confusión. Confusión por la discordancia entre el quieto, pero incitante panorama rural que teníamos a la vista y su posterior realidad, que, en fin de cuentas, la realidad campesina es la que se mide y cuenta antes de su encierro en las trojes.

—¡Mucho término municipal! Compensará.

—Unas cinco mil hectáreas.

—¿El ganado lanar es la base económica? ¿Cuántas cabezas?

—Unas seis mil.

—¿Muchos habitantes?

—Alrededor de seis mil.

Era imprescindible una tregua de silencio para batir mentalmente los datos, tregua consumida por el interlocutor en mirar extrañado.

—Bien. ¿Y con qué alimentáis el ganado?

—Con lo que el campo da y con las huertas?

—¡Eh!

Empezamos nosotros a mirar extrañados.

—Claro, claro. Resulta—insistimos—que hay bastante agua.

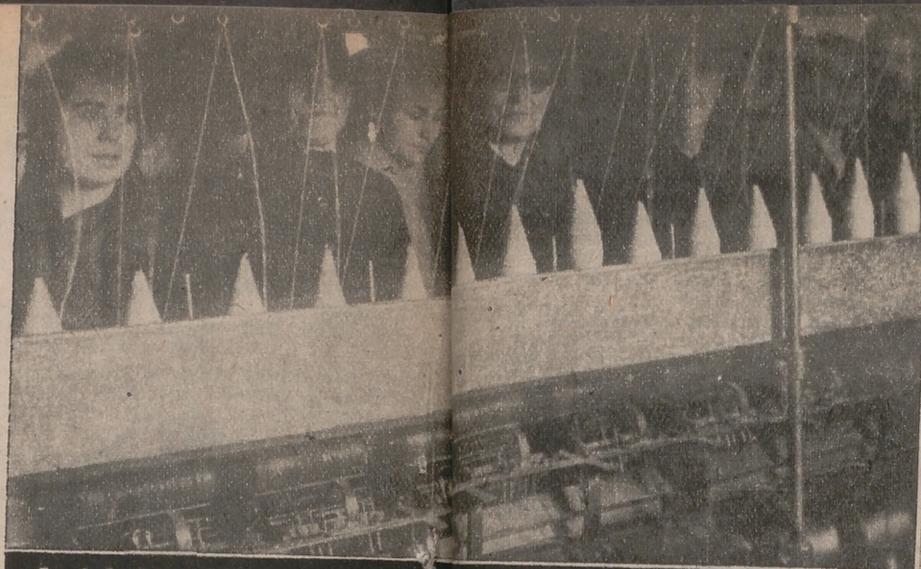
—¡Qué va!

—Pues con diez o doce huertas...

—replicamos con cierta suficiencia.

—Las huertas son cerca de dos mil.

—¿Ha dicho usted dos mil huertas?



La industria textil ha tomado en Sonseca de naturaleza: sus telares están especializados en uras de lana



Un taller de confección de guantes de lana; más de seiscientas máquinas hay en el pueblo

UN ENCLAVE CATALAN EN LA PROVINCIA DE TOLEDO



La Cruz de los Caídos, junto a la parroquia



En el salón de sesiones del Ayuntamiento va a rendirse homenaje a un hijo del pueblo, Lucio Ruiz Rojas, que con hierro artístico ha forjado su propia gloria



Más de dos mil kilos de mazapán salen de las fábricas cercanas, que dan trabajo a ciento cincuenta personas



Las grullas se multiplican por los alrededores de Sonseca. Son cuarenta las ins... hasta ahora, y están produciendo unas cinco mil docenas de huevos semanalmente

—Dos mil. No dejo punto de apoyo a la duda. La respuesta fué rotunda, contundente, con esa contundencia que nuestra gente de campo reafirma mirando al suelo mientras mete las dos manos en los respectivos bolsillos del pantalón o de la gabardina, según la época.

—Según dicen—nos dice trasladándonos opiniones—, la palabra Sonseca es de origen árabe y significa «llanura o valle seco».

—¿Y con qué regáis?

—Yo creo que con el propio sudor.

La respuesta, rápida y limpia de titubeos, la dió otro que hasta entonces se había limitado a oír inmutable.

—Entonces este pueblo qué es: ¿agrícola o ganadero?

—Ni lo uno ni lo otro, sino industrial.

¿Acertaremos alguna vez? ¡Sorpresas en el borde septentrional de La Mancha!

SIN CRIADAS Y SIN MENDIGOS

Andando íbamos, algo titubeantes entre las desiguales piedras de las calles, cuando empezó a deshilacharse la niebla, haciéndose tibia la mañana. A pesar de ello, no tomaba color nuestro contorno. Seguía gris. Gris el cielo y gris la mezcla de arena y cal del revoco de las paredes.

Sonseca, en su morfología urbana, es un pueblo más de Toledo, del alto Toledo, Casas de una planta habitable, y otro superior dedicada a troje. Puerta grande en relación con la fachada, con un par de aldabones relucientes, y una o dos ventanas, bajas, no grandes, protegidas por rejas de hierro. Un portalón grande, a veces destartado, de renqueante movimiento por el roce carraspeante de sus puertas con las piedras del piso, y en la mayor parte de los casos desprovisto de pintura, con el sólo gris negro que la humedad o la lluvia provocan en la madera indefensa. Y, por último, una ventanilla, apaisada, situada en la parte alta, que sir-

ve de boca al pajar doméstico. Su aspecto, su puerta de una sola hoja, su lugar, denuncian un fin práctico: dar paso, a pesar de su pequeñez, a la paja desde el suelo de la calle o desde el carro al interior, gracias a los impulsos del bioldo.

Andando íbamos por las calles, en su mayoría estrechas, teledanadas, revestido su piso con «cautos», con las solas molduras netas de las cunetas, pero cunetas en activo en ocasiones. Y aceras breves, de grandes losas de granito.

—¿Es rico o pobre este pueblo?

Nos miran indecisos. Vuelve a repetirse el desconcertante silencio de la gente de nuestros pueblos en cuanto se habla de sus riquezas. ¿Temor al fisco? ¿Inadecuación entre la realidad y sus propósitos?

—¿Emigra alguien, y no aludo a América, sino sólo a Madrid?

—Ni los pájaros. Al contrario, damos trabajo a más de seis mil personas de pueblos limítrofes?

—¿Ni para el servicio doméstico?

—Ni salir de aquí, ni aquí las hay. No hay criadas.

Y vuelven las manos a los bolsillos.

—Me interesa la experiencia.

—Las pocas que hay son de fuera.

—De todos modos es interesante: ¿no existe en los hogares el problema de las hijas como acontece en la población rural?

—Nada. Aquí, el padre con un par de hijas puede asegurarse, casi tiene aseguradas, las cien pesetas diarias de ingreso.

—Entonces, la mendicidad...

—Ni uno. Tal vez no falten los que por naturaleza estén reñicos con el trabajo o los que se satisfacen con una vida rara y deficiente. Pero lo que se dice mendigo, no.

—Claro, no falta la versión rural de la bohemia.

Y, sin embargo, el pueblo, en su porte externo, no se ha liberado de su vieja fisonomía, aunque ya parece apuntar un esfuerzo de urbanización.

—Ayer precisamente nos comunicaron la concesión de un crédito de dos millones de pesetas para alcantarillado.

—Ya.

En los pueblos, ya se sabe, es cuestión de que salga quien diga: ¡ahora!

Cuando en el salón de sesiones del Ayuntamiento el Alcalde ha-

Nuestro redactor enviado especial en Sonseca conversa con un grupo de señoritas sonsecanas

blaba claro, sin imágenes literarias, sino llamando al pan, pan, y vino, al vino, nos dedicábamos a recorrer con la vista el cuadro mudo, estático, del auditorio que, de pie y en corro, con sombrero en mano y sin gesto de indole alguna, seguía la locución. Todo cuanto acontecía en aquel salón de sesiones era esto: un homenaje. Un homenaje a un paisano que con hierro artístico ha forjado su propia gloria: don Lucio Ruiz Rojas.

—Este hijo del pueblo...—decía el Alcalde.

Un hijo de Sonseca que los sonsecanos conocieron por medio de las páginas de nuestro semanario: el *Semanario de los españoles para los españoles*. Nuestro semanario EL ESPAÑOL hizo de mensajero.

El auditorio anunciaba en sus rasgos algo de lo que luego habría de resultarnos: el pueblo: un pueblo que, encerrado en un ambiente de campo, ha puesto el pie, en gran escala, sobre la artesanía para convertirla en industria. Eso: artesanía industrializada. Y hoy no se sabe si todo el complejo productivo de Sonseca es artesanía o industria, pero sin perder todas las excelsas cualidades de la artesanía. Aquellos hombres retenían en sus caras, por efecto rural, un ligero tinte bronceado del tostado del sol, pero en sus rápidos movimientos, en sus miradas rápidas e inquisidoras, en su desenvoltura, en el conocimiento pleno de sus realidades y de las posibilidades correspondientes en el exterior, en todo manifestaban el industrial, pero el industrial despierto, atento al mundo que pueda interesar y dispuesto a ganar fuera el terreno que le falta en su propio término.

El fondo rojo de los muros, tapizados con un papel imitador del damasco, la blanca y rutilante lámpara le cristal de roca, regalo del coprovinciano pueblo de Consuegra por la ayuda que Sonseca le prestó hace cien años? en ocasión de una terrible epidemia de cólera, y la quietud del factor humano allí presente, todo esto daba entidad de cuadro.

Y llegamos a preguntarnos: ¿qué se proponen con este homenaje? En el curso de las horas posteriores entresacamos la contestación: los sonsecanos se rendían admirados ante el triunfo personal, y nada más. Admiraban al que con un alarde de ingenio y habilidad, con el apoyo material de un yunque viejo adquirido en el Rastro madrileño, había conquistado el título de restaurador de la artesanía española del hierro forjado, después de pasar por las experien-

cias laborales: de segador, albañil, carbonero, leñador y camarero en el «buffet» del Congreso. Se acercaban a él con un inicial ímpetu expansivo, pero, al llegar, ahuecaban el brazo para posar levemente la mano en su espalda: una figura respetable.

—Eso ha regalado al pueblo.

Era una efigie mariana.

—¿La Patrona del pueblo?

—Sí; la Virgen de los Remedios.

Una efigie en azulejos, con tonos verdes sobre fondo amarillo. Y orlada por un afiligranado hierro artístico de color dorado. Allí está, en uno de los muros del salón de sesiones, como símbolo de un reencuentro.

La Virgen haciendo, una vez más, de Mediadora.

UN PUEBLO SIN ESCUDO

Camino de la ermita de la Virgen de los Remedios nos pusimos en comitiva, pero pasando antes, por estar en ruta, por la iglesia parroquial, a cuyo lado hay una plaza pequeña, triangular, que en tiempos fué cementerio. Una tapia baja le sirve de límites. Y junto a ella, un pozo desde cuyo brocal se extiende en arco un hierro para servir de apoyo a la «garrucha». Entre los árboles abre majestuosa sus brazos una monumental Cruz de los Caídos, hecha de grandes sillares de granito de Ventas con Peña Aguilera, también de la provincia de Toledo. Una Cruz grande, sólida, firme, que muestra en medio y alto relieve los escudos de España y del Movimiento.

—Esta parroquia parece compuesta de dos partes.

Dos partes, en efecto, bien perceptibles por los trazos artísticos y por la diferencias de tono, ese color oscuro que los años van pintando sobre la piedra.

—Sí; la parte delantera es de principios de este siglo. La otra, del XVI.

Hasta en esto creímos hallar un signo del pueblo. De un pueblo que, arrancando del pasado, se ha modernizado. Porque el afán de Sonseca no ofrece duda: marcha al ritmo del tiempo. No quedarse detrás, porque el que se duerma en este combate por la existencia entra en un sopor de muerte.

—Lo mejor de la iglesia.

Fué casi una exclamación que iba haciendo eco en la boca de todos, muy contentos y satisfechos al contemplar el retablo del altar mayor. Un retablo con tres cuerpos y tres estilos: dórico, jónico y corintio. En realidad, un políptico, con valiosas pinturas. Un retablo valiosísimo, pero bien necesitado de restauración.

—En el Museo de San Vicente, de Toledo—dice uno—, hay una reproducción, en pequeño, de la misma mano.

—Es parecido—oigo en el cruce de comentarios—al de Guadalupe, pero plano.

Mirando y remirando, reparamos en un San Miguel algo mutilado, con la cabeza partida, pero sin perder la firme y victoriosa postura sobre el Lucifer que yace a sus pies.

—Huellas del dominio rojo.

El cuerpo de la iglesia no es más que la nave central, a pesar de tener tres. Blanca, muy blan-



ca. hasta la bóveda de medio cañón, que sólo tiene distinto el color un poco más oscuro de los arcos fajones.

—¿Y las esculturas?

—Desaparecieron en su mayoría.

—En camiones engancharon el retablo—interfiere otro—para derribar el retablo. Pero, ¡no pudieron!

Y tras la fuerte y alta humanidad de don Cástor de Marañón y Muguruza, sacerdote vasco que actúa de párroco, salimos de nuevo a la calle bajo una temperatura bastante templada. De paso por la calle de Orgaz, sale a nuestro encuentro, desde la baja y ancha fachada de una casa corriente un gran escudo esculpido en piedra: un casco, la cruz de Alcántara en un cuartel y dos leones rampantes en otro. Y una fecha: 1798.

—¿El escudo del pueblo?

—Sonseca no tiene escudo.

—¿Y ése?

—Es el de la baronía de Sonseca.

Comenzó por señorío concedido por Felipe IV, en 1650, a don Duarte Fernández de Acosta, que en 1809 fué elevado a baronía. En la actualidad lo ostenta don Santiago García Bertrán de Lis, que reside en Valencia.

La ermita de la Virgen de los Remedios a la que llegamos poco después, se encuentra en una plaza bastante despejada, verdaderamente popular, donde altos árboles, ya segados por el otoño, hacen guardia a una esbelta cruz de piedra, de trazos cilíndricos y bastante desiguales por no haber proporción entre los horizontales, bastante pequeños, y el vertical. La fábrica del templo hace ángulo recto y carece de torre, habiendo en el lugar más inesperado, casi en el alero, una especie de espadaña de hierro artístico que da albergue a dos campanas. La cúpula está sustituida por una especie de chapitel.

El interior es alegre. Blancos los muros y la bóveda, y suelo de baldosas. Una verja de hierro separa el cuerpo de la única nave del que pudiéramos llamar cruce-ro. La imagen, pequeña, parece flotante en un ambiente azulado entre un nimbo de plata. La cúpula es blanca también, muy luminosa, radiante de luz, con sólo cuatro medallones oscuros en las pechinas, que son los cuatro evangelistas representados en pintura.

—Lo más interesante es el camerino.

Y después de oír una salve, en que mozos y mozas del pueblo alternan con voz segura y firme, buena señal de su frecuente repetición, ascendemos al camerino. Observamos antes, al pasar por bajo del arco que cubre el vano del altar mayor, que entre uno de los dos grandes candelabros que a manera de lámpara penden de él hay, bien disimulado, un buen ventilador.

—Del siglo XVII—nos dicen al poner pie en el camerino.

Toda la superficie interior del camerino, que tendrá unos cuatro por cuatro metros, está revestido de pintura al fresco, incluso el techo.



Lucío Ruiz Rojas ha regalado este azulejo de la Patrona de su pueblo, con marco afiligranado de hierro, que ha sido colocado en el salón de sesiones del Ayuntamiento

—¡Es lástima!—dice uno, mirándonos mientras señala con el brazo izquierdo.

Señalaba las figuras desfiguradas, destrozadas, horadadas, barrenadas, picadas... Tantas maneras de manifestar el odio tuvieron aquellos desgraciados sin Dios. Ni un ojo sano. Todos en blanco, enseñando la piedra o el yeso que el arte había cubierto. Hasta los cuellos aparecían cruzados perpendicularmente por rayas despiadadas en diabólico gesto de degollación.

Un gesto me hizo recordar un pasaje evangélico; al salir, todos movían la cabeza.

CINCO MIL DOCENAS DE HUEVOS SEMANALES

En las afueras del pueblo hemos de contemplar norias y norias, todas primitivas, desperdigadas por la llanura. Sólo interrumpen la línea del horizonte, por esta parte, caseríos con unas altas alambradas.

—Son granjas avícolas.

—¿Cuántas?

—Unas cuarenta. Y las que se construyen.

—A juzgar por el número de huertas, pocas familias habrá sin propiedad.

—Pocas.

Es curioso e interesante: la mitad del término, o quizá más, es de regadío, por iniciativa particular.

—¿Tan poco rinde la tierra de secano?

—Cinco o seis fanegas de trigo por fanega de tierra. El año de ocho, es buen año.

—Entonces el problema es más grave; habrá que dar descanso a las tierras.

—Nada de descanso. Para eso están los abonos de nuestro ganado y el trabajo cuidadoso.

—En año bueno—agrega otro—exportamos hasta quinientos vagones de patatas. Y también alubias.

—¿Y plantas industriales: algodón, tabaco?...

—No se dan bien.

—Entonces el paro...

—No existe.

—¿Y máquina agrícola?

—No hacen falta. ¿Para qué las queremos en parcelas tan pequeñas?

—El número de granjas avícolas es muy revelador. ¿Tanto es el rendimiento?

—¿Aquí? Unas cinco mil docenas semanales, por lo menos.

No nos faltó el propósito de echar números. De sobra los habrán echado ellos, con buenos mandos, no dividiéndolos, porque aquí son empresarios individuales. Aquí hay sumas, no divisiones. Se les nota: diligentes y preocupados, pero optimistas.

—Y el queso.

—¿Cómo el queso?

—Exportamos queso, tipo manchego. A Mérida y Andalucía.

—El mercado andaluz—prosigue otro—es resto de los antiguos trueques. Los mismos arrieros que iban por aceite llevaban los quesos.



Dos aspectos de una fábrica de guantes de lana. En todo el mundo hay mujeres y hombres que se abrigan las manos con las labores de estas bellas muchachas de Sonseca

En realidad, ya no sabemos si ver u oír. Cada vez más sorpresas. Y de esta manera nos hacemos presentes, sin darnos cuenta, en un paraje que ni es huerta, ni es casco urbano, ni zona fabril. De todo participa. Lo único concreto es una de las muchas granjas. Resulta que una parte de una huerta ha sido edificada, por estar metida en el pueblo, y junto a los muros verdean los vigorosos repollos, entre los que se levanta el arrugado tronco de un olivo, que, a su vez, parece guardián de una noria sin vida. Y un poco más allá, las atolondradas gallinas, blancas, curiosas, entrometidas, pero asustadizas, eternamente vagabundas en su pequeño recinto.

Un revuelo escandaloso nos hizo volver la vista y contemplar al bondadoso Mora, que con su larga estatura, enfundada en largo abrigo, hacia una semigenuflexión mientras levantaba en alto, como la trompa de un elefante, la lámpara del flash. Y las gallinas no anduvieron con chiquitas.

LANA, MANTAS, FAJAS, ALFOMBRAS, T O QUI-LLAS, CHALECOS...

Algo de carnaval tiene aquello. Como serpentinadas, bajan de altas poleas las anchas correas. Unas máquinas, con más ruedas y engranajes que un reloj, van dando vuelta a un tambor que siempre aparece cubierto de una canicie rala, algo así como la espuma de azúcar que se ofrece con un palito en las verbenas. Y entre tanta máquina, muchachas jóvenes, sonrientes, de buen color en la cara, y mejor color, o por lo menos más chillante, en sus chalecos de punto. Y ruido. Ruido desde el estridente chirrido hasta unos sonoros y espaciados choques, como en el juego de los bolos. Y traqueteo. Traqueteo parecido a los golpes del «jazz» en la madera. Esta es la primera impresión de una de las fábricas de hilado de lana.

—Veinte mil kilos al año.

Veinte mil kilos al año puede hilar la fábrica que visitamos, donde cuentan con trabajo veinte obreros hijos y diez eventuales.

¿Y se abastece con lana de la localidad?

—Y de la comarca.

—¿Esta es...?

—La emoborradora.

Nada más parecido desde lejos a una máquina plana de imprenta. Pero tiene muchas más ruedas. Y cinco cilindros grandes y seis pequeños. Es la que recibe la lana esquilada, que, impregnada de aceite, avanza mediante un dispositivo, como un glaciar, hacia los cilindros. Estos cilindros, erizados de púas de acero, son los que se encargan de convertirla en una especie de bato espumoso, primera fase en el camino de la industria. Y, después de pasar por la *repasadora*, se aviene a la forma de hilo por obra y gracia de la *carda mechera*, que para ello cuenta con un cilindro de anillos, capaces de obtener sesenta y cuatro hilos a la vez. Y después toma su primer alojamiento: los husos. Se encarga de ello la *selfastina*, una máquina de grandísimas dimensiones, que consta de dos bandas, una de ellas móvil. Esta banda móvil avanza y retrocede sobre la que tiene, como largos moños, unas grandes madejas de hilo de lana. Al separarse va retirando hilo de la madeja, y llegada al límite máximo de separación hace una especie de cambio de marcha para torcer el hilo que había separado de la madeja de la otra banda. En estos momentos la máquina, con las dos bandas unidas por los hilos que están torciendo los trescientos sesenta husos, parece una colosal arpa tendida. Al acercarse de nuevo, los trescientos sesenta hilos, que todos, como es natural, tienen la misma longitud y el mismo número de vueltas, van enrollándose en los trescientos sesenta husos de la banda móvil. Y así sucesivamente.

En un rincón, los husos apilados y bien dispuestos semejan un almacén de torpedos aéreos.

—¿Qué esperan?

—Que esta máquina, la *unidora*, una los cabos para formar las bobinas.

—Y termina el proceso.

—No. Esta última tuerce los cabos de la bobina. Se llama por eso *torcedora*.

—¿Qué destino inmediato tiene esta lana?

—La tefimos para toda clase

de labores. Y, además, para mantas de campo, fajas, alfombras de nudo y Alpujarra, guantes...

Y se interrumpe solo.

—Esa otra puerta es la fábrica de mantas.

Después de atravesar un pequeño patio empedrado, nuestros oídos aguantan un desconcierto de golpes como martillazos. Parecen máquinas locas, estridentes. El oído se resiste, pero el ojo no deja de escudriñar entre una serie de cuerdas como el sistema interno de un piano, sistema que con una especie de peine, la astilla, va tejiendo una manta de campo de color gris oscuro con unos listones blancos. Contemplándolo, observo cómo un bóldo de madera con la forma de un «V-1» pasa por debajo, disparado de derecha a izquierda. Llegado al final de su carrera y, ¡pum!, otra vez sale disparado en sentido contrario. No es tan fácil seguirlo con la vista.

—¿Qué es eso? —pregunto, sin dejar de mover la cabeza a derecha e izquierda, como si tuviera un tic nervioso.

—La lanzadora.

—Me suena el nombre. Pero apenas la veo.

Junto, como una maquinita hijastra, teje otra con el mismo sistema.

—Teje una faja.

A pesar de sus menores pretensiones, no deja de hacer ruido. Parece el pezuñeo de un caballo a galope.

—¿Llega muy lejos esta lana?

—A toda España, Tánger... Sobre todo, para alfombra.

UN ENCLAVE CATALAN EN LA MANCHA

Sonseca tiene fama por el mazapán. Pero, en realidad, no queda rezagado el guante de lana. Y dentro de poco, o quizá ya, las granjas avícolas. Los sonsecanos están con los guantes de lana como Mateo con la guitarra. Más de seiscientas máquinas hay en el pueblo. Y lo menos seis mil mujeres de los pueblos cercanos van y vienen, o se quedan, al olor del negocio, que no falla, porque el guante de Sonseca está quitando el frío de las manos de españoles de todas las regiones. Y del extranjero.

—De aquí han salido partidas para Méjico.

—Pero ¿es tanta la producción?

Centenarios de miles.

Y es que apenas hay casa sin máquina. Y, a falta de ésta, basta la mano con el ganchillo para los de verano y Semana Santa, en los que luce el primor de tan hábiles artesanas. Así que Olot, que fué la madre del guante de lana, ha sido relevada por Sonseca. El mercado zaragozano, por ejemplo, es ya casi por completo de Sonseca.

—Ahora estoy concertando una operación con Alemania occidental—dice uno de los fabricantes.

—¿Y escapan bien las operarias?

—De veinte a veinticinco pesetas diarias.

Es comprensible que no haya ni criadas ni mendigos de la localidad. Y que, por el contrario, haya más de veinte carnicerías, cinco pescaderías, cinco pastelerías al día, dos librerías.

—¿Y tabernas?

—Casi ninguna. No hay tiempo

—¿No hay tiempo?

—No. Cuando hace poco se construyó el cine, un cine moderno, el empresario, en plan de reclamo, hacia que las entradas del domingo fuesen valederas para el jueves. Una manera de llamar clientes. Pues ni así iba la gente.

En este día, que es domingo, se ve por la calle lo que Sonseca es. Hombres con blusa, pantalón negro, gorra de visera y zapatilla negra. Y también hemos visto gorra de visera combinada con capa. Y mujeres con toquilla de lana, falda larga, hasta el tobillo, con delantal y zapatilla negra. Y jóvenes con buenas gabardinas y relojes. Y hombres bien vestidos. Es decir, toda la gama de la indumentaria que marca como un espectro la evolución, el progreso económico.

—Los casinos, por tanto, están de sobra.

—Hay dos: La Amistad y La Caridad.

—Pero a las diez, o antes, no queda nadie—aclara el director del Banco.

En Sonseca tiene sucursal un Banco.

—Lo que no comprendo es la denominación de La Caridad para un casino.

—Se trata de una Sociedad de Socorros Mutuos, cuyo triple lema es previsión, moralidad y educación.

—Señor alcalde, ¿y el problema del analfabetismo?

El alcalde, a quien conocen por Modesto, aunque su verdadero nombre es Alejandro Gil, parece hombre tranquilo, a pesar de su juventud. Es también fabricante. Parsimoniosamente va contestando.

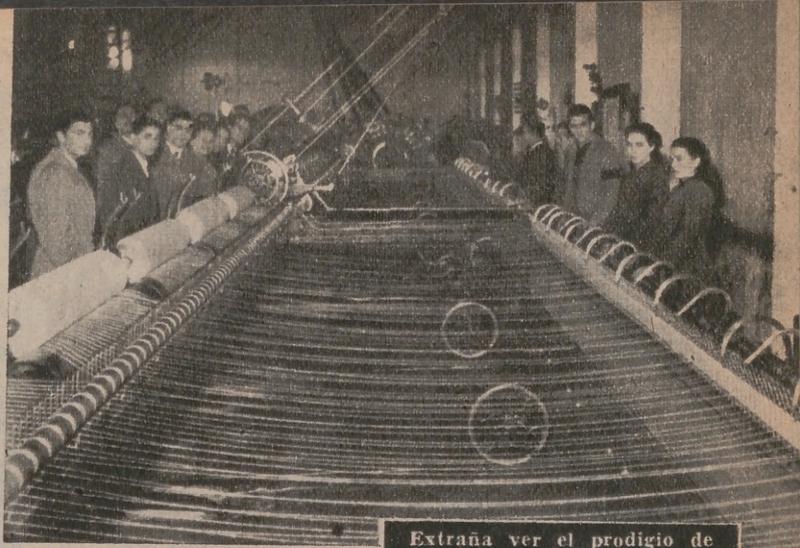
—Hasta hace poco había unas ocho escuelas. Desde este curso son quince. Una, parroquial.

—Y un centro benéfico docente. «Martín Cabello», dirigido por el coadjutor, don Víctor Martín. En él cursan gratuitamente el Bachillerato unos diez niños este año.

—¿Y biblioteca?

—Hay concedida una biblioteca municipal de cinco mil volúmenes.

Charlando, charlando, nos encontramos en un taller industrial de guantes de lana, que, por hallarse en la segunda planta del edificio, hay que ascender por una escalera exterior del patio.



Extraña ver el prodigio de laboriosidad artesana e industrial que representa Sonseca en medio de una zona pesadamente campesina

El dueño nos explica; suelta un discurso con alusiones a la laboriosidad, a la calidad, y al bienestar de tanto empleo. Un hombre de satisfactorias realidades. Y quiere ampliar.

—¿Cuándo tomó tanto incremento esta industria?

—A partir de 1949.

Y hay otras industrias más: cuatro de calzados, seis de muebles y ocho de mazapán. Más de doscientos mil kilos de mazapán salen de las fábricas sonsecanas, que dan trabajo a ciento cincuenta personas, aunque temporalmente. Y, sin embargo, en las fábricas obsequian con exquisitas tartitas cuadrangulares que tienen por nombre «Marquesas». Y obsequian, además, con turrón tipo Jijona, que también se fabrica en Sonseca.

Entrar en una fábrica de mazapán no es lo más recomendable para un goloso. Habrá satisfacción para el gusto, incluso para el olfato. Pero saldrá malparada la vista, que tanta influencia tiene en los demás sentidos. Pero la experiencia dice que no hay miedo.

—¿Se envía al extranjero?

—Algo para Hispanoamérica. El mercado nacional absorbe toda la producción.

Con la visita a una fábrica de harina, moderna, bien instalada, con capacidad para moler trece mil kilos de trigo, terminamos el itinerario industrial. No se puede más en medio día.

—Esta ermita dicen que fué erigida por Alfonso VIII, cuando iba camino de Las Navas.

Es la ermita del Cristo de la Vera Cruz, cuyo artesonado no

podemos contemplar porque ya dominan las primeras sombras de la noche. Una lápida en el muro exterior, sí. Y la lápida dice que se prohíbe jugar a la pelota bajo la multa de dos ducados. Lleva fecha de 1850. Rozando la ermita pasa un ancho camino; es cordel por donde los rebafios merinos de Extremadura marchan a principios de verano en busca de los frescos y lozanos pastizales de Soria. Al otro lado del camino, más casas. Pero pertenecen, aunque sean del casco urbano de Sonseca, al término municipal de Orgaz.

Vuelve uno con esta impresión: Sonseca es un prodigio de ingenio y laboriosidad artesana e industrial en medio de una zona pesadamente campesina. ¿De dónde le ha venido lo que ya es casi instinto? Tiene viveza y agilidad para atemperar sus actividades a las oportunidades de los tiempos. Primero, guantes. Ahora, granjas avícolas. Siempre, mazapán, sin que falte el turrón. Y sabe ganar mercados. Ganar mercados en todas direcciones y a todas las distancias.

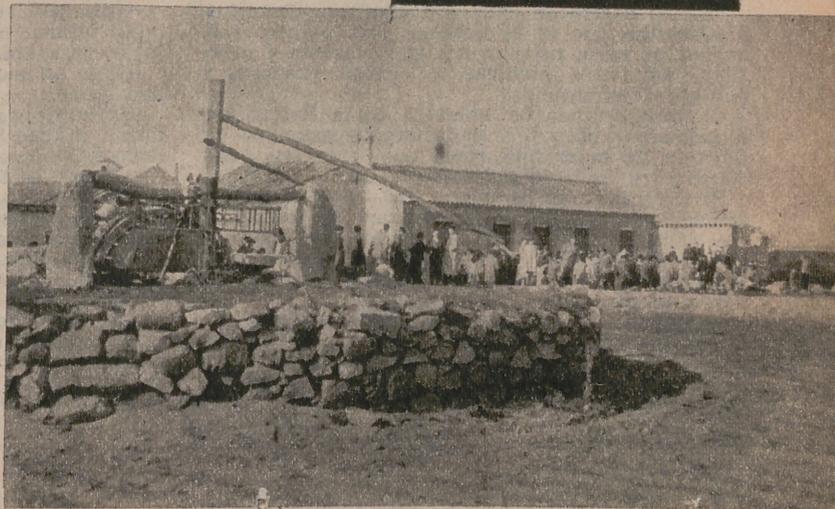
Un enclave catalán en La Mancha.

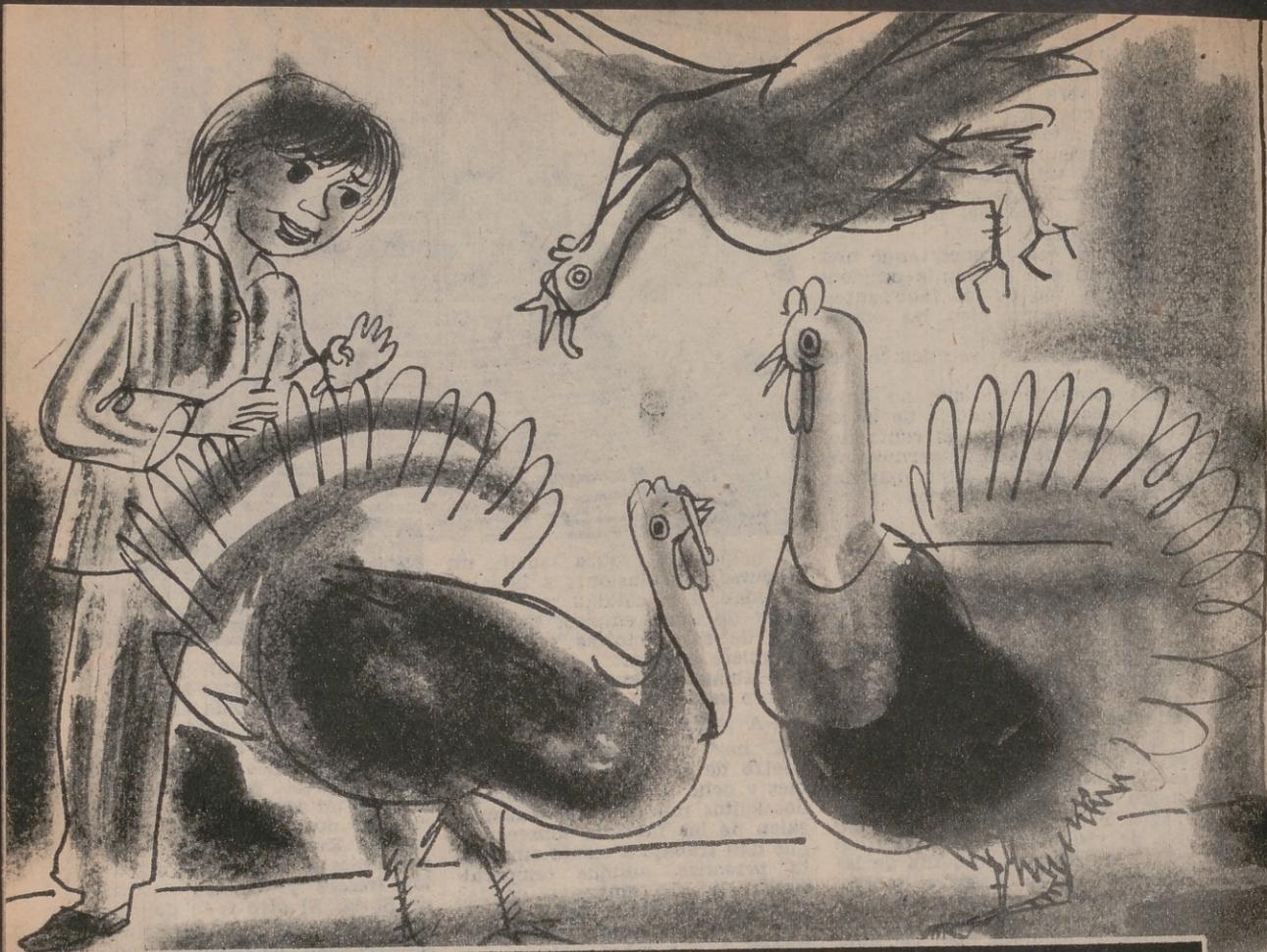
José DE MAIRENA

(Enviado especial.)

(Fotografías de Mora.)

Norias y norias, todas primitivas, desperdigadas por la llanura caracterizan el paisaje rural de Sonseca





PAVO, REGALO DE NAVIDAD

NOVELA

Por Luis DE LA ROSA

A CABABA de llegar. Eran las nueve de la mañana del día 23 de diciembre. Cuando llamaron al timbre, Felisa, la criada—una criada que llevaba treinta años en la casa, que viera nacer a la señorita y a las cuatro manzanitas rubias que eran las nenitas, nacidas del matrimonio de la señorita—, sólo dijo rotundamente, como una exclamación catilinaria:

—El cuarto...
Lo había traído un hombre indefinido, sin importarle la cosa, como si los acontecimientos no tuvieran cronologías:

—Para el señor.
Una etiqueta anudada al cuello negro y relucido como un destello de antracita recién descubierta marcaba el destino: «Don Félix Durán de la Varga, Médico.»

Pasó al cuarto de baño con «Polito», «Rubichín» y «Quinito», que ya se llevaban bien porque eran amigos de hacía nada menos que cuarenta y ocho horas anteriores, pródigas en aleteos, picotazos y guirigayes estremecidos.

«Polito», oriundo de Talavera de la Reina, fué el primero y obtuvo el padrinozgo apasionado de Carmita, la manzanita rubia que tenía seis años clarificados en tiernos deseos.

El segundo llegó de más cerca, de Griñón, un pueblo ferrocarrilero de la vecindad de Madrid, y fué adjudicado a Lisina, la segunda, un año menos, unos cabellos más, unos lloros aumentados que cesaron como el prodigio obrado por el ritmo del salmista.

«Quinito», que era el tercero, alto, grande y poderoso, sembró el terror entre sus compañeros. Hubo que atarle corto, como a los muchachos que se emborrachan de amor por vez primera y creen que toda la vida han de ir por el mismo camino. Lali,

con cuatro años pálidos y cjerosos, quiso cogerle tan de cerca que un aletón la puso con las ideas diminutas cabeza abajo, como los anticipadas que salen en los libros.

—¿Quién es, Felisa?

—Otro regalo para el señor...

—¿Qué regalo?

No hizo falta que la vieja criada aclarase el concepto; el raspado griterío del recién llegado denunció su estirpe: un pavo uniañero, estilizado como una grulla real, musculado como los cuartos traseros de un toro bravo de una ganadería con prestigio.

—Para mí, para mí, para mí...

La última manzanita rubia, envuelta en un cávido pijama colorado, saltó de la recrecida cuna.

—Marita, ¿dónde vas, Marita?...

—«Guapo», «guapo».

La última manzanita rubia, vestida ya para jugar, desayunada, encontró lo que le faltaba.

—Este es mío, ¿verdad, tata? Este es mío, ¿verdad, tata?...

Las cuatro, cada una, colmaron de alimentos, en forma de todo lo imaginable, a sus respectivos protegidos. No hubo manera de quitarlas.

—¿Cómo se llama, Marita?

—Guapo, guapo...

Fué el bautismo más sincero.

A la hora de comer llegó el padre.

—¡Hola, Rosa! ¡Qué calladas están las niñas!

—Hijo, han traído al cuarto.

—¿Qué cuarto?

—El cuarto pavo.

El hombre, treinta y cinco años justos, diez de profesión, un prestigio sembrándose para el porvenir, preguntó:

—¿Otro más?



El mismo se dió la respuesta:
—Mira, Rosa, nos ha venido bien, porque así ya tenemos algo que regalar a don Juan. Que después de comer lo lleve Felisa.

Don Juan Arbulu, el jefe de la sección de médicos de la Empresa, casado, un tacaño; las limpiadoras de la oficina lavaban la ropa interior de su mujer cuando ésta se marchaba al hotel de la sierra; la tendían en el balcón de su despacho. Los empleados hacían apuestas sobre la longitud y latitud de las medidas.

Cuando Felisa volvió del encargo, «Guapo», el guapo pavito de la más angelical ilusión de la casa, ya no estaba. La más angelical ilusión de la casa tuvo tal llanto que la madre misma prometió que volvería en seguida, que había ido tan sólo a pesarse a la farmacia de la esquina para poder darle luego bien de comer y que no adelgazase. La más angelical ilusión de la casa, en cuanto llamaban al timbre salía tropezando por las alfombras y se quedaba luego parada, muda con sus claros ojos terriblemente desengañados, como si la órbita de sus vivencias se cerrase cuando se abría la puerta y se abriese cuando la puerta de la calle se cerrase, en larga perspectiva mirada desde sus coordenadas infantiles.

A las tres de la tarde, doña Lucía—antes señora Lucía, antes Lucía, antes la Lucía, antes fregona de lengua despejada y maneras de captura—, esposa de don Juan, recibió el encargo.

—De parte de don Félix Durán, el médico, que pasen ustedes muy buenas Pascuas.

Doña Lucía dijo gracias muchas veces, sonriendo con sonrisa cortada y seca, sonrisa como los pelos de la alfombra que no llegó a ser de nudo de las buenas, y no dió ni cinco de propina: ni pesetas, ni reales, ni céntimos, porque ella en todo era más que el marido.

—Juan, ya tenemos pavo para mañana.
Juan, medio dormido sobre la mesa, oyó mal.

—¿Qué Pavo?

—Pavo, pavo, pavo. Que nos han traído un pavo, regalado.

—¿Quién?

—¡Qué más da! Ya está aquí. Un gasto menos. Alguien que lo regaló.

Por la sesera estratificada del jefe de oficina, entre los sueños sin motivaciones ni pesadumbres, saltaron rasgados y fúlgidos dos sonidos ambivalentes:

—Regalo; sin gasto.

Como si hubiera una guía comercial, las palabras se repetían, arrítmicas, sin fondo de música que las salvase de la utopía y las trajese a lo vivido.

—Vaya, me han solucionado un compromiso. Me llevo el pavo...

—¿Que te llevas el pavo?

—Sí, me llevo el pavo.

—¿Adónde?

—¿Adónde, adónde?...

Por eneava vez en su matrimonial ligadura, Juan Arbulu quiso decir: «Donde me da la gana.» Pero por eneava vez, menos una, Juan Arbulu, antes jefe de Negociado, antes oficinista primero, antes auxiliar, antes mozo de cuadra, se calló. La vez aquella que se sintió hombre y se largó para delante le estamparon un plato en la espalda. Por experiencia comparó que cuando las mulas sueltan coces lo mejor es estar lejos; cuando las mujeres como la suya sueltan platos, lo mejor es estar callado.

—A regalárselo al señor marqués; ya sabes lo que le debemos. ¡Qué menos que un pavo! Todos los años le llevamos una caja de puros; hay que quedar bien.

Este año, como los anteriores, el señor marqués, el marqués que le colocara, ya había recibido la misma caja. La misma caja, no, desde luego, porque Juan Arbulu siempre esperaba a que se le llevasen a él primero; este año ya había quedado bien cuando desde la oficina fué directamente a casa de don Julio Martínez de Guillén Rodríguez de Tovar y Gutiérrez de Medina, muy noble señor marqués de Verdesclaros.

Juan Arbulu no dijo más. En su vida se le ocurriría cosa mejor mentada. Juan Arbulu se vistió Lien: abrigo nuevo, sombrero nuevo, capacho preparado, lazo rosa, papel e incluso celofán, como si el animalito fuese a la vez cadáver y volátil animado—, y salió con su pavo, llavó un taxi cuando volvió la esquina y dió una dirección.

Las calles de la ciudad nunca le habían sido tan simpáticas.

María Teresa no era mala, no. Que se sabe; la vida. Era un piso pequeño, con tres habitaciones tan sólo. María Teresa vivía allí gracias a su antiguo jefe, Juan Arbulu.

Cuando llamaron a la puerta, lo que menos esperaba María Teresa era que, a las cuatro apenas de la tarde, Juan Arbulu estuviera enfrente de ella. Además, con un capacho que se movía y que regraznaba como si en su entraña llevara un espíritu en cuarentena.

—Pero ¿eres tú, Juan?

—Sí, Mari, y te traigo para tí un hermoso regalo de Pascuas.

La figura serpenteante del advenido se estiró en el sillón del cuarto de estar.

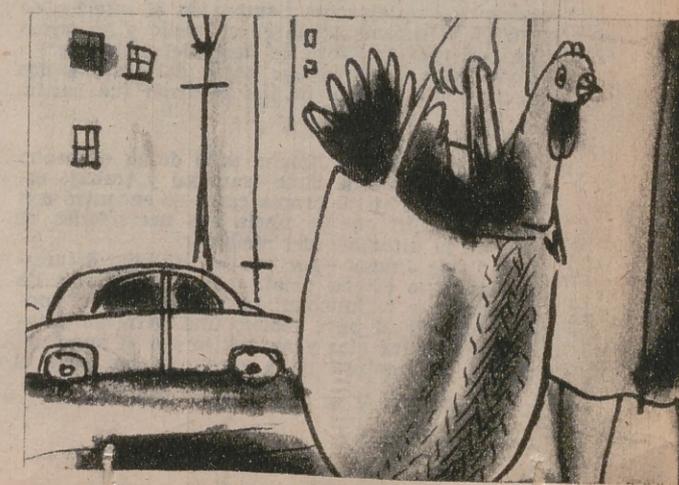
—¿Un pavo!

—Para tí, Mari; para que te lo comas a nuestra salud mañana por la noche.

—Pero, Juan...

—Ya sabes que quiero que nunca te falte nada...

María Teresa nunca había tenido un pavo vivo así de grande en su casa. Sin sacarlo del capacho, María Teresa dió con oficio las gracias.



—Me voy, que tengo que ir a la oficina. Escaleras abajo, el hombre se sintió indispensable; puertas adentro, la mujer se sintió indiferente al principio, luego preocupada con el regalo; cocina adentro, capacho prisionero, el pavo empezaba a tener un hambre y una sed como nunca la sintiera.

María Teresa se cambió de vestido; se puso las medias misterios número treinta de su colección, se cubrió con el abrigo viejo, cogió el indeseado pavo, cerró con dos llaves la puerta de su casa y marchó a la calle.

Dió la vuelta a la esquina, entró en un portal y subió la escalera.

Por los tragaluces se veían, pardos y perennes, los añosos tejados de la ciudad.

* * *

—Doña Julia, esto para usted.

La vieja abrió unos ojos tan grandes como dos circunferencias externas contadas en su campo potencial por el lugar geométrico de la nariz.

—Doña Julia, yo me he acordado de usted, de que tal vez no tuviera mucho para Nochebuena, de que no tiene a nadie, y aquí le he comprado esto, para que doña Julia se lo cene ella sola en Nochebuena.

Doña Julia hizo pasar a los visitantes de distintas especies a la salita de recibir, que tenía el doble de años que su ciudadosísima propietaria.

—Pero, hija...

—Si usted no puede matarlo, le dice al Emilio que lo haga. Que cocinarlo, eso sí que sabe usted bien, ¿eh, doña Julia?

—Pero, hija...

La vieja, recompuesta a todas horas, como si para ella no existiera el dormir, abrió el capacho y examinó, así de por encima, al hambriento pavo.

—Gracias, hija; lo voy a llevar para dentro...

Pasó el pasillo, cruzó las habitaciones productivas, llegó al retrete y allí depositó el regalo.

Luego volvió.

—Me voy, doña Julia, que estará usted ocupada...

Por las resquebrajadas escaleras de madera, los altos tacones de María Teresa parecían chinchetas de gigantes clavándose en minúsculos prismas rectangulares de madera.

Al pavo le desapareció el lazo.

—Este color me hace juego con el viso.

De repente la dueña de la casa, recordada en los pálidos haces luminosos que entraban por las altas ventanucas del recinto, pensó mejor: «¿Y qué hago yo con este pavo? ¡Si guisarlo me cuesta más que siete cenas seguidas! ¿Cómo me voy a gastar tanto dinero en carbón, en astillas, en patatas, en aceite, en...? Ya sé: lo voy a dar a don Eusebio...»

Doña Julia cambió el capacho. El capacho que servía de vehículo al donado animal era novecito; se transformó por el arte del transvase en otro por el que habían pasado, muy bien contados, los años cincuenta y cuatro.

Los tacones de doña Julia, por la escalera, parecían suaves pedazos de papel de goma posándose en las maderas.

Doña Julia tomó un tranvía. Pudo sentarse. A su lado, junto a la ventanilla, en el capacho, iba el viajero que no pagaba billete. El cobrador quiso protestar, pero la vió tan vieja que no miró. Delante, en el asiento de delante, un niño con mal sino se empeñaba en acariciar al avechucho. En vista de que no se le hacía caso, el niño sieteañero resolvió darle una miga de pan. El pavo vió espolearse los reflejos del hambre en el interior de su nervioso sistema y alargó el cuello y se comió miga con casi un trozo de dedo del ofertante.

Doña Julia se tuvo que bajar del tranvía dos paradas antes porque la que se armó fué buena.

* * *

Cuando don Tanis Jimeno salió de su despacho para ir al cuarto de baño—sanidad y trabajo estaban reunidos en su propia casa—se encontró con un pavo suelto que se hacía sus necesidades en medio de la alfombra del recibidor.

Don Tanis Jimeno—por nombre Eusebio Estanislao—creía que estaba delante de una película de cinemascopio y technicolor. Lo primero, como convenía, fué que el pavo recibió una hermosa patada debajo de las alas y se deslizó por el encañado comedor, en postura nada recomendable para el

prestigio de su raza.

—¿Quién ha traído este bicho aquí?

La voz gruesa del hombre retumbó truenica por los recodos. Se abrió velozmente la puerta de la cocina, y la voz picuda de la Eufrasia contestó, creyendo que hacía un bien y una disculpa:

—Ha dicho que la señora de Gordón...

—¡Esa vieja bruja! ¿Desde cuándo se la permite que la cuidemos los pavos encima de las alfombras? ¡Largo de aquí ese bicho!

—Señor, es que es un regalo que le ha traído...

La voz del señor cambió de tono. Y de aguardentosa seco se hizo aguardentosa dulce:

—Pero ¿qué hacéis que no lo tenéis sujeto?...

La Eufrasia lo volvió a atar con otro hilo a la pata del fregadero.

Don Eusebio Estanislao Jimeno era un hombre de los que se encargan de arreglar asuntos de fines que se vuelven fáciles cuando hay dinero por en medio. El piso de doña Julia Benegas—viuda de sargento, casi ni pensionista, de lo poco que cobraba la mujer—había podido continuar en la materia; cuartos había costado a la vieja, pero los negocios tienen sus lógicos impuestos.

Después de venir del departamento de sanidad, don Tanis se metió otra vez en el despacho de asuntos propios donde se resolvían los ajenos. Estaba esperando una conferencia con Barcelona. Una complicación no muy favorable sobre unas medicinas que más bien parecían estupefacientes. Había que convencer de que aquello era una equivocación. Don Tanis tenía buena y fácil la palabra; procurando, claro es, que la cifra no subiera en excesivo, porque allí era donde estaba su ganancia.

Por los visillos lavados en fecha perdida en los archivos de las cronologías se veía la calle. Hacía ya media hora—desde las siete—que un automóvil negro y espacioso esperaba enfrente. Don Tanis estaba a la caza del asunto. Un hombre aguardaba: una mujer tenía que llegar.

Varios golpes sonaron en la puerta.

—Adelante...

Todo siguió igual.

Don Tanis Jimeno vió mirar hacia arriba al hombre del automóvil.

Sonaron otra vez las llamadas en la puerta del despacho; repiqueteantes, retumbadoras...

—Adelante dije...

Todo siguió igual.

Volvieron a sonar. El hombre pareció ir a bajar-se del automóvil.

Sonaron más fuertes los golpes.

Furioso, don Tanis abrió la puerta:

—¿Quién demonios es?

Delante de él, hilo roto, alas huecas, moco caído, el pavo contestó con el «glu, glu» de su estirpe.

Don Tanis volvió corriendo al balcón. En ese momento el automóvil, dentro los dos pasajeros—hombre y mujer, cambiaba en segunda velocidad. Un negocio que se perdía.

El pavo se había subido a la silla.

—¡Bicho, pavo, fuera! ¡Eufrasia! ¡Eufrasia! ¡Eufrasia! Ahora mismo, no quiero ver más a este animal en mi casa; tíralo por la ventana, regálalo, cómetelo, haz lo que quieras...

La Eufrasia, cuarenta años escurridos, se llevó al perseguido.

La puerta se cerró violenta. Entonces sonó el teléfono:

—¿Es Barcelona?

La Eufrasia se metió en la cocina y trató de empezar a pensar la solución.

Por fin la encontró.

Y se fué con el pavo—cabeza abajo, patas arriba—calle adelante.

Eran las ocho menos cuarto de la noche del 23 de diciembre.

* * *

No vivía lejos. En la puerta de la calle ponía: «Felipe García, practicante. 2.º D.»

La Eufrasia padecía una debilidad congénita y unos eczemas congénitos de la debilidad. Ricardo García era de su pueblo, del suyo y del de la Eufrasia, y era un auténtico bendito.

La Eufrasia iba tres veces a la semana y Ricardo le ponía inyecciones de cal, de hígado, de vitaminas; le daba pomadas de azufre para la inextinguible dolencia cutánea. Y la Eufrasia, además de reconfortada y renovada, era, eso sí, agradecida.

—Buenas noches, doña María. ¿Está don Ricardo?

—Sí, Eufrosia. ¿Estás mala?

—No, doña María, es que traigo un presente.

El padre de familia—ocho veces padre vivo—oía en aquel momento Radio Andorra, porque, según él, así repasaba el francés.

—¡Hola, Eufrosia! ¿Te ocurre algo?

—Buenas noches, Ricardo; no, no me pasa nada. Que me han regalado este pavo y yo he querido corresponder a todas vuestras bondades.

—Pero, Eufrosia, ¿cómo te has gastado tanto dinero?

—De verdad, doña María, me lo han regalado...

—¿Quieres tomar una copita?

A la Eufrosia se le abrieron las carnes.

—Muchas gracias, Ricardo, pero me tengo que ir.

—Vamos, mujer, espera... ¡Rosario! Trae una copa de anís...

La hija tercera, quince años redondeados, trajo la botella y dos copas. Bebieron por vez doble Eufrosia y Ricardo. Doña María les contemplaba en silencio. Rosario se lamía el dedo con que destapara la botella.

El pavo quedó allí, con las patas atadas, tendido junto al brasero.

—¡Ya tenemos pavo! ¡Ya tenemos pavo!

Palmotearon los chicos, y los más chicos todavía corrieron a contemplarle como si se tratase del descubrimiento de un antiquísimo fósil prehistórico.

Ricardo García estaba alegre.

Pero de repente se calló. Y luego, al instante apenas, dijo por lo bajo:

—El caso es que mañana somos a cenar catorce. Sólo hay un pavo. Habrá que comprar otro.

Miró a su mujer, que estaba sentada cosiendo un calcetín atomatado.

—Oye, María, ¿qué habías puesto para cenar?

—Lo de todos los años, hombre...

—Oye, María, ¿por qué no compras otro pavo?

A doña María se le cayeron, auténtico, las gafas de la emoción.

—¿Te ha tocado la lotería?

—Pero, mujer, sólo tenemos uno. Y con uno no hay para nadie.

—No puede ser, Ricardo; ya sabes que no puede ser.

—Pues, si no comemos todos de él, no come nadie.

—Regálalo...

Ricardo García, practicante, intuyó, como los grandes genios atrapan las soluciones de los problemas complicados, el sistema resolutivo:

—María, tienes razón.

Ricardo se puso la chaqueta.

—Este es nuestro regalo para Durán...

Durán, don Félix Durán y de la Varga, médico, protector de este padre de familia—ocho veces vivo, ocho—, merced a cuyas gestiones Ricardo García había podido conseguir plaza fija en la Sociedad, en el Seguro y en los clientes innumerables que del doctor venían...

Nadie dijo una palabra.

—Rosario, vámonos...

* * *

Dos portales antes, Ricardo García esperaba que su hija Rosario cumpliera el encargo.

En el cuarto de baño de la casa de don Félix Durán, médico, habían ocurrido dos sensibles bajadas: «Polito» y «Rubichi» carecían en aquel instante de cabeza, de sangre, y uno, entero ya, de plumas y menudillos.

Cuando llamaron a la puerta, Marita—la última manzanita rubia—tuvo un presentimiento:

—Ya vuelve, mamá, ya vuelve de pesarse...

La madre alzó la tonalidad:

—Felisa, que llaman...

Marita estaba delante de los cerrojos con los ojos bien abiertos, claros, diáfanos, limpidos, purísimos...

Felisa—plumas en el delantal—abrió la puerta.

—No...

—¿Don Félix Durán, el doctor?

—Sí...

—De parte de García, el practicante...

—No...

—Sí, de verdad...

—Gracias, hija, muchas gracias.

Felisa cogió el pavo y cerró la puerta. En el pasillo la elegante figura de la señorita no tuvo la certeza en la pregunta:

—¿Otro, Felisa?

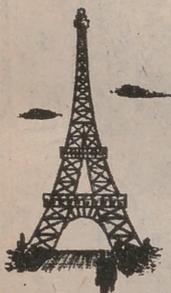


Pero si le vino la certeza en la respuesta:

—Otro, no, señorita; el mismo, señorita, el mismo.

La fiesta mayor, la verdadera fiesta mayor era para aquella ilusión rubia, aquella ilusión angelical de la casa que, dando pequeños saltos delante de su bichito, decía a media lengua, con acento de trapo:

—¡Ha vuelto, mamá, ha vuelto! ¡«Guapo» ya se ha pesado!...



Y 10.000

pesetas en efectivo



¡Vd. puede acertar la QUINIELA SOBERANO...!



... sí, mientras se deleita saboreando una copa de este noble brandy, rellena un boleto, para conseguir cualquiera de estos magníficos premios que González Byass regala

¡Todas las semanas!

- 1 Una moto scooter, «**Lambretta**».
- 2 Un frigorífico, **Edesa**.
- 3 Un viaje a París, once días, dos personas, con **Viajes Meliá, S.A.**
- 4 Una pulsera de oro.
- 5 Una escopeta de caza, «**Ugartechea**».
- 6 Una radio con pick-up, **PHILIPS**.
- 7 Un mueble bar, **ALFA**.

Y además, **10.000** pesetas en efectivo, a repartir entre los acertantes no premiados con alguno de los regalos anteriormente citados.

Rellene el boleto, escribiendo en el orden que Vd. elija, el nombre de cada premio dentro de cada una de las siete botellas que figuran en el mismo. Con su nombre y dirección, remítalo a Publicidad Rasgo a/c. Delegación González Byass, Francisco Rojas, 5 - Madrid.

Acertará quien haya escrito los nombres de los premios en el mismo orden que, el que resulte al formarse al azar la quiniela ganadora.

El plazo de admisión de los boletos, expira todos los jueves a las ocho de la noche, entendiéndose que los que se reciban después de dicho día y hora, serán valederos para la semana siguiente.

Vd. puede enviar en un sobre, cuantos boletos haya conseguido reunir, con cuantas soluciones quiera, y en la semana que desee, y si acierta siempre será favorecido.

Por cada botella 30 boletos — Por una copa, solicite un boleto.



Escuche todos los viernes, a las 11,30 de la noche, la formación de la quiniela ganadora y los nombres de los acertantes en el gran programa retransmitido por la Cadena de Emisoras de la Sociedad Española de Radiodifusión.

GONZALEZ BYASS

"RASGO" PUBLICIDAD

UN MATRIMONIO INGRESA EN LA VIDA RELIGIOSA

**EL MARIDO EN LA CARTUJA
BAJA DE ZARAGOZA Y LA
ESPOSA EN EL CONVENTO DE
SANTA TERESA, EN HUESCA**

**LA DESPEDIDA FUE UN
MOMENTO DE GRAN
EMOCION PARA
LOS ACOMPAÑANTES**

**UN ADIOS HASTA
LA ETERNIDAD**

VILLAVIEJA de Yeltes, en la provincia de Salamanca, es un pueblo limpio, diáfano, recortado en perfiles agudos, con un fondo humano de dos mil vecinos para los quehaceres del trajinar.

En sus afueras rumian, poderosos y sempiternos, los bravos toros de lidia que redondearán famas toteras por las plazas de España.

En sus adentros, los hombres trabajan la industria del curtido, como una proyección de la ganadería de los campos.

En una de estas casas en la casa precisamente de la familia Barco, hace treinta y cuatro años, exactitud del tiempo, nace un varón. Un pequeño y alegre varón que se llamará, hasta treinta y cuatro años después, Manuel Barco García. Un varón que crecerá como los mismos niños de su localidad, entre risas, entre juegos, entre travесuras, entre la pujante vitalidad de los años infantiles.

Luego viene la mocedad, esa mocedad que va, casi, desde la escuela hasta los estudios superiores y más tarde, ya cuando los veinte años han dado su campanada en la historia particular de los hombres, llega el tiempo de trabajar.

Y Manuel Barco García sale a trabajar y a vender la parte de los cartonajes que se fabrican en la industria de su familia.

España casi entera, poco a poco, va siendo conocida bajo las andanzas mercantiles del joven representante. Se hacen amista-

des, se beben vasos de vino en las tabernas cuando una operación se ha rematado felizmente, se aplauden o se silban las funciones de teatro, se saben las últimas películas de estreno, se pasea con muchachas por las avenidas de las capitales, se hace, en fin, todo eso que un hombre con veintidós años, honrado y formal, es capaz, en buena lid, de hacer. En buena lid y en justa ley, porque lo normal es que la juventud se divierta bien, con hombría, con rectitud; lo normal y lo necesario.

Barcelona, Sevilla, Coruña, Madrid, Segovia, Valencia, San Sebastián, Zaragoza... Es la ruta.

Pero la ruta, un año, queda espítualmente interrumpida. Zaragoza va a ser el final. Aunque todavía los obligados viajes comerciales a distintas capitales necesarias se sigan haciendo.

Zaragoza es, como se verá, el final en el espíritu, porque Manuel Barco García, veintitrés años se echa novia. Una novia zaragozana.

Echarse novia, díganlo los enamorados de verdad, es como para interrumpir todos los viajes. Y si

Manuel no los interrumpe, del todo, sí los duplica en cuanto a paradas en la capital aragonesa.

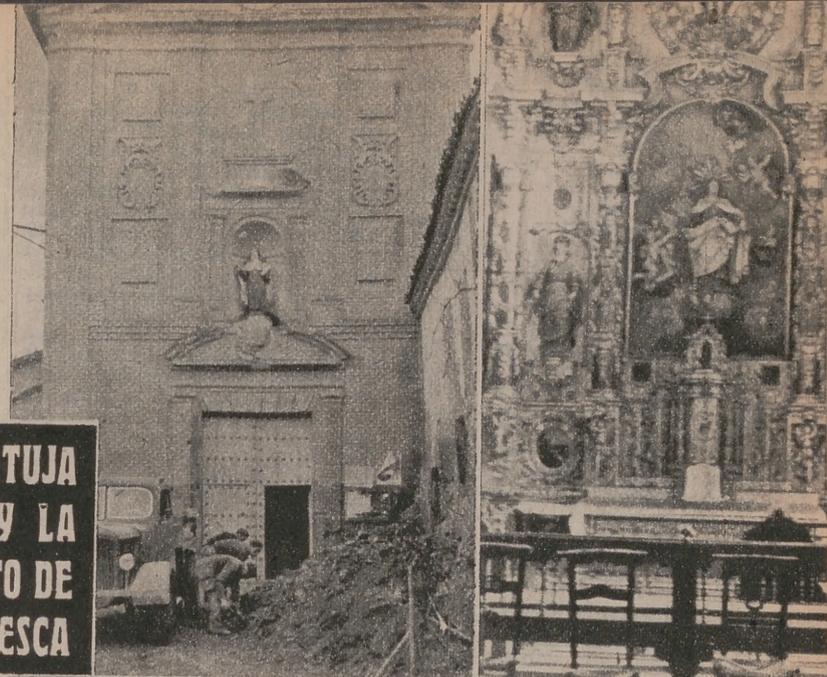
Para Manuel comienza así el segundo gran capítulo de su vida.

PRIMERO, NOVIAZGO; LUEGO, MATRIMONIO

María Nieves Marcuello Gutiérrez era hija, y lo es, de un industrial zaragozano. Hace once años—once años menos, una cifra importante en la vida de toda mujer—María Nieves era una muchacha de veinticinco. Y, un año antes, María Nieves tenía, pues, veinticuatro. Edad justa, edad indeclinable. Edad precisa para tener novio.

Un día María Nieves fué como muchas veces, a casa de un tío de Manuel a tratar unos encargos relacionados con el negocio. No ha de creerse en el destino antes de que las cosas ocurran, pero sí ha de recordar uno al destino cuando las cosas ocurren.

Y destino intervenido o no lo cierto es que allí estaba, coincidente con un viaje mercantil, Manuel Barco García.



Fachada principal del convento de las carmelitas calzadas, en Huesca. María Nieves Marcuello ora en la iglesia, momentos antes de despedirse de su esposo

Fueron presentados. Las presentaciones las de rigor.

—La señorita María Nieves Marcuello...

—Mucho gusto.

—Mi sobrino Manuel.

—Encantada...

Nacé la amistad.

La amistad crece.

La amistad deja de ser amistad.

Ha venido el amor.

Zaragoza cuenta ya con una más nueva pareja de novios. Una nueva pareja de novios, ejemplar de enamorados, ejemplar de alegres, ejemplar de armonía y de espiritualidad.

En Villavieja de Yeltes, al principio nadie sabe nada. Porque esto del noviazgo es cosa que en los hombres, hasta que no se está de ello seguro, no se dice a nadie. Sobre todo cuando el motivo es de verdad, de recta intención.

En Zaragoza sí se sabe, ya al principio. Porque en las mujeres, siempre la ilusión de las mujeres, en este caso por dicha cumplida, el tener novio es motivo de esparcimiento alegre de la noche.

Así son las cosas.

Cuando pasan los meses en Villavieja de Yeltes ya se conoce el compromiso. Ello ha sido porque Zaragoza es con alarmante frecuencia motivo de parada. Más de lo que los negocios permiten suponer.

Después, porque el tiempo, cuando dos novios se comprometen, así lo quiere, viene la boda.

Una boda rumbosa; una boda con comida, con baile, con vales inaugurales del nuevo matrimonio; una boda con un largo viaje de novios.

Una boda que empezaba con el buen signo que luego continuaría: con el doble lazo de la armonía y de la esperanza.

La virtud, en todo el compendio de los conceptos, fué el mejor dor que al altar llevó la nueva pareja de recién casados.

DOS CARACTERES DISTINTOS CON UN DENOMINADOR COMÚN

En el matrimonio, nunca los caracteres de los esposos suelen ser exactamente iguales. Ocurre más bien un complemento entre los dos; una especie de estabilización en los gustos en las preferencias, en la manera de contemplar las cosas, que nivela y facilita el diario vivir. Pero esto mismo hace que también los gustos y las afinidades comunes se fortalezcan y se estimulen en el diálogo y en la mutua ayuda.

El marido, en este caso, es dife-

rente en carácter a la mujer. Manuel Barco García es un hombre de deportiva presencia; un hombre tremendamente dicharachero y jovial; un hombre cuya saulosa conversación hacía agradable totalmente su presencia. Mirar la vida material con signo optimista, con una especie de mezcolanza bromística, tal vez pudiera ser su divisa si necesario fuera esculpirla en un escudo.

La mujer, más suave, más reposada mira las cosas con una gran tranquilidad. Obra más la inteligencia que el impulso. Guarda en su norma, se trasluce en su trato, aquel dulce mimo que recibiera en su casa, donde todos los cuidados tenían a ella como destinataria cuando María Nieves era pequeña.

Ahora, al casarse, al pasar los años de matrimonio, los dos son también así, como eran antes; como cada cual, como por fuerza habían de ser según la firme naturaleza y entendimiento de las personas.

Pero en todo hay un signo armónico; un denominador común: ambos están profundamente enamorados el uno del otro; ambos esperan—como así fué luego—una vida de matrimonio enteramente feliz; más que feliz felicísima.

Y así, dos humanidades diferentes, pero dos humanidades unidas, comenzó la vida matrimonial.

Para empezar eligieron casa. Casa en la ciudad, donde se casaron. Casa en Zaragoza.

Una calle sabe de ellos toda la historia.

UNA VIDA SIN ESTRECHECES ECONÓMICAS

La zaragozana vía tiene un nombre: Cortes de Aragón. Y también, lógico es, presenta un número: 53.

Allí instalaron su vivienda y allí supieron de las buenas y de las malas noticias, que de todo hay en la vida del Señor.

Manuel dirige en Zaragoza una industria. Una industria que les dará para vivir holgadamente, sin preocupaciones sin estrecheces económicas.

Va pasando el tiempo.

Tal vez se espera un hijo, porque ¿qué matrimonio nuevo no es el que espera, por lo menos, un hijo?

En las oraciones del padre, quizá se pidiera chico; en las oraciones de la madre tal vez se implorara niña.

El coro de padres (izquierda) y el de hermanos de la Cartuja Baja de Zaragoza (Aula Dei)

Mas los hijos todavía no vinieron.

Pero la conciencia está satisfecha, tranquila y alegre. Y por ello, el matrimonio Barco está también alegre. Junto a la vida de piedad, en la propia casa o en la perteneciente parroquia, está la vida de diversión. Necesario y justo es divertirse. Y el matrimonio va a fiestas de sociedad, asiste a reuniones, frecuenta los teatros y los cines, hacen viajes...

Hay armonía, entendimiento y felicidad.

Luego viene lo de los hijos. No es que los hijos vengan, no; es que los hijos siguen sin venir.

Cinco, seis, siete, ocho años... El sentimiento piadoso, un arraigado y profundo deseo de ser cada día mejor, va cada vez haciéndose mayor en la vida de los esposos.

Libres de la obligación que supone la prole, los esposos Barco—oración y trabajo, trabajo y oración—sienten el deseo de mejorar de vida, de poner, en lo posible, los medios para la salvación del alma. Al fin y al cabo para ello vinimos a este mundo.

Hablan, comentan, se quieren, nada ha enfriado el amor conyugal. Pero el recto sentido de entender la vida les hace que ese deseo tome cuerpo tome consistencia, tome determinación.

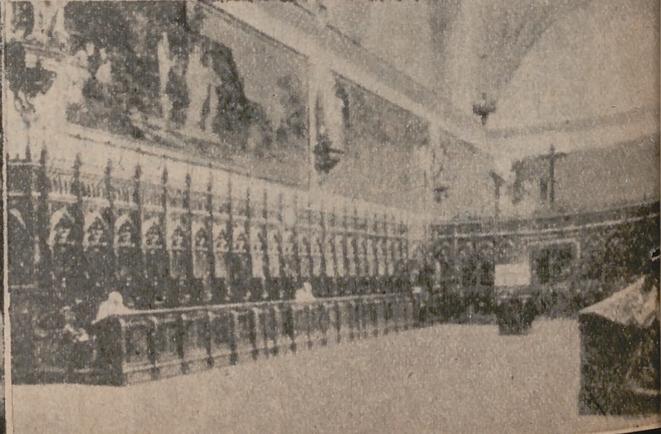
Desde el día que se celebró la boda hasta el año de ahora pasaron justamente la decena más uno. Once años que, fortalecido el espíritu, les han hecho tomar nuevo estado: el religioso.

UNA CONVERSACION DECISIVA

María Nieves estaba muy enamorada de Manuel, le gustaba su carácter alegre, bromista, su temperamento risueño y lleno de un humor sano del que participaban siempre sus amigos, sus compañeros de trabajo y, en primer lugar, su esposa. Manuel sintió siempre por Nieves el mismo amor de los primeros días. A él le agradaba ese modo dulce y ajeno de toda malicia de su compañera. Por ello él que en el número 53 de la calle Cortes de Aragón no se oyen las carreras y los gritos de los pequeños no fué nunca causa de tristeza.

—Si Dios no lo quiere, nos resignaremos a su voluntad.

El matrimonio Barco se había distinguido siempre por su profunda piedad, obras de caridad, amor a los pobres y sus visitas a la parroquia. Ante todo, sus deberes religiosos y la práctica de una vida acendradamente piado-



sa. Y esto no era nuevo, que Manuel, allá en Villavieja, su pueblo de Salamanca, había sido educado por sus padres muy cuidadosamente en los principios de la Religión, como María Nieves lo fuera en Zaragoza.

Quizá el no tener hijos sirvió para que tanto María Nieves como Manuel se refugiasen más cada día en una vida intensa de piedad.

Una noche, después de cenar, Manuel dijo a su esposa:

—Nieves, llevo ya muchos días, muchos meses, pensando algo muy importante. Aun no sé lo he consultado a nadie. Quizá sea algo imposible, pero es una idea que me persigue constantemente. ¿Te imaginas qué puede ser?

María Nieves no podía imaginárselo, pero, desde luego, algo muy serio tenía que ser, porque Manuel nunca andaba con tantos rodeos.

—No sé, Manuel. Tú dirás.

—Recuerda cuando hace ya algunos años tú me dijiste que serías la mujer más feliz del mundo si Dios nos llamase a los dos para una vida más perfecta de religión.

María Nieves no dejó que su marido terminase de hablar. Se abrazó a Manuel y ya adivinó cuanto su marido quería decirle. Aquella noche la sobremesa se prolongaría hasta bien tarde. Los dos, esposa y marido, hablaron largamente de sus propósitos. De aquellos y en ambientes que ella venía acariciando desde hacía tiempo. Parecía que Dios había escuchado la voz de los esposos. Dios les llamaba a esa vida que ellos habían pedido. Si no había inconveniente, María Nieves y Manuel abandonarían, de común acuerdo, la vida del matrimonio, dejarían aquella casa de las Cortes de Aragón, y cambiarían la vida de sociedad, la vida del mundo, por el silencio de unos claustros, la campana de un convento y las horas largas de meditación, de sacrificios, de piedad intensa y de absoluto recogimiento.

María Nieves tenía bien pensada la orden religiosa y el convento donde había de ingresar como aspirante hasta que llegase la hora solemne de los votos. Sus vestidos, sus joyas, todo lo cambiaba gustosa por la parca estameña de las carmelitas descalzas en el convento de Santa Teresa de Huesca. Manuel se quedaría en Zaragoza. Allí, en la Cartuja Baja, en el Aula Del, ingresaría también como aspirante, como novicio de la orden de San Bruno. Y, si era la voluntad de Dios, algún día Manuel se ordenaría de sacerdote.

OTRA VEZ ANTE LA CURIA

Las cosas no fueron de prisa. Todo estaba ya muy meditado. Sin embargo, Nieves y Manuel querían estar completamente convencidos de la llamada de Dios. Querían cerciorarse de que Dios les llamaba a la vida del convento, querían saber si el silencio riguroso de los cartujos y la clausura absoluta de las carmelitas descalzas irían bien con su carácter y temperamento, y si era precisamente esta orden a la que Dios les llamaba a cada uno.

Cuando pasó algún tiempo, Manuel Barco se presentó en a Curia eclesiástica de Zaragoza para



María Nieves Marcuello y Manuel Barco García después de once años de matrimonio decidieron ingresar en la vida monástica en su reciente visita a Fátima

solicitar la dispensa pontificia y la misma dispensa para su esposa, María Nieves Marcuello. En las preces que, unos días más tarde, la Curia de Zaragoza enviaba camino de Roma ambos cónyuges firmaban en el Rescripto de la Santa Sede que si, por algún motivo, no les fuera bien a alguno de los dos la vida religiosa, el otro no pondrá dificultad alguna, de orden moral o económica, para reclamar sus derechos. Y, en el mismo documento pontificio, Manuel y María Nieves renuncian, por su propia voluntad a todos los derechos matrimoniales, en cuanto a su valor civil.

Todo ha cambiado y a todo se ha renunciado. En Zaragoza seguirá funcionando y produciendo la antigua industria, la fábrica del cartonaje, pero ya Manuel Barco no será su dueño. A él poco le interesan ya los libros donde se llevan las cuentas de la venta en las páginas del haber. Por algo más importante lo ha cambiado y en el cambio también ha sabido ganar.

ADIOS HASTA LA ETERNIDAD

Volvieron a pasar los días. Mediaba el mes de noviembre. En casa del matrimonio Barco todo estaba preparado para la despedida. Los familiares estaban ya en antecedentes. También ellos les darían su último adiós. Atrás quedaban muchas cosas. Atrás quedaban los afanes por conseguir un mayor bien material, un puesto honroso en la sociedad, un nombre en las mejores familias zaragozanas. Atrás quedaban muchas horas de largos viajes, muchas horas de hogar, horas de meditación y de piedad que ahora se iban a ver hondamente acrecentadas.

Un día María Nieves y Manuel se citaron en el Pilar. Oirían misa. Comulgarían juntos y juntos pedirían la última bendición. Después, ya en la puerta, Manuel se despidió de su esposa. El coche que hace el recorrido por la Cartuja llegaba unos minutos más tarde a las puertas del convento de San Bruno. Manuel se bajó del coche. Anduvo unos pasos y con sus manos golpeó dos veces el pe-

sado p'caporte del claustro. Un monje vestido de blanco y de negro abrió la puerta, y el silencio de los monjes que no hablan, de los monjes cartujos, recibió en la comunidad a un nuevo postulante.

María Nieves ingresaría un poco más tarde. El día 8 de diciembre, día de la Inmaculada. Buen día para empezar. Antes de tomar el camino para Huesca, María Nieves quiso ver a Manuel. Iba acompañada de sus familiares y la comitiva se detuvo sólo unos instantes ante la cartuja. Pero aquí fué la sorpresa. Sin que el postulante lo hubiese pedido, sin que él nada supiese, a la hora de la despedida se presentó en la reunión el padre superior de la comunidad y, en pocas palabras, ordenó a Manuel que acompañase a su esposa hasta el convento de Santa Tere'a, de Huesca.

A las primeras horas de la tarde del 8 de diciembre la caravana llegaba a la plaza de Navarra, donde se levanta el viejo aserón de las madres carmelitas.

Un grupo de curiosos presenciaba la escena. Era el último adiós de dos personas que habían convivido durante once años en matrimonio ejemplar y cristiano. Manuel se adelantó y abrazó a su mujer. Los familiares estaban impresionados. El esquillon de la portería de las monjas carmelitas de Santa Teresa sonó tres veces, tirado por la mano de María Nieves. Un ruido de mohosos cerrojos que apenas el tiempo ha visto decorrerse perturbó por un momento el silencio del claustro. La nueva carmelita, con los ojos en tierra, pasaba, por primera vez el umbral del convento. Del lado de allá de la puerta, dos hileras de monjas con el rostro cubierto por el velo daban la bienvenida a la futura hermana de la comunidad.

Unas horas más tarde la Cartuja Baja de Zaragoza volvía a abrir sus puertas:

Ahora vendrán los días duros del noviciado. Mañana, el día de los votos solemnes y quizá las órdenes sacerdotales para Manuel. Es cierto que nunca es tarde cuando es la voz de Dios la que llama.

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

LAS AGUAS MEZCLADAS

Por Roger IKOR

EL Premio Goncourt de este año, otorgado el pasado 5 de diciembre ha correspondido a la novela de Roger Ikor «Les eaux mêlées», segunda parte de otra obra publicada anteriormente y que lleva el título de «La Greffe de Printemps». En ambas el autor describe las peripecias de una familia de judíos que tiene que abandonar su aldea natal de Rusia. Siguiendo en parte la tradición casi ininterrumpida de los Premios Goncourt, la obra se desenvuelve en un estilo muy siglo XIX. Se podría decir que «Les eaux mêlées» no encuadra bien dentro de las formas de la novela moderna. Frente al Premio anterior, la obra de Simone de Beauvoir ofrece la ventaja de ser una obra para el gran público y no de tipo minoritario. En nuestro resumen hemos intentado destacar algunos aspectos que caractericen a los personajes y descubrir en lo posible la trama fundamental de la novela en esta segunda parte, que, según su autor, será la última, ya que no piensa publicar ninguna otra, a pesar de que algunos creían que eran otras sus intenciones.

IKOR (Roger).—LES FILS D'AVROM. LES EAUX MÊLÉES. Editions Albin Michel. París, 1955.

UNA familia de judíos rusos los Mykhanowitzki, procedentes de la aldea de Rakwomir, de donde han huido para escapar de los pogrons zaristas se establecen una parte en Francia y la otra en América. De los seis hijos del viejo patriarca Avrom, sólo una hija, Sara, permanece en Rusia. Yankel Mykhanowitzki, con su hijo Simón, constituyen los personajes centrales de nuestra obra.

UNA CRISIS DE CONCIENCIA

Desde los largos dieciséis años en que vivía en Francia, jamás Yankel Mykhanowitzki había intentado naturalizarse. Extranjero era y extranjero seguiría siendo. Respetaba la ley del país que le había acogido y guardaba las normas que le imponían las autoridades, no mezclándose en política. La política es algo con la que no tienen nada que ver los extranjeros. Un extranjero no debe hacer ruido alrededor de él. Y Yankel se limitaba a fabricar lealmente pequeñas gorras, a alimentar a su familia sin pedir nada a nadie y a vivir. ¡qué caray! Ni un céntimo de trampas. Durante años, tras duros trabajos, había reunido modestas economías. Sus luises de oro, empaquetados en montones de diez, envueltos en papel de periódicos, descansaban en un cofrecito de acero, cerrado con llave y perdido en el fondo del armario, bajo la ropa. De vez en cuando sacaba una parte del mismo para aumentar su cartilla de la Caja de Ahorros o la de sus dos hijas, Rewke y Clara, pues había que pensar en sus dotes. Nada de cuentas en los bancos ni de títulos de valor, pues desconfiaba de las jugadas capitalistas. Sobre todo, nada

ROGER IKOR

LES FILS D'AVROM LES EAUX MÊLÉES

PRÉFACE DE

LA GREFFE DE PRINTEMPS

roman

ÉDITIONS

ALBIN MICHEL

de fondos rusos, pues esto significaría que prestaba su apoyo al zarismo persiguidor.

Cuando estalló la guerra, una gran turbación se apoderó de Yankel. ¡La Patria en peligro! ¿Que iba a hacer él para demostrar que no era un ingrato con la nación que los había acogido en su seno? Comenzó por moverse mucho en todos los sentidos, marchando de un lado a otro y comprando los periódicos. Cuando la Prensa anunció la apertura de una oficina para la inscripción de voluntarios extranjeros, se puso su sombrero, cogió su bastón y sin decir nada de sus intenciones a Hanne, su mujer, se marchó directamente al puesto más próximo.

Su corazón latía muy fuerte cuando marchaba, con la cabeza alta, por las calles ruidosas. Yankel se convertía en un soldado francés, en un soldado de la libertad. Había momento, sin embargo, que su temperamento pacífico volvía a aparecer. Hacerse matar a los treinta y ocho años y con cuatro hijos a su cargo, era una tontería. ¿Precisamente por su edad y sus hijos no se le pondría en primera línea? A ésta se envía a los jóvenes, pues a éstos les gusta la batalla...

Frente a la entrada de la oficina, sobre la acera, una multitud pateaba, bajo una bandera tricolor. Como hombre razonable, Yankel se colocó entre los últimos, y no trató de colarse. Esperó bastante tiempo, pues por razones nada claras la puerta permanecía cerrada. Cada vez afluían más gentes que parecían presas de delirio patriótico. En el momento preciso la puerta se abrió. Hubo gritos, empujones y avalanchas para ver quién pasaba el primero. Sin demasiada dulzura, los guardias comenzaron a restablecer el orden formando una cola. Yankel, a quien repugnaban los alborotos, se había colocado un poco aparte del grupo de la multitud, y ligeramente escandalizado, si no alarmado, contemplaba el espectáculo esperando que se calmase. Repentinamente un golpe le envió tres pasos más allá. Furioso, se volvió, enfrentándose con un enorme guardia, que le dijo, dirigiéndose hacia él con aire feroz:

—Vamos, te colocas o no.

—Señor, vengo a defender la Patria— protestó Yankel.

—¿Defender la Patria? Pero ¿tú tienes Patria? ¡Di que vienes por la pitanza!

Yankel giró sobre sus talones, y, sin mirar hacia atrás, volvió con paso firme y mesurado a su casa. Hanne lloró mucho cuando le contó la escena, pero no por la humillación, sino por el terror retrospectivo. ¿Qué habría sido de ella y de sus cuatro hijos si su marido hubiese ido a la guerra? Y he aquí cómo Yankel Mykhanowitzki no se enroló en el ejército francés.

El hermano de Yankel, Moisés, se enroló en la Legión Extranjera, en la que, por otra parte, Yankel no quiso ir nunca. Moisés lo hizo tanto para atontar a su mujer como por su espíritu siempre algo belicoso. En su tienda, el viejo Avrom, al ver a su hijo de uniforme le dijo: «Soldado a tu edad, y además, casado, con hijos y un comercio; la verdad es que no tienes vergüenza.» Con una pierna destrozada y muchas condecoraciones, Moisés volverá del frente. Su joven hermano Itche, enro-

lado quince días después, figurará entre los desaparecidos y no se volverá a saber de él.

Aunque el viejo Avrom esté todavía en este mundo, Yankel se considera en cierto modo el jefe de la familia. La rama principal de un gran árbol muy agitado todavía por el duro viento de las persecuciones.

SIMÓN EL INQUIETO

Ante la puerta de la escuela se había reunido ya un cierto número de gentes, mujeres en su mayoría. Yankel vaciló; cuanto más se prolongaba la guerra, más sufría por mostrarse en público, como único hombre entre tantas mujeres. Es cierto que se aproximaba ya la cuarentena, que tenía cuatro hijos a su cargo; pero de todos modos...

Simón tiraba de él.

—Vamos, papá, que parece que tienes los pies de plomo.

—¡Puff!

¡Lo mal educado y vulgar que era este niño! No aprende más que groserías en la escuela o donde sea. Yankel, que hablaba un francés muy escogido, se sentía constantemente molesto por el lenguaje de su hijo.

—Simón, te he dicho cien veces que no hables así a tu padre. Yo...

Pero su corazón latía demasiado fuerte. La cosa no era para menos; se trataba del certificado de estudios primarios. Un diploma del Estado que garantiza oficialmente que sois un hombre culto, no un primitivo; que habéis aprendido historia, geografía, los departamentos, los galos; en fin, todo lo que es civilización.

La lista de los admitidos no había sido puesta aún. El padre y el hijo se mezclaron entre la multitud. Alrededor de ellos, las mujeres parloteaban.

La puerta de la escuela se abrió bruscamente. El conserje salió y colocó con un alfiler una hoja de papel sobre el tablón de anuncios. La multitud se precipitó hacia adelante y se amontonó ante la puerta. Yankel también trató de aproximarse, pero detestaba estas avalanchas, en las que todos, egoístamente, trataban de abrirse camino a codazos.

La voz aguda de Simón y sus ojos radiantes le dieron a Yankel la corazonada de que Simón había sido aprobado. La multitud comenzó a dispersarse. Yankel se aproximó a la lista y, sin precipitaciones, se puso a buscar el nombre. Tuvo que pasar por la angustia de no encontrarlo a la primera vez. Finalmente le saltó a los ojos y se puso a saborearlo a su gusto. Ahora Simón era ya un auténtico francés. Había sido aprobado incluso antes de su edad, a los once años y medio, en vez de a los doce reglamentarios. Para el hijo de un extranjero era un resultado brillante.

Al día siguiente convocó a toda la familia en el comedor, y cuando estaba toda ella llamó a Simón. Y le dijo:

—Hijo mío, has trabajado bien y tu padre está contento de ti.

Luego despidió a todo el mundo, excepto a Simón.

—Y ahora hablemos un poco serio los dos—le dijo benévolutamente—. ¿Qué es lo que te interesa en la vida, Simón?

—¡Quiero trabajar!—contestó.

El padre levantó los ojos al cielo.

—¡Trabajar! Pero ¿no se trabaja en la escuela?

—Lo que quiero es ganar dinero inmediatamente.

—¿Ganar dinero?

Aunque fuese la centésima vez que Simón le daba este argumento, Yankel no se había hecho todavía a la idea. ¿Quién le habría podido meter esta idea en la cabeza a su pequeño?

—Pero... pero, Simón, si eres un hombre culto ganarás mucho dinero... ¡Sí, sí ¡cuerno!

Durante varias semanas la casa Mykhanowitzki fue un infierno; hubo crisis de cólera en todas partes. La verdad era que Yankel no perdonaba a Simón la ruina de sus esperanzas. Pensar que este imbécil, a quien se le había ofrecido el mundo, trataba de convertirse en un simple fabricante de gorras, como su padre, era algo que no comprendía.

LA VUELTA A LA TIERRA PROMETIDA

El viejo Avrom quería partir a toda costa a Tierra Santa. Si un judío devoto debe morir allí. Cuando se hablaba de esto, sus ojos se alumbraban; Jerusalén es el lugar en el que todas las miserias humanas se apaciguan, y el viejo se irritaba de no poder todavía, a causa de que los cris-

tianos estuviesen matándose, realizar el sueño que coronaba toda su vida. Yankel no creía que este loco proyecto pudiese ejecutarse.

Trataba de no contradecir al anciano. Pero su manía de discusión podía con él. Molesto e insultado, renunció de entrevistarse con su padre y se refugió en sí mismo. Se sentía muy bien en su casa y se movía lo menos posible. Se puso a leer mucho, cogiendo en préstamo libros de la Biblioteca Municipal. Se compró un gramófono y se obsesó con la música. Beethoven, en particular, le hacía llorar. Cuando la guerra terminó, sacudió su pesadez.

Fue poco después del matrimonio de Revkae, una de las hijas de Yankel, cuando el viejo Avrom partió para Palestina. Las gentes trataron de retenerle, pero él no quiso oír a nadie; vendió todos sus bienes y se sintió libre. Yankel no pudo hacer otra cosa que reconciliarse con él. Cuando nuestro viejo padre se va para siempre, se va para morir; es necesario pasar la esponja sobre los agravios que hay contra él.

Hubo una comida de despedida en el pequeño piso de la calle de Rosiers. A ella asistió la sección francesa de la familia en su totalidad. El anciano estaba aparentemente lleno de vida cuando partió para Palestina, y era con voz atrevida con lo que proclamaba su voluntad de morir en Tierra Santa. Ante la idea de verter torrentes de lágrimas sobre el suelo de sus padres, no se tenía de alegría. Además, estaba atiborrado de proyectos comerciales. Pues Palestina era la fuente de todos los géneros rituales. ¿por qué no trabajar allí para la exportación? Pero muy pronto Yankel se dio cuenta de que las cosas no iban tan bien allí. ¿Qué era ello? Era difícil precisar. Las cartas del anciano constituían en sus nueve décimas partes elogios al Señor y maldiciones para los impíos. ¿Y el comercio? De esto no se hablaba.

Se tenía la impresión de que algún muelle se había roto en él. En un instante Yankel se hizo con el ambiente palestino: Jerusalén y su Muro de Lamentaciones, la huella de las viejas derrotas, el peso de las quejas milenarias, todo esto se hacía cada vez tan malsano y tan mórbido... Después pensó en los árabes. De vez en cuando leía en los periódicos el relato de una matanza. Preguntaba a su padre, pero no recibía respuesta. Parecía como si los árabes no existiesen y como si las matanzas fuesen inventadas por los periodistas. Por el contrario, el viejo no cesaba de vituperar a los sionistas, unos impíos que no cumplen ningún mandamiento del Señor, y que llegan hasta utilizar el hebreo, la lengua sagrada, como lengua común. Yankel no comprendía nada de todo esto. Su imaginación le esbozaba de Palestina un cuadro que le parecía erróneo, pero que no sabía cómo modificarlo. Veía bajo el sol del desierto una especie de rue des Rosiers poblada de viejos judíos piadosos y pacíficos y rodeada por árabes de mirada terrible, prestos siempre a utilizar el cuchillo.

Las cartas del anciano se hicieron cada vez más lamentables; la que anunciaba la muerte de la madre de Yankel, apenas si se diferenciaba de las otras. No mencionaba casi el hecho de que la pobre mujer había sufrido mucho en los últimos tiempos. Sin embargo, el anciano se quejaba de que su vista bajaba. Después, las cartas se espaciaron. Un día Yankel tuvo un terrible choque al darse cuenta de que la letra del sobre no era de su padre. Ahora bien, la firma era del viejo Avrom; pero sólo esto, ya que para no fatigar su vista había dictado la carta a una buena mujer de la vecindad. Al cabo de algún tiempo Yankel vio que aparecía mucho una tal señora Zipovitch. ¿Quién era ésta? El anciano no lo decía.

Durante la guerra y la ocupación, Yankel perdió el contacto con su padre. Sin embargo, Yankel no creyó lo que sus ojos le decían cuando leyó una carta en que le anunciaban la noticia de que su padre se había casado de nuevo. ¿Contrar matrimonio a aquella edad? ¡A los ochenta y cinco años!

Cuando lo creía muerto de hambre o por la edad, tuvo de nuevo noticias de Jerusalén y supo que su padre no había muerto. Había tenido tiempo de enterrar a su segunda mujer. Sus cartas no habían cambiado, salvo que las dictaba ahora a un vecino caritativo; quejas sobre la dureza de la vida, sobre la ingratitud de los hijos, elogios al Señor; todas estas cosas estaban en ella. Parecía no haberse dado cuenta de la guerra.

Debía ser ya centenario cuando, poco antes de la guerra palestina, se decidió a unirse con sus padres. Como escribió el rabino que anunció su muerte, era un santo hombre, como hay pocos.

Hoy hay impiós que se pretenden judíos y osan trabajar, fumar y batirse los sábados bajo el pretexto de que son soldados. El viejo Avrom se hubiese dejado estrangular sin resistencia por los árabes antes que pelearse un sábado.

Yankel no encontró casi lágrimas para llorar a su padre, tanto porque era viejo como porque le abrumaban duelos muy próximos.

Simón supo aprovechar bien el que su padre aceptase sus deseos de ganar dinero. Nada escrupuloso y algo maniático de grandezas, llegó rápidamente al cumplimiento de sus fines. Primero compró un viejo vagón, luego amplió sus negocios. De revendedor se convirtió en fabricante. Poseía una gran confianza y el arte de sonreír, una sonrisa no comercial, sino realmente feliz, calurosa y personal. Contrajo matrimonio con una cristiana, lo cual dió origen a numerosos problemas de conciencia entre la familia judía; pero todos fueron superados por la aceptación de los ritos católicos.

LAS DESGRACIAS DE SIMÓN

Teniendo en cuenta su edad y su situación familiar, se nombró a Simón chófer de un general en el frente del Este. Lo pasó muy bien hasta el diez de mayo, día en que las bombas se pusieron a llover desde lo alto del cielo y los generales a correr como poseídos a través del campo. Fiel y puntualmente, Simón condujo al suyo a donde tenía la orden de llevarlo. Un día que marchaba a pleno gas, un avión, en picado, atravesó el coche de parte a parte. Después de esto, el general y el soldado no tuvieron más remedio que salir del coche. El general recibió los honores de prisionero de guerra y el soldado fué curado en la enfermería de campaña. Todo esto ocurrió de una manera humana, mientras que correctamente un intérprete le explicaba que sus desgracias eran debidas a los ingleses y a los judíos. El dijo a todo que sí con la cabeza; se evitó el cautiverio gracias a la bienhechora herida, y se refugió en Virelay, donde encontró a todos los suyos indemnes.

Entonces se estableció una especie de orden incoherente. Por una parte, Simón se creía protegido por su calidad de antiguo combatiente condecorado; por otra, desconfiaba y se guardaba mucho de manifestarse. Finalmente puso su casa comercial a nombre de su mujer, Jacqueline. Des-

pués esperó el fin de la guerra. Cuando las cosas se pusieron peor, Simón se marchó al Mediodía, dejando a su familia en Virelay, donde creía que las cosas estaban seguras. Sus relaciones, incluso con su mujer, tomaron un giro ambiguo, sobre todo mientras estuvo en Virelay. El era judío y estaba destinado al matadero, y ella, no. El era mas o menos un proscrito, y ella, un ser humano en pleno ejercicio. La casa *Sijac* pasaba a nombre de Jacqueline, por lo que él, en cierto modo, se convertía en su subordinado, el empleado de su mujer, y caía bajo su dependencia.

En cuanto llegó la liberación corrió a Virelay, alegre, amoroso, exaltado, ligero y bastante más delgado. Allí se enteró de que su hijo Jean Claude había muerto. Pero ¿por qué? ¿Muerto? ¿Fusilado? Miraba a derecha e izquierda, incapaz de comprender. Allí estaban sus hijos Pierre y Edwige, crecidos y vestidos de negro. Jacqueline, envejecida, con la faz blanquecina y endurecida.

De un empujón arrojó contra el muro a esta mujer, que en aquel momento odiaba, a aquella madre indigna que no había sabido proteger a su hijo, carne de su carne. Pierre y Edwige quisieron sujetarle gritando, pero él se libró de ellos de una sacudida. No era a ellos a los que quería, sino a Jean Claude. «¿Dónde había un boche?», preguntaba a las gentes cuando salió a la calle. Se le decían buenas palabras quien le oía o se apartaban temerosamente de él. Iba de derecha a izquierda, esgrimiendo su pistola. Se despertó en un campo, deshecho, cubierto de barro, empapado de lluvia o de rocío. Se puso con trabajo de pie y miró a su alrededor. No se acordaba ya... ¿Ah sí! Había salido con su pistola en la mano. ¿Y qué había hecho? Tontamente buscó a su alrededor, doblado hasta más no poder y con la cabeza rozando el suelo. Tenía el labio hinchado, roto; indudablemente se había pegado con alguien; quizá se le había desarmado, o bien... había olvidado. Jean Claude había muerto; su cuerpo estaba bajo la tierra; su cuerpo, tan nervioso, tan lleno, tan tibio, tan joven, bajo la tierra; sus ojos, vacíos, estaban ahora llenos de tierra, de gusanos, que se habían comido aquellos ojos, bajo la tierra... Se desplomó y se puso a sollozar. Le habían fusilado aquellos monstruos. Pero Simón no tenía ya fuerza para odiar. Se levantó de nuevo y se dirigió a su casa. Nadie le habló. Pierre y Edwige le miraron pasar, sin atreverse a aproximarse. No los vió o no se dió cuenta que les veía; tenía hambre. C cogió un trozo de pan en el aparador, pero después lo tiró. No podía tomarlo. Pesadamente, en la casa vacía, hueca, sonora, subió la escalera, entró en su habitación y se acostó. Al cabo de un instante Jacqueline apareció con un ponche humeante en la mano, que se lo tendió sin decir una palabra. Bebió ansiosamente, de un trago, sin observar siquiera que se quemaba; después se dejó caer para atrás sobre la almohada y trató de sonreír. Jacqueline se sentó cerca de él, en el borde de la cama, le contempló un instante, le acarició los cabellos; su rostro de piedra se coloreó, sus labios se pusieron a temblar, las lágrimas surgieron de sus ojos; se desplomó como una masa sobre el pecho de su marido, sollozando; con mano cansada, él le pasó también la suya por la cabeza.

Yankel pasea tranquilamente, como todos los días. Salvo cuando el tiempo es francamente malo, hace siempre el mismo camino, y llega hasta el cementerio para ver las tumbas de Jean Claude, de Hanne, su mujer, y de M. Saunier. Diariamente, y a la misma hora, después del almuerzo. Tiene mucho tiempo. No vacila en detenerse en todo lo que le interesa. También le gusta admirar el paisaje. Primavera, verano, otoño, invierno; sin cesar, el espectáculo cambia. El bosque pasa del verde rubio de la floración reciente al verde poderoso de la madurez; después, son los oros y los rojos fuertes de los últimos esplendores, antes de apagarse en el violáceo y en las brumas. Yankel camina hacia la cresta. Aquella noche ha caído la nieve, pero ésta no es la nieve de Rakwomir. En tres años se han casado los hijos de Simón, y éste se ha hecho muy duro. ¿Quizá a causa de la salud? No. Está sano. Yankel Mykhanowitzki sigue su camino. No tiene ya edad. Ha sobrepasado la edad de morir. Un paso más todavía en la ruta. Y otro. ¿Por qué detenerse allí precisamente? ¿Por qué morir hoy mejor que ayer? ¿No es buena la vida? ¿Entonces?

... de ALFA todo su rendimiento

Como usted misma, esta mujercita esquimal cose para su familia empleando también como usted, una ALFA.

ALFA la super máquina de coser y bordar se impone por sus inalterables cualidades siendo conocida hoy por las mujeres del mundo entero

ALFA

LA MÁQUINA DE COSER Y BORDAR FAMOSA EN EL MUNDO ENTERO

UN VIAJE SENSACIONAL CON

BILLETE DE IDA Y VUELTA

VIA LIBRE EN EL "TELON DE ACERO" PARA EL EX JEFE DE DEFENSA DEL GOBIERNO DE BONN

Breve historia de un profesional del malabarismo político



El doctor Otto John

EL «telón de acero» que cae sobre el terreno arenoso de Berlín no es un cierre hermético que impide el paso de una zona a otra. La tramoya que lo mueve deja hendiduras y rendijas para el deambular de personajes, aventureros y espías que dan vida a la escena política de la ciudad mártir. Mientras el pueblo berlinés trabaja, ese telón se alza, a veces, con la solemnidad de los grandes estrenos, para dar comienzo a una nueva farsa. Tal ocurrió el martes día 20 de julio de 1954, a las ocho y media de la tarde, para dejar vía libre a Otto John, jefe de la Oficina para la Defensa de la Constitución que se pasaba a los comunistas. Ahora otra vez, en la tarde del día 12 de este mes, el telón se ha levantado para el regreso de Otto John, reconciliado con sus antiguos amigos. Este viaje de ida y vuelta es la más sensacional historia del espionaje moderno, que ha dejado en pueril juego de niños las cabriolas de un Burgess, Mac

Lean, Alger Hiss, Harry Dexter White o de Klaus Fuchs. Otto John, con un surtido palmarés de insidias y traiciones, se decidió aquel día de julio del pasado año a superar todas sus marcas.

LAS LAGRIMAS DEL VIAJE DE IDA

La fecha elegida fué la del décimo aniversario del atentado contra Hitler. Ante la puerta principal de la prisión de Ploetzensee se detiene el «Mercedes» negro de Otto John, jefe de los Servicios Secretos de la Alemania occidental. Se va a descubrir una lápida conmemorativa de los ajusticiados en aquel mismo lugar por su participación en la conjura. Entre los asistentes se encuentra frau John, antigua esposa del cantante de ópera Mankiewickz casada por segunda vez el año 1949, en Hampstead (Londres).

Se emociona tanto John, que durante el acto no puede ocultar las lágrimas, al recordar su par-

ticipación y la de su hermano Hans en el complot.

Llora, efectivamente, ese hombre de ojos azules, rubio, de cuarenta y cinco años de edad, con 1,84 metros de estatura y semblante agraciado. Mientras el llanto ponía ternura en su rostro, el pensamiento estaba, sin duda, en los pormenores de la gran aventura que iba a emprender.

Otto regresa, con Frau John, a su residencia en el elegante hotel berlinés Schaetzle, situado en la zona británica de ocupación. La habitación es de decoración moderna, con muebles sencillos y confortables, como corresponde al precio de 500 pesetas diarias de alquiler, sin incluir la manutención. En contra de sus costumbres, esta tarde se disponen a cenar en casa unos bocadillos y café con leche, que ella ha pedido.

«Mi marido llevaba unos días con síntomas de una gran depresión mental, pero en esos momentos parecía tranquilo, y cuando con buen ánimo hablaba de temas

sin importancia», contaría después frau John.

Terminada la cena, a eso de las siete y media, se levanta Otto del sillón donde ha estado reposando y coge una cartera, con la que se dirige a un armario para meter en ella algún dinero. Después se despidió, sin dar muestras de preocupación.

—Hasta luego.

En la calle está su «Mercedes» oficial; sin embargo, se sube a un taxi pintado de blanco y negro

—A Uhlandstrasse, esquina a Kurfurstendamm.

Allí está la clínica de su buen amigo el doctor Wohlgemuth, comunista de acción, médico de clientela adinerada, seductor de oficio y ayudante del cirujano Sauerbruch, que trabaja en el Hospital de la Caridad, en el Berlín oriental. Wohlgemuth goza de la confianza de los comunistas y atiende a pacientes de la categoría de Walter Ulbricht, Presidente alemán de la República del Este. El ejercicio de su profesión le permite correr y recorrer el «telón de acero» tantas veces como le viene en gana para sus manejos.

Otto John no va al encuentro de su amigo inmediatamente, y entra en la Maison de France para beberse unos cóckteles bien cargados de alcohol, por el que rinde habitual pleitesía. Cumplida esta formalidad, con las mejillas encendidas, Otto John se reúne con el doctor Wohlgemuth, y en el automóvil de éste, atravesando el melancólico Tiergarten, dejando a la izquierda el monumento al Ejército rojo y la mealla del solar que ocupaba el Reichstag, dan frente a la puerta de Brandeburgo, que sirve de embocadura a la zona soviética. Son las ocho y media del martes 20 de julio de 1954. Un aduanero de servicio recordó después el paso del jefe de la Oficina para la Defensa de la Constitución.

—Se me quedó grabada la matrícula del coche aquél, un último modelo americano... Iban dos señores con la documentación en regla, y por eso se les dejó vía libre.

EL «CORTOCIRCUITO» PSICOLOGICO

Hasta dos fechas después nadie se alarmó por la desaparición de Otto John. Cuando la Policía comprueba que el personaje ha hecho mutis, nadie se atreve a creerlo. El doctor Adenauer se iba de vacaciones, y, consternado, declara:

—¿Pero no tenía guardia de corps? Ya dije, cuando le nombraron para ese puesto, que no me gustaba.

No le gustaba al doctor Adenauer; pero la Gran Bretaña había volcado todo el peso de sus intrigas a fin de que Otto fuera elegido entre doce candidatos. Mr. Eden justificaba con un distinguido acento de colegial de Eton:

—No pusimos ninguna objeción en vista de su historial antinazi.

El que no se consuela es porque no quiere; la Prensa empezó a hablar de raptos a mano armada, de perturbación de las facultades mentales del fugitivo. Adenauer ordenó al instante que se

trasladara a Berlín, en avión, un oficial superior de la Policía federal, y en sus manos cayó una nota que había dejado escrita el doctor Wohlgemuth, compañero de aventura, a su secretario:

«Un suceso que puede hacer caer sospechas sobre mí, me obliga a trasladarme al hospital de la Caridad, en el sector oriental. Se refiere a herr John, que no desea regresar a la zona occidental, y como me pueden acusar de haber influido sobre él, esperaré a que todo se aclare. Auf wiedersehen.»

En el hospital de la Caridad se colocó este anuncio: «Ningún paciente llamado John ha ingresado en este Centro.»

Los arcos esbeltos de la puerta de Brandeburgo borraban el rastro de los desaparecidos, y los centinelas con bayoneta calada del Ejército rojo impedían la búsqueda.

Los ingleses cambiaron precipitadamente las claves secretas y enviaron a Berlín dos altos jefes de su Policía. Siguiéndoles los pasos, cogió otro avión en Londres Gisela Mankiewickz, hijastra de Otto John, a fin de reunirse con su madre.

—No puedo creer que en los cinco años que he vivido con mi marido lo he hecho al lado de un traidor o un farsante, y estoy segura de su inocencia.

—John no ha huído al Este para traicionarnos —declaraba M. Schroeder, ministro alemán del Interior.

—La huida de Otto John ha sido debida, indudablemente, a un «cortocircuito» psicológico—opinaba Von Lex, secretario de Estado del Gobierno federal.

DESASTRE PARA OCCIDENTE

El verdadero «cortocircuito» se produjo cuando, en la noche del 23 de julio de 1954, el locutor leyó por los micrófonos de la emisora comunista de Berlín una nota oficial del ministro del Interior de Alemania oriental, en la que se daba cuenta de que Otto John se encontraba en esa zona trabajando para la reunificación de su patria, y que había mantenido importantes conversaciones con personalidades de relieve.

«La posición del doctor John en Alemania occidental se hacía insostenible por las amenazas continuas de los nazis, que cada vez gozan de mayor protección. El Gobierno de Adenauer ha informado que los comunistas habían raptado al doctor John. Alemanes: la propia voz del interesado os va a convencer de la verdad.»

La voz de Otto iba a dejar las cosas bien sentadas:

«Alemania está en peligro de ser cogida entre dos fuegos por las desavenencias de orientales y occidentales. Hay que trabajar para la reunificación, y yo he elegido la fecha conmemorativa del 20 de julio, la del atentado contra Hitler, para empezar la tarea. En la Alemania occidental se me hacía la vida imposible por los nazis, que se están adueñando de todos los resortes de la política y de los asuntos públicos. Altas per-

sonalidades de la zona oriental me han convencido de que todavía estamos a tiempo de hacer algo eficaz, y espero publicar muy pronto mis proyectos para conseguir la reunificación.»

Antes de coger la pluma para desarrollar sus nuevas teorías políticas, escribió a su esposa:

«Querida Lieschen: Motivos que no puedo aclararte me han obligado a dar este paso, que más tarde te explicaré. Estas líneas son únicamente para que no te apenes. Yo estoy intranquilo por ti, y no por mí. Todo mi cariño, Otto.»

La carta fué interceptada y, tras un examen detenido, se consideró auténtica, de puño y letra de John. El discurso radiado se registró en aparatos especiales para estudiar si era la propia voz del fugitivo, y también fué afirmativo el informe. En Bonn, todos se hallan desconcertados; se convoca Consejo extraordinario de ministros, se nombra a M. Jess sucesor del fugitivo para reorganizar urgentemente los Servicios Secretos.

—Es un desastre para Occidente —dícese en la capital federal.

El hombre enternecido que lloraba en la ceremonia conmemorativa de la prisión berlinesa de Ploetzensee, ponía horas después en manos de los comunistas la red de agentes secretos de la República Federal, información política y militar y las interioridades de los proyectos tácticos y estratégicos del mundo libre.

—Ha sido éste el más grande escándalo de la Historia moderna de Alemania.

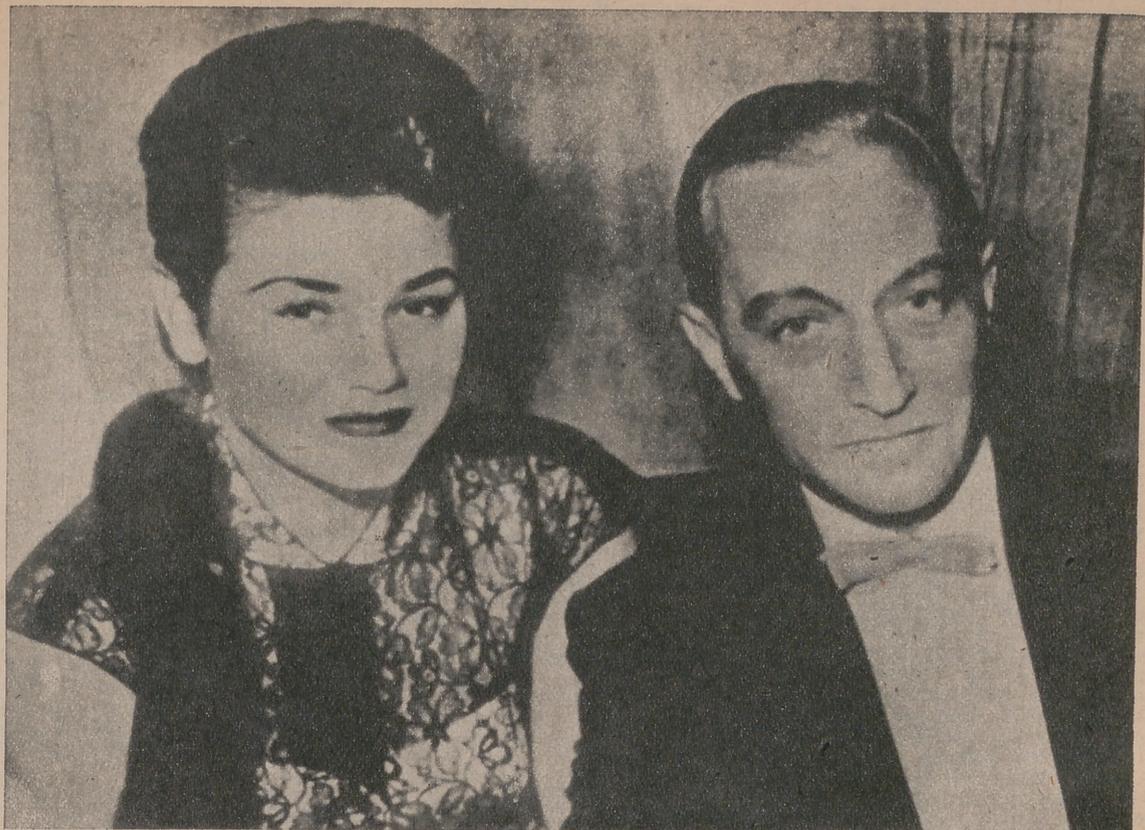
Poco después, la radio comunista de Berlín anunciaba la detención de 300 personas acusadas de ser agentes al servicio de los Estados Unidos, entre ellas ocho funcionarios del ministerio de Asuntos Exteriores y 14 miembros de la Cámara Popular. Son muchos los que huyen a la zona occidental para ponerse a salvo. Otto John había superado todas sus marcas de traiciones desde que se inició en el doble juego del espionaje. La historia de su vida es una novela de intriga y de deslealtades.

VUELO RUMBO A BARAJAS

Un alumno de esos que no son ni buenos ni malos, que pasan por el colegio sin dejar recuerdos, es la opinión que el niño Otto John dejó en el Liceo de Wiesbaden. Había nacido en Marburg-Sur-Lann, el 19 de marzo de 1909, hijo de un modesto funcionario. Concluidos sus estudios secundarios, se emplea en un comercio de productos químicos, que abandona muy pronto para doctorarse en Derecho por la Universidad de Francfort. Es entonces cuando el nazismo logra sus primeros triunfos populares, y Otto se muestra, en un principio, adversario de esas ideas.

Con Hitler en el Poder, cree más oportuno dar un giro al timón para navegar por aguas tranquilas y sin tormentas. Consigue hábilmente ingresar en los servicios civiles de la Lufthansa. Corre entonces el año 1936.

Hacia 1938, inicia la serie de sus amistades equivocadas con el trato íntimo del joven holandés Jan



Eland, que, como agente «doble», trabajaba para los ingleses y los rusos. Este fué quien descubre a Otto John los primeros misterios de los Servicios de Información. A la pareja se une pronto el barón Ganszu Putliz, consejero de la Legación alemana en La Haya, que tuvo que renunciar a su carrera diplomática por haber sido puestas en evidencia sus aficiones homosexuales.

Nombrado John asesor jurídico de la Lufthansa, forma parte del personal directivo de la misma. El puesto es una buena encrucijada para escudriñar el horizonte y ponerse en contacto con las potencias enemigas de Alemania. Envía a Moscú información sobre la proyectada campaña de Rusia. Su vista se orienta también hacia el interior del país, y logra relacionarse con los grupos que trabajaban clandestinamente para derribar el régimen de Hitler. Obtiene la confianza del general Oster, del almirante Canaris, del burgo-maestre de Leipzig... El mismo toma parte en la conjura del 20 de julio de 1944, y a los ocho días tiene la fortuna de poder abandonar su país en uno de sus aviones, y aterriza, sano y salvo, en Barajas. En Madrid empieza de nuevo las insidias.

DE LA CALLE FERNANDO EL SANTO AL 10 DE DOWNING STREET

Otto John es visitante asiduo al palacio de la Embajada inglesa de la calle Fernando el Santo. Para el intrigante sir Samuel Hoare, el prófugo alemán es un elemento utilizable. El juego está en buenas manos; mantienen largas entrevistas, se discute y se chala-neá, hasta que Otto entrega al

El doctor Wolfgang Wohlgenuth y su esposa, personas que ayudan a Otto John en su fuga al «telón de acero»

inglés el mapa detallado de las instalaciones alemanas en el Báltico para las «V-1» y «V-2». Así fué posible planear la operación «Peenemuende», en la que 600 aparatos de bombardeo de la R. A. F. redujeron a escombros todo el despliegue alemán de sus armas secretas. El precio fué el de derecho de asilo en Gran Bretaña, al servicio del Foreign Office. Es entonces cuando hace amistad con Burgess, que años después se pasaría a los comunistas.

Camino de su nueva patria adoptiva, pasa por Lisboa y de allí tiene que hacer las maletas aprisa y corriendo en cumplimiento de una orden de la Policía portuguesa, que le expulsa por su vida equívoca y por contrabando de drogas. Estos baldones no manchan su hoja de brillantes servicios como para no ser recibido en el 10 de Downing Street por Winston Churchill, que mantiene con él una conversación de cinco horas.

Otto John es ya un hombre de aspecto discreto, de gran sensibilidad, de imaginación viva, que viste elegantemente al estilo de los sastres ingleses caros. Su persona no tiene los rasgos de un jefe de los servicios secretos.

—Era digno de verse ese hombre grande, macizo, de cabellos rubios, cuando se hallaba en un ambiente que le agradaba. Precisaba frases de elogio y admiración mucho más que necesitaba a las mujeres. Era un distinguido hombre de sociedad dotado de un gran encanto—opinaba de él Daniel Shaifro, coronel inglés.

Trabaja en el «MI 6 Public Branch», servicio encargado de las emisiones de radio dirigidas a Alemania para minar su moral. Colabora estrechamente con Setton Delmer, periodista de «Daily Express». Se relaciona con 'os emigrados enemigos de Hitler. En Londres encuentra de nuevo al diplomático expulsado de la carrera barón Gans zu Putlitz. La camarilla está al pleno y en 1945 puede comunicar a sus amigos la designación de él para reunir los «dossiers» que servirían para la acusación en el juicio de Nuremberg.

El año 1949 es el año del amor para Otto John. Conoce a una israelí emigrada en Londres. Lucy Marlen ha estado casada con un cantante de ópera y queda prendida por los encantos de este alemán, que encarna con distinción el prototipo de la «Intelligentsia» y de la aristocracia germanas. Se casan y fundan su hogar en una residencia coquetona de Hampstead, en Londres. Con el matrimonio vive la hija que tenía frau John, bonita, joven, esbelta y con una mirada optimista y bondadosa. Es bastante más alta que su madre y sus facciones guardan un extraordinario parecido con ella.

—Cuando Gisela Mankiewicz sonrie, parece la alegoría de la paz que espera el mundo libre—se escribe en una revista de sociedad inglesa.

El año 1949 es el del regreso a Alemania, y en 1950 es nombrado por el ministro del Interior de la República Federal jefe de la Oficina para la Defensa de la Constitución. Con el beneplácito del apoyo, las intrigas y las presiones de la Gran Bretaña, representada en Alemania por sir Ivone Kirkpatrick. John tiene cuarenta y un años. Tiene también

un excepcional puesto de observación para hacer espionaje a favor de Gran Bretaña, a favor de Rusia y a favor de la misma Alemania. Sirve a todos con tanto celo como deslealtad. Muy pronto teje la tela de araña de sus intrigas para que se enreden en ella las potencias de uno y otro bando.

DESPUES DE LA BATALLA, NO HAY RETIRO EN CAPUA

En un principio la Oficina para la Defensa de la Constitución, con sede en Colonia, estaba encargada únicamente de garantizar la seguridad interior de la República, neutralizando las actividades de los grupos extremistas de derechas y de izquierdas. Solamente «defensiva» es su misión. Pero este papel brinda escasos alicientes a las aficiones de Otto John, virtuoso en espionaje y contraespionaje.

El primer paso adelante lo da cuando consigue establecer relaciones oficiales y permanentes con el Intelligence Service inglés, con el Deuxième Bureau francés y con el C. I. A. americano. A su despacho de Colonia empieza a llegar un copioso caudal informativo de las potencias occidentales y prepara meticulosamente sus contactos con los Poderes comunistas. Lo brillante y divertido del juego vendrá al trasegar de un bando a otro ese caudal informativo, reservándose él las llaves para regular las combinaciones y los efectos. Su mesa de despacho en Colonia es el centro más importante del mundo de los servicios secretos.

Otto John necesita reforzar sus relaciones con el bando comunista y se traslada frecuentemente al Berlín oriental. Es allí donde se alia con el doctor Wohlgemuth, que le acompañará en la fuga. Mantiene correspondencia reservada con el barón Gans zu Putlitz, que reside ahora en la Alemania soviética, donde entró vistiendo el uniforme de oficial del Ejército inglés y provisto de un pasaporte de la misma nacionalidad. Por cierto que el barón rompió muy pronto ese documento para dejar sitio en el bolsillo de su americana a la credencial de agente secreto de la República oriental. Cuando sus amigos ingleses Burgess y McLean lo tienen todo preparado para evadirse a Rusia, es Otto John quien ampara la maniobra.

Los manejos de Otto empiezan a levantar sospechas. En Alemania occidental hay otros dos servicios de información: el del teniente coronel Heinz, dependiente de la célula que servirá de base para crear el futuro Ejército alemán; y el servicio del general Gehlen, que actúa a las órdenes de los americanos. Otto John rompe las hostilidades con el teniente coronel Heinz y logra su destitución. El general Gehlen se defiende a duras penas para que Otto no tenga acceso a sus ficheros secretos. La primera fase de la batalla estaba ganada por John, pero éste no se quedará descansando en Capua. Sabe que antes o después será arrollado si permanece en Colonia, pues el ministro-presidente, Reinhold Mayer, ha descubrierto ya muchos de

sus manejos sin alcanzar todavía a la esencia de los mismos. Hay que maniobrar con pulso seguro en la próxima singladura para llegar con un buen equipaje al otro lado de la puerta de Brandeburgo.

EL BOTIN DE UN VIAJE CIRCULAR

Una buena baza quiere ofrecer Otto John a los comunistas cuando les pida amparo. No contento con los «dossiers» custodiados en su despacho de Colonia, emprende un viaje a los Estados Unidos para obtener informaciones de primera mano. En Washington es recibido amigablemente por Allen Dulles, jefe de la Central Intelligence Agency, y celebra conversaciones muy instructivas con él. Visita también las dependencias reservadas del F. B. I. Al abandonar el país, con destino a Londres, agradece públicamente a las autoridades norteamericanas por las numerosas informaciones que le suministraron. Mantuvo contacto, además, con altos funcionarios del departamento de Estado, diplomáticos y representantes del departamento de Defensa. Tan grave era todo esto, que al conocerse en Washington la deserción de Otto el propio Congreso ordenó una encuesta a su Comité judicial.

—Afortunadamente para los secretos de la defensa americana, el Pentágono fué impenetrable para John. No consiguió «grandes informes reservados»—hizo conocer un portavoz del Gobierno.

En su viaje de regreso a Berlín, hace alto en Londres donde se pone al habla con altos jefes del Intelligence Service. De paso por París, procura sacar del Deuxième Bureau cuantos datos puede. Todo hace presumir que obtiene una muy sabrosa y detallada información sobre los planes del Ejército europeo.

Y es al llegar a Berlín, con noticias frescas recogidas en las capitales de las potencias occidentales, cuando da el salto a la zona soviética, el 20 de julio de 1954. El mismo Fouché hubiera firmado la magistral operación.

LA PUERTA DE BRANDEBURGO VUELVE A ABRIRSE

El lunes, 12 de diciembre, diecisiete meses después de haber traspasado la puerta de Brandeburgo, Otto John descorre nuevamente el «telón de acero» y aparece en la zona occidental como por arte de magia. Ese día tiene que pronunciar una conferencia en la Universidad de Berlín, en el sector soviético. Va en su coche oficial, escoltado por otro de la Policía donde viajan los dos agentes que le vigilan día y noche.

En el vestíbulo le espera un grupo de amigos, que asistirá al acto. John viste de gris y lleva dibujada en su rostro la sonrisa que le da fama de hombre atractivo. Saluda cordialmente a los más íntimos y se encamina con ellos al aula pequeña en que va a dirigir la palabra. Los agentes no le pierden de vista. Una vez allí, se excusa ante la concurrencia por retirarse unos segundos a fin de saludar al rector. Abre una puerta que da al estrado, de-

ja dentro a los agentes y a buen paso, busca una salida de la parte posterior del edificio. Un automóvil aguarda en la calle con el motor en marcha.

En el coche está el periodista danés Hendrik B. Hendriksen. La noche va cayendo. Junto al asiento del conductor, unas gafas de sol, una bufanda de lana y una pipa con tabaco. El periodista guarda en su bolsillo de la americana dos billetes para el avión de servicio Berlín-Colonia, de las seis menos cuarto de la tarde. Los dos con nombres supuestos: Dr. Vogel, que corresponde a Hendrik B. Hendriksen, y el otro a favor del Dr. Fischer, que utilizará Otto John.

Una silueta aparece en la puerta trasera de la Universidad y se acerca al automóvil, que enciende y apaga los focos para hacer la señal convenida. El periodista abre la portezuela y Otto John se sube, se coloca las gafas, se anuda la bufanda al cuello y enciende la pipa.

—En camino, por el amor del cielo.

El vehículo se pone en marcha a la velocidad de 40 kilómetros por hora, máxima autorizada en el Berlín oriental. A la altura de la Wilhelmstrasse un policía hace señas con una linterna de luz roja para que se detenga el coche.

—Buenas tardes, agente; todo en regla.

Echa un vistazo, mira la bandera de Dinamarca en el radiador, la insignia de Prensa en el parabrisas y autoriza a seguir.

A las cinco menos tres minutos el automóvil pasa la puerta de Brandeburgo y se dirige al aeropuerto de Tempelhof. Otto John llora. Son las lágrimas que parecen acompañar al espía siempre que éste salta de un lado a otro del «telón de acero». Al fin habla:

—A Dios gracias, la pesadilla ha concluido. No hubiera podido resistir más tiempo; si nos dejan a coger, creo que me hubiera suicidado.

En Tempelhof ocurre todo como estaba previsto; suben al avión y éste toma rumbo en dirección al corazón de la Alemania occidental.

Mientras tanto, el canciller Adenauer se halla reunido con los jefes de los grupos parlamentarios alemanes, recibe la noticia confidencial de que el avión se halla en vuelo con Otto John, e interrumpe las deliberaciones.

—Señores, tengo una noticia que les divertirá: nuestro antiguo colaborador John llegará de un momento a otro a Bonn, después de haberse presentado en nuestro territorio pidiendo asilo.

Por una extraña coincidencia, la Comisión de encuesta parlamentaria nombrada un año antes para investigar lo relativo a la deserción de Otto, se había reunido el día anterior después de seis meses de interrupción de los trabajos. Al fin de la sesión se redactó un comunicado para anunciar que los informes estaban concluidos y que a primeros de enero se harían públicos.

Otto John es sometido a la disposición del Tribunal Supremo Federal y contesta al interrogatorio de sus magistrados en Karls-

ruhe. Esa misma noche se reúne el Gobierno de Bonn en sesión secreta. El despacho del canciller Adenauer está a pocos metros de la sede de la Policía alemana de Seguridad, en el barrio de Joachimstrasse, donde se halla el detenido. El ministro del Interior, Gerhard Schroeder, informa al Gobierno sobre los hechos; la noticia no era nueva para él porque agentes federales se habían puesto en contacto con John, en el Berlín oriental, para ayudarle en la huida.

A pesar del secreto con que se guardan los pormenores, desde los primeros momentos se habla en Bonn de que el príncipe Luis Fernando de Prusia, nieto del Káiser, un periodista danés y una tercera persona no identificada son quienes han facilitado la nueva fuga de Otto.

De Londres se da la noticia de que frau John había salido de su domicilio a las once de la mañana del mismo día de la huida de su marido con destino desconocido. Es la hora aproximada en que frau John había salido de oficial, con la estrella de cinco puntas al viento, rumbo a la Universidad para dar su conferencia. Lo real y lo novelesco se hallan entrelazados, que resulta imposible ponerles fronteras.

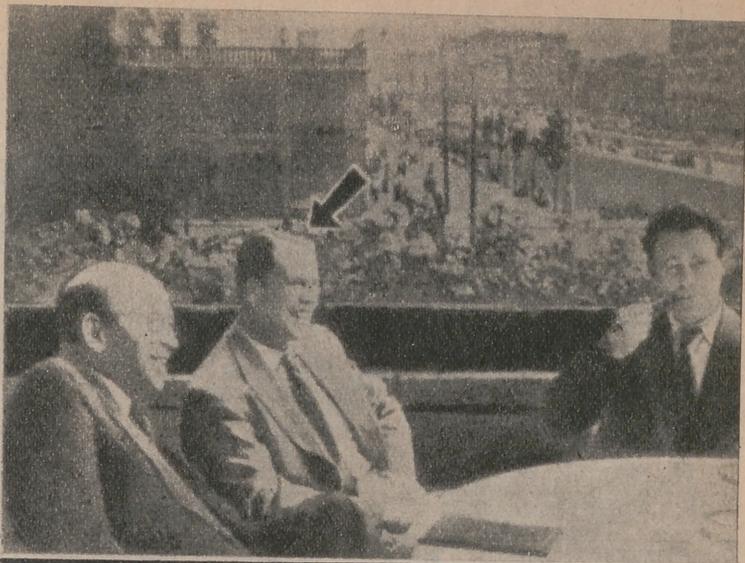
EL «TELÓN DE ACERO», CRUZ DE BERLÍN

—Espero que ninguno de mis amigos creerá que me pasé voluntariamente al Berlín oriental. Fui a tomar el té con el doctor Wohlgenuth. Lo que ocurrió después sería incapaz de decirlo. Lo único que recuerdo es que, dos horas más tarde, me desperté en una casa del Berlín oriental. Estaba echado en una cama, me atendía una doctora y la habitación estaba llena de agentes comunistas. La doctora me puso una inyección y me volví a dormir; al despertar de nuevo estaba aturdido y enfermo. No he revelado ningún secreto, pero me obligaron a decir muchas mentiras y a contar historias muy complicadas...

Esta es la versión que el propio Otto John da a su regreso a Bonn, y la fantasía de todos empieza a elaborar la leyenda

«John es un «doble agente» que trabajó para los alemanes, para los comunistas después y, por último, se ha arrepentido»; ésta es una de las primeras versiones que circulan por Berlín. «Su desertión fué un engaño, pues se fué a Alemania oriental para sopesar la posible unificación del país bajo un príncipe Hohenzollern y un Gobierno socialista», es la opinión de otros. «John se desilusionó por el resurgimiento del nazismo en Alemania y luego sufrió mucho más desengaño con la experiencia comunista», aseguran otros. «La fuga al sector soviético estaba prevista: Otto ha desempeñado una audaz misión y vuelve con un tesoro de información, recogido en aquella zona...»

—Este cambio de actitud del antiguo jefe de la Oficina para la Defensa de la Constitución es altamente satisfactorio. La Embajada británica en Bonn ha sido informada a su debido tiempo del regreso de John—fueron las primeras declaraciones oficiales de Londres.



Esta fotografía fué tomada en el Berlín oriental días después de atravesar el «telón de acero» el antiguo jefe de espionaje del Gobierno de Bonn

la política impuesta por el «telón de acero», que tiene seccionada en dos partes a la nación alemana. Hasta se puede explicar con el calificativo de patriótico el trapicheo de Otto John, a quien Bonn puso la cabeza a precio a raíz de la desertión del 20 de julio de 1954. Se ofrecieron cuatro millones de pesetas a quien diera noticia de las circunstancias de la fuga. El balance provisional de su excursión por tierras soviéticas arroja el suicidio en Berlín de un oficial de Información norteamericano, la detención por los comunistas de ocho altos funcionarios de Asuntos Exteriores, 91 funcionarios del Gobierno encarcelados en el edificio de la Leipzigerstrasse, numerosos diputados de la Cámara Popular en prisiones... Y toda la red de agentes

montada por la República Federal, puesta al descubierto. Buen precio, sin duda, el de los informes que haya podido traer a Bonn el pertinaz espía.

Mientras los tramoyistas suben y bajan el telón de acero para que continúe el drama representado por personajes de la talla moral de un Otto John, el sufrido berlinés cae y trabaja. Es familiar de los 300.000 que cayeron a consecuencia de la guerra y de la ocupación soviética. Ante las entradas y salidas, ante los viajes de ida y vuelta de los Otto John, se muestran resignados y miran a la puerta de Brandeburgo con la esperanza de que la Justicia derribe pronto la tramoya que mantiene al «telón de acero».

Alfonso BARRA



Otto John con su esposa



TEXTIL

LA INDUSTRIA TEXTIL ESPAÑOLA AL SERVICIO DE LA MUJER
ES LA MEJOR REVISTA - ES UN ALARDE EDITORIAL

PUERTOS ESTRATEGICOS EN EL ESTRECHO



Las perspectivas del puerto de Ceuta

NUEVO REGIMEN ECONOMICO FINANCIERO DE LOS TERRITORIOS DE CEUTA Y MELILLA

Las baterías del Hacho y del «Sarmiento de Gamboa», con sus salvas de ordenanza, rompen las nubes que envuelven a Ceuta en la tarde del 30 de abril de 1951. No es pólvora de guerra en Africa, sino de bienvenida y de esperanza. Dan las cuatro y media cuando el Alto Comisario y Gobernador General de las Plazas de Soberanía, don Rafael García Valiño, gira su primera visita oficial a la ciudad. Sus palabras de salutación van a ser para declarar lo que este rincón de España significa en sus efectos.

«Un saludo cariñoso, con la emoción natural de llegar a unas tierras en las que viví los mejores años de la juventud.»

Ni una sola promesa ni esos halagos al uso de los viejos políticos, a pesar de que Ceuta y Melilla sienten de tiempo atrás la necesidad de una revisión del Estatuto económico y financiero. Ocho veces desde 1932 se han constituido Asambleas y Comisiones interministeriales para elaborar la ley que acuda a solucionar definitivamente los problemas que afectan a estos territorios. Por lo complejo de ellos y por las dificultades de la guerra mundial, las esperanzas se malograban y los resultados no correspondían plenamente a los deseos. Aunque tanto Melilla como Ceuta progresan y se desarrollan.

Pasa poco tiempo de esas salvas del Hacho hasta el 5 de agosto

LAS PLAZAS DE
SOBERANIA SON
YA ZONAS FRANCAS
A EFECTOS
ADUANEROS

de 1951, cuando el Gobernador General estampa de su puño y letra esta promesa en el Libro de Oro de Ceuta:

«No será fácil que el Gobierno olvide a esta ciudad ni a sus problemas vitales, cuya solución colmarán los deseos de nuestro Caudillo, que los conoce y los apoya.»

El 23 de febrero de 1954, se apunta ya el remedio:

«Ni el puerto de Tánger ni el de Gibraltar tienen agua, ni medios de carburante, ni posibilidades geográficas. Por lo tanto, Ceuta puede vivir tranquila con su puerto, porque será el puerto de la entrada del Mediterráneo siempre. Si se llega a conseguir



lo que yo he visto aceptado por el Caudillo, en una primera etapa del despacho con él, Melilla y Ceuta se convertirán en ciudades libres y en puertos libres de verdad. Y con esto tienen aseguradas su prosperidad y su grandeza.»

El martes día 20 de este mes, las Cortes Españolas aprueban la ley de Bases sobre el Régimen Económico y Financiero de Ceuta y Melilla, esperanza hecha realidad para dar a estas tierras de España la grandeza y el bienestar

CEUTA, CAPITAL DE GIBRALTAR

Una excursión al monte Hacno es un premio que se gana sin fatiga. Desde su cumbre se dominan dos grandes mares, se avistan las costas de España y a sus pies se contempla Ceuta, con su puerto y las recias montañas africanas de Sierra Bullones y de Sidi Musa. Allí es fácil observar el tránsito a través del estrecho de Gibraltar. Son 21.600 barcos en un año los que pasan, uno cada veinte minutos, con 108 millones de toneladas. Una circulación marítima superior al doble de la de Suez y Panamá. Ceuta, desplegada a lo largo de la costa, es punto de escala de primer orden, esta capital blanca y alegre del Estrecho.

«Pero el movimiento del puerto al amparo del régimen existente hasta hoy, no dejaba a la ciudad los beneficios que se podrían deducir de las estadísticas de entradas y salidas», revela el Alcalde de Ceuta.

Son 3.830 los buques que llegan el año 1953 para dejar a la Junta de Obras del Puerto solamente unos seis millones de pesetas. Melilla recibe 1.199 embarcaciones en el mismo período. Esta gran flota se limita a cargar y descargar 178.000 toneladas en el primero y 491.000 en el segundo. Significa esto que la mayoría de las embarcaciones utilizan los muelles para repostarse de combustibles, carbón y agua. Pero no abren sus sentinas al mercado de las plazas.

Melilla y Ceuta se encuentran, hasta la nueva ley aprobada ahora, aprisionadas en sus reducidos territorios por la frontera aduanera que envuelve los puer-

tos francos y por la frontera política con Marruecos. Son dos cinturones que oprimen el desarrollo de las plazas, que no disponen de un «hinterland» semejante al que con largueza le ha sido otorgado a Tánger. Los 80.000 habitantes que residen en cada una de ellas veían desilusionados salir y entrar los buques, sin que las grúas y cabrias funcionasen apenas. Y es que las aparentes ventajas de sus puertos francos resultaban inoperantes para las limitaciones de las licencias de importación y por la escasez de divisas.

La nueva ley convierte a todo el territorio comprendido en los límites de los términos municipales de las ciudades y campo exterior circundante en la región de Ceuta y Melilla y sus dependencias de Alhucemas, Vélez de la Gomera y Chafarinas en territorios francos a efectos aduaneros. Antes solamente lo eran los muelles y los almacenes de los puertos.

El régimen aprobado ahora abre, pues, la totalidad de esos territorios a la libre entrada, tránsito y transbordo de mercancías. Podrán realizarse así todas las operaciones de transformación y clasificación de primeras materias y artículos comerciales. Ceuta y Melilla tienen vía libre para comerciar con los puertos más importantes del mundo, lo que permite establecer grandes plantas industriales y de manufactura. El nuevo Régimen transforma las antiguas plazas militarmente fuertes en modernas capitales económicamente activas.

DOS NUEVOS COMPLEJOS INDUSTRIALES Y ECONOMICOS

La feliz solución que se da a los problemas de Melilla y Ceuta se ha logrado, después de minuciosos estudios, partiendo de la esencia de ellos. A raíz del año 1951 se constituyen en esos territorios unas Juntas encargadas de elaborar un anteproyecto de reforma. Meses después, oídos los Ayuntamientos, las Cámaras de la Propiedad, los Colegios profesionales y portavoces de los intereses más afectados, se elevan los informes al Gobernador General

quien dispone la fusión de las dos Juntas de Ceuta y Melilla para redactar conclusiones comunes a ambas. Es entonces cuando se informa al Poder Central sobre la conveniencia de constituirse una Comisión Interministerial, dependiente de la Presidencia del Gobierno.

En el mismo año de 1951 se constituye la Comisión presidida por Gómez Durán y formando parte de ella los señores Atienza, por el Ministerio de Hacienda; Masip del Trabajo; Ortiz de Gobernación, y Senthordiz...

Esta Comisión, para documentarse acerca de los problemas que ha de resolver, se traslada a Melilla y Ceuta, visita el protectorado y se detiene especialmente en Tánger. A primeros de 1952 queda redactado el proyecto de Bases para el Estatuto, que se eleva a la Presidencia para atender los informes de los distintos Ministerios. Al fin, pasa a las Cortes en 1953. El año siguiente, al reunirse la Comisión especial encargada de su estudio, es retirado de las Cortes para un estudio más detallado. Cuando se devuelve, se ha suprimido una de las 10 bases de que constaba el proyecto primitivo, la referente a la fundación de un Banco para asumir las diversas facetas del crédito industrial, agrícola, inmobiliario, en esas zonas y en el Protectorado.

Antes de la aprobación por las Cortes, el proyecto es ampliamente estudiado en su seno por una Comisión especial, con participación de los Procuradores García Hernández, Navarro Rubio, Prado Suárez García Arrazola, Angulo, Basanta, Nieto Antúnez Peña Boeuf, González Bueno... Después de introducir distintas enmiendas, las Bases son aprobadas por unanimidad, así como las disposiciones transitorias, excepto una relativa a Seguros Sociales, que es rechazada por razones técnicas actuarias, dadas por Correa Veghison, con el voto en contra de García Arrazola, Alcalde de Ceuta.

«El Régimen aprobado el día 20 es el edificio, la base que permite la transformación de Ceuta y Melilla en complejos industriales y comerciales modernos poderosos y progresivos», son palabras de García Arrazola, Alcalde de Ceuta.

MELILLA Y CEUTA, NEJOS ENTRE LA PENINSULA Y MARRUECOS

No podían nuestras Plazas de Soberanía ser ajenas a la evolución actual del norte de África. No podían mantener una postura estática o diferir la adopción de medidas y la creación de instituciones que la realidad del momento y la visión del futuro señalan como necesarias. En las permanentes relaciones de vecinos y amigos de Marruecos tienen Ceuta y Melilla una indeclinable misión. Para ello precisan estar preparadas con la ordenación económica y financiera que les otorga el nuevo Régimen.

La producción, el comercio y las divisas son el centro en tor-



El puerto de Ceuta en plena actividad

Vista parcial de la ciudad de Melilla



no al cual giran sus economías. Porque son problemas económicos antes que tributarios lo de esas dos ciudades, aunque lógicamente, la carencia de actividad productora se manifiesta mediante solicitudes de reducción o exención de gravámenes. La nueva ley recoge el criterio de que es inoperante cargar sobre la Hacienda nacional disminuciones impositivas y gastos para planes de obras, sin adoptar, además, medidas para favorecer sus economías.

Las nueve Bases del Régimen se dirigen a la diana de los problemas vitales de esos territorios. El sistema aduanero, la política económica de la producción y el comercio se hallan reglamentados en las Bases tercera y quinta. En el sector de la economía pública la sexta, séptima, octava y novena establecen las normas aplicables al sistema impositivo, consistentes en confirmar y ampliar las desgravaciones requeridas por las especiales características de estos territorios, a fin de fomentar la creación de riqueza. De la prosa fría del texto legal se desprende la realidad de un sistema generoso y comprensivo.

Realidad es que por declararse a todos los territorios de Melilla y Ceuta puertos francos, no se exigen los derechos establecidos para la Península por los Aranceles de Aduanas, ni ningún otro de importación o exportación. Más dentro de esos territorios se prevén, de acuerdo con unas normas en las que las mercancías que entren en dichas zonas estarán exceptuadas de las normas.

Naturalmente, estos beneficios son efectivos siempre que las mercancías procedan o sean reexportadas al extranjero, fuera del área de la peseta.

De ahora en adelante, muchos

de esos 21.600 buques que cada año pasan el Estrecho harán rumbo a las dársenas de Ceuta y Melilla, donde no se limitarán a suministrarse, con beneficio solamente para cinco o seis poderosas Empresas, sino que abrirán sus sentinas para comerciar en buena tierra y con notables ventajas económicas. Este es uno de los primeros beneficios del nuevo Régimen, pero no el único.

BAJA DE LA VIDA EN UN 25 POR 100

A pesar de las circunstancias desfavorables, Melilla de años acá se ha remozado y ensanchado. Urbanización de la plaza de Armas, Puente del Tesorillo, plaza de Torres Quevedo, avenida del Teniente General García Valiño, plaza de España. Y calles de la Legión, Colombia, Perú,

Chile. Viviendas protegidas en las vías de Querol y Alvaro de Bazán. Obras de alcantarillado, campo de deportes, estación de autobuses, ampliación de acemeta de aguas en las calles de Barceló y Explorador Badía, construcción del Museo Municipal y Mercado de Mayoristas... Una Melilla viva, llena de energías, a la que el nuevo régimen económico y financiero va a dar horizontes amplios a su laboriosidad.

Ceuta, la plaza hermana, ha hercenseado su fisonomía igual que Melilla. Mejoras en su puerto, construcción de núcleos residenciales, la Lonja de Pescadores, edificios administrativos del Registro y la Aduana, rectificado y ensanche de la carretera de Tetuán, moderno material ferroviario... Contando con el espíritu emprendedor de las dos ciudades,

En Melilla, la Plaza de España



el nuevo Régimen orientará la economía en el sentido de inter-sificar las industrias de transformación asegurando el suministro de la energía de origen térmico, y acordada la concesión de primas a la exportación con destino a Marruecos de los productos que se elaboren.

«Ante las ventajas tributarias que concede la ley aprobada el capital buscará esos territorios para realizar inversiones en ellos.»

Un auténtico imán de atracción son las reducciones previstas por la ley. Rebaja de un 50 por 100 sobre las cuotas vigentes en la Península por contribución territorial, urbana y rústica, por comercio, industria y ejercicio profesional. El mismo beneficio por las utilidades obtenidas por las Empresas en esos territorios y por las gravadas en la tarifa segunda. Las utilidades por el trabajo y las Clases Pasivas de los Ayuntamientos se se benefician con igual descuento, a excepción de las utilidades correspondientes a los funcionarios públicos, salvo los emolumentos complementarios asignados por razón de destino en territorio de soberanía o Marruecos.

«En cuanto se aplique el Régimen económico y financiero, bajará la vida en un 25 por 100», declara el Alcalde de Ceuta.

Hay más beneficios tributarios en conceptos de Derechos Reales. Impuesto del Timbre y contribución de Usos y Consumos, ya que no pagarán este último gravamen los productos obtenidos en España que se envíen a Ceuta y Melilla, como conservas, vino, petróleo, calzado hilados, muebles, jabones, cemento, papel... Quedan también sin ese impuesto el gas, la electricidad...

Y se suprime también el arbitrio municipal que, con una tarifa «ad valorem» sobre la importación de toda clase de mercancías han venido percibiendo los Ayuntamientos. Este impuesto constituía la base de los ingresos municipales y recargaba el valor de todos los productos que pasaban por los fielatos hasta un 10 por 100. Recargo éste en extremo oneroso, que encarecía la vida, pero que era necesario en la antigua regulación para nutrir las arcas de los Municipios agobiados con las mismas necesidades de una capital de provincia peninsular, y sin los recursos del campo de su demarcación. Por eso mu-

chos proyectos y realizaciones esperaban en los legajos la coyuntura que ahora se brinda. Los baldiques van a deshacer sus nudos al amparo del plan urgente de obras, previsto en el Régimen sancionado últimamente por las Cortes.

DOS NUEVAS CIUDADES A DOS AÑOS VISTAS

De la mano de la ley de Bases y del presupuesto extraordinario que prevé, se puede anticipar una mirada a la ciudad de Ceuta dentro de pocos años. Al territorio transformado por la inyección de vida del nuevo texto legal.

Ceuta realizará la necesidad sentida de mucho tiempo: Se habrá proyectado hacia el Sur por medio del ferrocarril que la enlaza con el corazón de Marruecos y con toda la red norteafricana. La realización de este antiguo proyecto la convertirá en vestíbulo mediterráneo del Continente. Los 88 903 pasajeros embarcados y desembarcados en 1954, será cifra muy reducida para el tráfico de la Ceuta futura.

En el orden urbanístico completará la obra del ensanche la red de alcantarillado, el cierre de la zanja del ferrocarril desde el viaducto hasta el primer túnel. En el campo exterior se construirán carreteras transversales a las hoy existentes, con lo que se habrá conseguido la revalorización de terrenos intermedios, ahora sin accesos. Se podrán realizar las expropiaciones necesarias y edificar instalaciones para el madero, mercados y Palacio de Justicia... Los once kilómetros de carreteras que en la actualidad carecen de riego asfáltico, de un total de 35 kilómetros se pavimentarán.

El puerto podrá perfeccionar las instalaciones con que hoy cuenta y aumentarlas para realizar con ahorro de tiempo las operaciones de carga y descarga. Industrialmente, unas prósperas fábricas permitirán la conserva de pescados y la transformación de productos agrícolas y de las primeras materias desembarcadas. Al amparo de los beneficios tributarios acudirán capitales para la edificación y para nuevas empresas fabriles.

Y si esto será para Ceuta, Melilla sufrirá semejante evolución. La Ley no otorga privilegios a una sobre la otra. Su puerto, por razón geográfica, ha de ser primerísima puerta de salida de mi-

nerales. En un orden más concreto, mediante el riego con aguas del Muluya podrá poner en explotación más de 30.000 hectáreas de las cercanas vegas del Buarg y del Zebra, hoy secas. Se han de completar sus 14 kilómetros actuales de carreteras con una red de caminos secundarios, a fin de realzar el valor de tierras que carecen de comunicaciones fáciles.

LOS TERRITORIOS DE SOBERANÍA, ZONAS FRANCAS

Las posibilidades que el nuevo régimen económico y financiero ofrece a los territorios de Melilla y Ceuta no son promesas a plazo largo. La ley de Bases entra en vigor el primero de enero, aunque en la práctica algunos de sus preceptos se llevarán a cabo en el término de un año, ya que están subordinados a la constitución de unas Juntas Coordinadoras. Pues el texto legal establece modificaciones en orden a la competencia y atribuciones de las primeras autoridades.

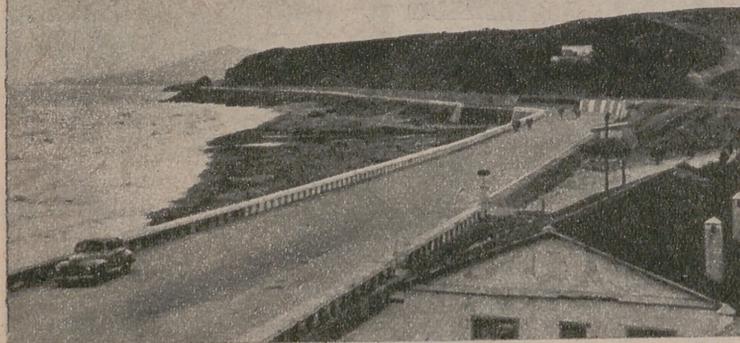
El Gobernador General de los Territorios de Soberanía del Norte de Africa tendrá, bajo la dependencia del Ministerio de la Gobernación las facultades de los Gobernadores Civiles de las provincias ampliadas en todas aquellas que se le confiarán. Autoridad nueva será el administrador general de los Territorios de Ceuta y Melilla, que habrá de residir en ellos, y con las orientaciones del Gobernador, ejercerá las facultades que no sean retenidas por éste.

Las Delegaciones gubenativas, ahora existentes, quedan suprimidas y sus funciones serán desempeñadas por el administrador, quien contará con dos adjuntos, uno en cada ciudad, para funciones netamente gubernativas. Además, han de existir dos Juntas Coordinadoras, la de Melilla y la de Ceuta, de la que serán vocales natos: el Alcalde, los delegados de los Ministerios en los Territorios, los representantes de las Cámaras Oficiales y otras actividades importantes. Estos organismos tendrán el carácter de Juntas de Obras y Servicios de los Puertos.

Se prevé un impuesto transitorio municipal para suplir en parte los ingresos que los dos Municipios vienen percibiendo por el sistema de «al valorem», antes mencionado.

Desde primero de enero de 1956, los territorios de soberanía son ya zonas francas a efectos aduaneros. Para este pedazo de España en Africa comienza un nuevo calendario de resurgimiento y prosperidad. Al espíritu emprendedor de los 150.000 españoles de esos territorios se les brinda el instrumento para aumentar las fuentes de riqueza y su bienestar. En esa gran avenida del tráfico universal, que es el Estrecho, Melilla y Ceuta son de siempre puertos privilegiados por la situación geográfica. Con la nueva ley, aprobada el 20 de diciembre de 1955, serán, además, emporio de comercio y activo complejo industrial.

Nueva carretera de Ceuta a Tetuán



LAS RELACIONES ENTRE RUSIA-OCCIDENTE DESDE LA REVOLUCION DE 1917



Una fotografía de la Conferencia de Potsdam. Truman, Stalin y Churchill.

SE habían hecho ya todas las fotografías posibles. Centenares de periodistas gráficos buscaban todavía la ilustración histórica que reflejara perfectamente el fin de la guerra fría. Tres hombres vestidos de gris, camisa blanca y corbata azul: Bulganin, Eden y Eisenhower. Un hombre en traje azul y corbata gris perla: Edgar Faure.

Los periodistas pedían a Eisenhower la fotografía sensacional: el abrazo a Bulganin. Pero el Presidente de los Estados Unidos no se decidía porque era muy comprometida. En el césped del jardín, de hierba fina y suave, las pisadas de los cuatro hombres dejaban una levisima huella. A sus espaldas, en las ventanas del palacio de las Naciones, centenares de personas sonrientes y tranquilas, con el aire de asistir a un «match», invitaban a los «cuatro grandes» a que hicieran frente a los fotógrafos. Eisenhower, a quien seguía Bulganin, saludaba con la mano a las gentes asomadas en las ventanas. Alguien, mientras tanto, colocaba cuatro sillas metálicas, con asiento y respaldo de fieltro, en el jardín.

Los cuatro hombres dudaron unos instantes, sin darse cuenta, ante la silla a elegir. Edgar Faure no se anduvo en muchos titubeos y ocupó, ante una leve sonrisa de Eden, una de las dos del centro. Nadie se atrevió a quitar la otra al general Eisenhower. Bulganin se sentaba, cruzados los pies, a su derecha. Eden,

HISTORIA DE UNA POLITICA INTERNACIONAL ESPAÑA SIEMPRE ESTA EN SU SITIO

en el extremo opuesto, delgado y sonriente, dejaba hacer su trabajo a los redactores, gráficos.

De esta forma, en fin, se compuso, bajo el tibio sol de julio, la histórica fotografía de la Conferencia de Ginebra: la del fin de la guerra fría. Bueno, eso era lo que se decía entonces. Las circunstancias actuales, el cambio tan grave ocurrido después de las declaraciones de Krustchev y Bulganin, vuelven a situar las cosas en un estado de gran tensión. Todo invita a hacer un poco la historia dramática de las relaciones entre Rusia y Occidente durante los últimos treinta y ocho años.

DEL OCTUBRE DE TROTSKY A LA PAZ SEPARADA DE BRETS-LITOVSK

Tomando como punto de partida la primera guerra mundial, vemos a Rusia en el campo de los aliados. Pero el imperio ruso no podría llegar al final de la contienda. Después de la pausa del Gobierno Kerenski, la revolución de octubre de 1917 marcaría la frontera entre dos épocas.

En los primeros días de octubre, millares de prófugos y desertores llenaban las calles y las estaciones de Petrogrado. El cuartel general del partido bolchevique estaba situado en el cuarto piso del Instituto Smolny. En el despacho de Lenin, un tabique de madera sin pintar separaba el rincón de la telefonista y la mecanógrafa. Dos hombres, sin embargo, decidían las operaciones: Trotsky y Antonoff Ovsienko. Desde hacía dos meses, pequeños grupos de hombres, día tras día, realizaban en aparente calma y desarmados los movimientos que tendrían que hacer en el momento decisivo. Nadie les hacía caso. Eran escuadras de tres o cuatro hombres. Salían del Smolny después de haber pasado horas ante el plano de Petrogrado. Pero no el plano de los grandes edificios, cuarteles, etc., sino el plano del «vientre de Petrogrado»; es decir, centrales eléctricas, conducción de agua, telégrafos, estaciones ferroviarias y puentes. Mientras las tropas militares establecían un cordón de seguridad en

torno a los palacios de Maria, Tauride o de Invierno, los hombres de Trotsky dominaban las alcantarillas que pasaban por debajo del Estado Mayor General. El ensayo completo de la insurrección se realizó en su conjunto sin la menor complicación: nadie hacía caso de unos hombres sin armas que entraban y salían. Así, el 24 comenzaba el asalto contra los centros neurálgicos. El 25, los marineros de Dybenko, venidos de Cronstadt, tomaban el Palacio de Invierno y caía el Gobierno Kerenski.

El primer acto histórico es un poco ridículo: un hombre se quita la peluca. Es Lenin, que estaba escondido y disfrazado de obrero. A su vez, desde el Instituto Smolny, el gigantesco y cruel Dibenko, el de las manzanas de Cronstadt, de veintiocho a años, con la barba negra y la tez rojiza, llamaba por teléfono a Finlandia para hablar con Alejandra Kollontai, una mujer de cuarenta y seis años, de origen aristocrático, que hablaba media docena de lenguas y estaba enamorada de Dibenko... En una de las habitaciones del Smolny, Petrovsky encontró una mesa libre que arrimó a la pared, en la que clavó un papel con la siguiente inscripción: «Comisariado del Pueblo para Asuntos de las Nacionalidades». Luego agregó dos sillas. En una de ellas se instaló José Stalin, comisario de las Nacionalidades.

¿Y la guerra? La guerra era de dos clases: civil en Rusia misma y militar contra Alemania. En el caos comenzaron las conversaciones con Alemania y a espaldas de los aliados. Pero tres tendencias dominaban el resultado de la primera votación del Comité. De 63 hombres, 32 votaron por una «guerra revolucionaria»; 16, con Trotsky, por una moción que no aceptaba la paz ni la guerra, y 15, con Lenin, que quería la paz con Alemania.

Una esperanza existía además:

fomentar en el entretanto el estado revolucionario en Alemania. El 17 de febrero, el Comité Central, después de aprobar una moción «difiriendo la reanudación de negociaciones de paz para aprovechar revolucionariamente la situación militar», se aprobaba por mayoría, con tres abstenciones, la siguiente decisión: «Si es un hecho el avance alemán y no hay sublevación revolucionaria en Alemania y Austria, tenemos que hacer la paz.»

El 18 de febrero, el frente alemán se ponía en movimiento, avanzando incesantemente. Los aliados, a través de los generales Lavergne y Nessel, por los franceses, y el general Robbins, por los americanos, proponían la cooperación de los aliados contra los alemanes. ¿Cuál fué la reacción rusa? Tomemos al pie de la letra las palabras de Trotsky: «Utilicemos el antagonismo militar de los franceses y los alemanes para salvar al Gobierno soviético.» Hubo un fallo en los cálculos. Monsieur Noulens, embajador francés, informó perfectamente a su país, y Clemenceau dió completamente marcha atrás para ponerse enfrente de los soviets. Los aliados, inesperadamente, daban el primer paso psicológico, que luego transformarían en verdadera guerra, contra los rusos.

El 23 de febrero de 1918, a las diez y media de la mañana, se recibían en Petrogrado las condiciones alemanas para la paz. El Comité Central, reunido unas horas más tarde, oye el informe de Lenin: «Las condiciones deben firmarse. De no hacerlo, es la sentencia de muerte para el Gobierno de los soviets dentro de tres semanas.» Así estuvo la cosa. El avance alemán era muy fuerte; el 18 cayó Minks.

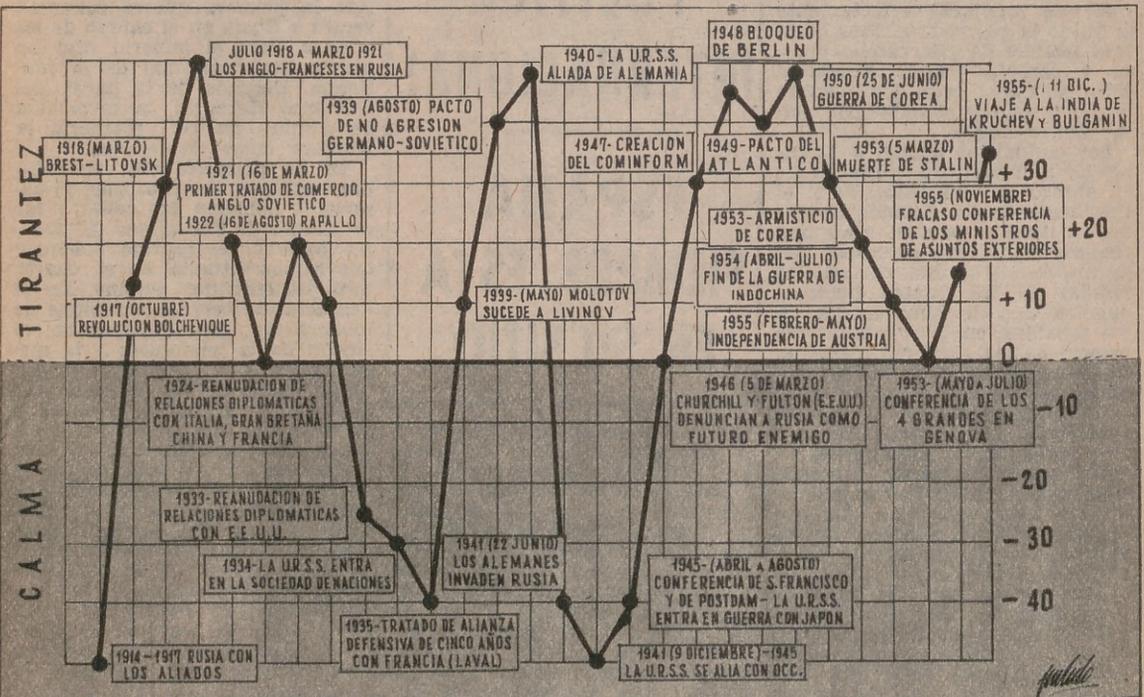
El 3 de marzo de 1918, el Gobierno soviético firmaba en Brest-Litovsk la paz separada con Alemania. El Ejército Rojo debía evacuar Letonia y Estonia, y se

comprometía a concertar la paz con los Gobiernos de Ucrania, Finlandia... «Para Lenin—dice Trotsky—, la cuestión era asegurarse un respiro en la lucha para proseguir la revolución internacional.» Este estado de espíritu es confirmado en los discursos del VII Congreso del partido, que se desarrolló unos días después de la paz en Brest-Litovsk. En un discurso de Lenin (8 de marzo) se leen estas impresionantes palabras: «Debo referirme a la posición de Trotsky, quien al comienzo de las negociaciones de Brest las utilizó espléndidamente para la agitación revolucionaria...»

GUERRA ABIERTA CON FRANCIA Y CON INGLATERRA

En la primavera de 1919, después de haberse comprobado la presencia del partido comunista en todos los desórdenes de los pueblos occidentales, la actitud de Inglaterra y Francia era de participación activa, si ocurría una circunstancia favorable, en los asuntos rusos. La guerra civil proporcionaba el pretexto. En los primeros meses de 1919, el Ejército Blanco del Nordeste, mandado por Yudenich, se acercó a Petrogrado, mientras la Escuadra inglesa salía de la bahía de Finlandia y se dirigía a Cronstadt. Unos meses después, en octubre, otro general, Rodzyanko, rompía el frente del VII Ejército y establecía contacto con Yudenich, mientras una amplia conjura de las guarniciones interiores, entablaba contacto con los sitiadores. A la mitad de octubre, Lenin proponía al Comité la rendición de Petrogrado para atender mejor otros frentes; pero la indecisión de Cronstadt salvó a la ciudad.

Toda la nación estaba en guerra. Ucrania, sublevada contra los soviets, se comunicaba con los ejércitos blancos hasta el Cáucaso. Soldados occidentales, alemanes y checoslovacos, defendieron Kazan al lado de los blancos.



En este gráfico se observa claramente la gran oscilación de las relaciones de Rusia con Occidente. Una escala que va de la revolución a nuestros días. España tiene también un gráfico y una memoria: El Frente Popular, consigna rusa de 1936, provoca la Cruzada. A España llegan las Brigadas Internacionales del comunismo y el embajador ruso interviene en los Consejos de ministros como verdadero poder. Una conjura internacional se sucede. En 1946 Rusia consigue que la O. N. U. aisle a España. España está siempre en su sitio y nada altera su firmeza. Los cambios de táctica nunca la apartan de sus propios destinos.

Mientras tanto, la guerra se ampliaba a la República de Polonia. Una Misión militar francesa, mandada por el general Weygand, defendía el Vistula, frontera del mundo occidental. Los combates entre el Ejército soviético de Tujachesvki y las fuerzas polacas tenían como problema el temor de una insurrección popular en Varsovia. Desde meses atrás se preparaban con todo detalle a los partidos comunistas situados en las retaguardias occidentales. El 2 de mayo de 1920, las tropas de Weygand cogían un manifiesto en el que se decía: «La guerra terminará con la revolución obrera de Polonia.» La situación se hizo tan grave, que todos los representantes diplomáticos, salvo el de la Santa Sede e Italia, abandonaron Varsovia. El 15 de agosto, festividad de Santa María, el pueblo católico desfilaba procesionalmente mientras se disputaba una batalla. El general Weygand obtuvo una victoria resonante. Comentándola, dice Trotsky algunas cosas curiosas: «Una de las razones de que la catástrofe de Varsovia alcanzase proporciones tan terribles fué la conducta del grupo de los ejércitos del Sur. La principal figura de ellos era Stalin, que, deseando entrar en Lemberg, olvidó toda protección al Ejército Rojo de Varsovia.» El 16 de agosto, las tropas de Pilsudski, liberador de Polonia, y de Weygand «obligaron a retroceder en toda línea a las tropas comunistas» (Trotsky).

Prácticamente, pues, de 1918 a 1921, los anglofranceses estuvieron luchando en Rusia de una forma u otra. En la primera invasión occidental contra el Estado soviético, tres años de guerra.

CIERTA PAZ: LOS ACUERDOS COMERCIALES

La victoria de Varsovia por las fuerzas de Pilsudski y las occidentales del general Weygand, fué el comienzo de una etapa pacífica. Rechazado el Ejército Rojo al interior, apagada poco a poco la guerra civil, los ingleses quisieron ser los primeros en ganarse el mercado ruso, por lo que, el 16 de marzo de 1921, firmaban el primer acuerdo comercial con el Gobierno de Lenin. Otros países, creyéndose engañados, hicieron lo mismo con la mayor precipitación. Entre ellos Austria, Hungría e Italia. Alemania, que había permanecido al margen por el Tratado Rapallo de 1922, toma la iniciativa para el restablecimiento de relaciones diplomáticas con Rusia. Ocurre lo que ocurrió con las relaciones comerciales, que durante unos años, hasta 1925, llegan a Rusia y vienen a Europa los embajadores. Una nación se abstiene durante muchos años: Norteamérica.

Es un momento, como en la Conferencia de Ginebra, de calma.

EL NOMBRE DE ESPAÑA, EN EL SEGUNDO CONGRESO DE LA KOMINTERN

Estaba claro que la paz, como había dicho Lenin anteriormente, no era nada más que un camino para desarrollar en mejores condiciones la agitación revolucionaria. No es de extrañar por ello que en el segundo Congreso de la Komintern, celebrado en 1923, Lenin señala al Comité Central el nombre de España. «Yo afirmo—decía con su habitual énfasis—



El tratado rusoalemán de antes de la última guerra. Aparecen Von Ribbentrop y Stalin, acompañado de Molotov

que el segundo país de dictadura revolucionaria será España.» En aquella ocasión, estando agitada ya la vida de Lenin por los ataques que le iban a dejar más tarde paralizado de medio cuerpo y sin habla, cuando alguien se interesa por el procedimiento a seguir, explica que se realizará a través de un «ejército proletario». «Desde ese momento, España—dice Godden en «Conflict in Spain»—comienza a recibir una constante atención de los miembros del Kremlin.» En el IV Congreso asistía una Delegación española, y Acededo declaraba que el representante español en el Ejecutivo de la Internacional Comunista estaba ya de acuerdo para introducir en España la táctica del «Frente Unido». Al final del IV Congreso, el 4 de diciembre de 1922 (Moscú), Droz, hablando de la «cuestión española», describía el momento como el más propicio para la propaganda y se establecían las instrucciones para aprovecharse de los restantes partidos y alzarse con el botín de la jefatura. La táctica de la insurrección internacional quedará plenamente señalada al advertirse que ya en el II Congreso 61 países estaban representados en él y que, por ejemplo, la fórmula de conexión con Rusia se planteaba por Acededo con estas palabras inequívocas: «El partido comunista español permanece fiel a la Internacional Comunista y observará la disciplina internacional.»

En el Museo de la Revolución rusa, en una sala dedicada a España, los visitantes podían ver el anuncio hecho por Lenin sobre el futuro de España. En el próximo salón, en grandes caracteres en ruso y en francés, se podía ver también una sala dedicada a Francia con estas palabras: «Después de España, la Francia...»

EL TRATADO DE LOCARNO: OTRA VEZ LA GUERRA FRIA

Si se pudiera examinar cinematográficamente, es decir, viendo desfilár rápidamente las imágenes de estos treinta y ocho años de conflicto entre Rusia y el mundo, se vería fácilmente que las etapas de guerra caliente, guerra fría, calma aparente y nueva guerra se suceden con matemática velocidad. Examinado objetiva-



Año 1918. Lenin y Stalin en conversación

mente, como se pudiera examinar un experimento de laboratorio, se vería claro que es precisamente ese aprovechamiento internacionalista de los partidos comunistas el que provoca las naturales y lógicas defensas de todos los países.

No es de extrañar, pues, que después de los años de calma del 22-23, volvieran los motines y las huelgas revolucionarias. Un latente estado de intranquilidad condujo a Francia, Alemania, Polonia, Italia y Gran Bretaña al Pacto de Locarno, firmado en 1925, en el que se garantizaban mutuamente contra toda agresión. En realidad era un esfuerzo a la desesperada de Aristides Briand de obligar a Inglaterra a salir de su aislamiento y situarla al lado de Francia. Pacto inútil, incoloro, que no sirvió para nada, pero que dió motivo a los rusos para desencadenar una campaña contra los países occidentales que se aliaban contra Rusia. Era un momento, además, de dura lucha interior en Rusia. El Tratado de Locarno, que no iba contra Rusia, servía para crear allí un estado de tensión internacional, cuando de lo que se trataba verdaderamente era del comienzo de la gran depuración. Ese año era relevado Trotsky del puesto de comisario de Guerra para ser elevado al cargo Frunce, que iba a morir misteriosamente siete meses más tarde. Boris Pilnack publicó un libro—la «Leyenda de la luna in-extinta»—que daba una versión peligrosa del suceso, lo que le valió una severa reprimenda y un «público» arrepentimiento.

Mientras tanto, Litvinov, que actuaba en las Comisiones de desarme, comenzaba un largo y embarrullado procedimiento para reanudar. Hasta 1927, el mundo confió nuevamente en la posibilidad de que fuera cierto.

RUSIA, RECONOCIDA POR LOS ESTADOS UNIDOS

El reconocimiento diplomático de Rusia por los Estados Unidos, en el año 1933, vino a ser la efectiva y aparente «entente cordiale» entre el Este y el Oeste. El Presidente Roosevelt ha contado en una anécdota el motivo que le decidió a reanudar las relaciones. El fallecido Presidente dijo que en su primer año de la Casa Blanca, su esposa había ido a una escuela y que vio en la pared un mapa en el que había un gran espacio en blanco. El profesor (contó Roosevelt) había dicho a su esposa que estaba prohibido hablar en los Estados Unidos de aquel espacio en blanco, corres-

pondiente a la Rusia soviética. Cuando su esposa se lo contó, Roosevelt se decidió a escribir a Kalinin invitándole a enviar sus representantes a los Estados Unidos. Tal es, con su aire pueril y absurdo, la anécdota rooseveltiana sobre un suceso de tal importancia.

La política de la sonrisa reverdece. La máscara del «niet» desaparece, y Litvinov desbordaba amabilidad en Ginebra. En Francia, el P. C. se adapta a las exigencias del Frente Popular, cuya fórmula ha inventado, y entra en el juego de los partidos..., y Mandel llega a escuchar de un embajador ruso que Stalin haría lo posible para calmar a los huelguistas «franceses». Sí, calmar a los huelguistas franceses.

Este parece ser el gran momento de las relaciones de Rusia con los países occidentales. Francia e Inglaterra presionan para que Rusia se disponga a establecer un pacto defensivo y ofensivo contra Alemania e Italia. Nada parece impedirlo. En el año 1934, Herriot, el presidente del partido radical, hace un largo viaje a Rusia, que le vale una de las grandes bromas del periodismo polémico.

En el año 1935, el 2 de mayo, se firma el Tratado de Alianza defensiva entre Rusia y Francia. Es Laval, por extraño destino, quien lo hace en nombre de Francia. Estaba claro en esta ocasión que el pacto se realizaba contra Alemania... ¿Qué otros enemigos tenía Francia?

LAS BRIGADAS INTERNACIONALES

Estos años de tranquilidad que van del 35 al 39, ¿cómo los emplea Rusia? El 2 de junio de 1932, el corresponsal en Madrid del «Times» escribía: «Es evidente que continúan acumulándose los datos de que la República española vive una vasta conspiración y que hay razones para creer en la existencia de poderosas fuerzas clandestinas.» Desde 1932, Moscú urgía a los partidos comunistas nacionales la formación de los Frentes Populares. En una comunicación de Dimitrov, secretario general de la Internacional Comunista, se decía: «Sólo el partido comunista es fundamento iniciador y organizador, así como la fuerza directiva del Frente Popular.» Es decir, en España se preparaba minuciosamente la táctica de la insurrección, pero se hacía también progresivamente en Francia, donde se acababa de firmar un pacto de alianza militar.

En 1936, el Frente Popular, que tenía ese origen y ese signo, gobernaba en los dos países. En la Cámara de los Comunes, en un debate parlamentario, se daban a conocer las cifras invertidas por el partido comunista en Inglaterra.

En España la Cruzada es el exponente de la situación. Rusia organiza las Brigadas Internacionales a través de los partidos comunistas nacionales. El embajador ruso gobierna en Madrid y asiste a los Consejos de Ministros. Todo ello es el fruto del Frente Popular español.

Mientras se organizaban las revueltas interiores, en medio de la catástrofe española, las relaciones entre Rusia y Occidente, definidas por los pactos, parecen seguras; pero en el XIII Congreso del Partido, en marzo de 1939, Stalin pronuncia un discurso extraño, que deja abierta una posible puerta al entendimiento con Hitler. ¿Caba esperar semejante actitud?

Unos meses más tarde, entre mayo y julio, dos Delegaciones occidentales, la francesa y la inglesa, acuden a Moscú. Molotov había sucedido a Litvinov en el mes de mayo, y de la noche a la mañana las Misiones occidentales son despedidas con un rotundo «niet». El embajador inglés en Moscú, sir Williams Seeds, oye de labios de Molotov estas secas palabras: «Las Misiones militares francesa e inglesa están «jugando» con Rusia. No interesa oír-las.»

El 6 de abril, los anglofranceses (¿qué burla!) garantizaban la libertad de Polonia. Una semana más tarde garantizaban a Rumania y Grecia. ¿Cambió en algo la actitud de Rusia? Nada. El discurso de Stalin del 10 de marzo dió rápido fruto. Hitler tomaba nota de una frase muy importante (documentos de Nüremberg), Stalin decía: «Esa era mi intención.»

PACTO DEL 23 DE AGOSTO DE 1939 ENTRE RUSIA Y ALEMANIA

Los temores de sir Williams Seeds, embajador inglés en Rusia, se cumplieron fatalmente. El 23 de agosto de 1939, Molotov y Ribbentrop firmaban un pacto de no agresión que situaba a Rusia no en la guerra fría sino en la guerra caliente, puesto que desde septiembre de 1939 a junio de 1941 (fecha de la agresión alemana), Rusia y Alemania se reparten Polonia. Es la guerra con Finlandia, la exclusión de la Sociedad de Naciones, la anexión de los Países Bálticos y la Besarabia. Este es el gran momento

UN PRODUCTO QUE PERMITE AFEITARSE CON CUALQUIER HOJA

Debido al afeitado diario, la piel del rostro se vuelve sensible, delicada y se irrita al más ligero contacto de la hoja o navaja. Algunas veces es un suplicio afeitarse. En la actualidad estos inconvenientes son definitivamente resueltos gracias al maravilloso masaje crema KEXTTERRY. Basta hacer un ligero masaje antes de enjabonarse para que pueda afeitarse sin irritación, sin molestias y sin dolor. Y lo que es más importante, se puede afeitarse CON CUALQUIER HOJA, logrando que corten más. Además, regenera, nutre y fortalece el cutis, volviéndolo sano, terso y juvenil

¡ES LA MARAVILLA COSMETICA DE NUESTRO TIEMPO!

TUBO NORMAL PARA MAS DE 40 APLICACIONES: 11,65 PESETAS

TUBO DOBLE CONCENTRADO PARA MAS DE 40 APLICACIONES: 14,80 PESETAS

P I D A L O E N P E R F U M E R I A S

De no encontrarlo en su localidad, dirijase al apartado 1185, Barcelona, y se lo remitiremos contra reembolso

crítico que, por un azar, es Alemania misma quien ha de modificar el 22 de junio de 1941, al iniciar un ataque general contra Rusia, que de esta forma vuelve al campo occidental. ¿Se acaba aquí?

La guerra es la gran alianza hasta Yalta, culminación de los errores occidentales. Comienzan nuevamente los pactos. Rusia firma un pacto con Francia (a pesar de la dura opinión de Stalin sobre De Gaulle), y antes, inesperadamente, ha disuelto la Internacional; es decir, el Kominform. ¿Estamos al final de los problemas?

Nada de eso. Ya en 1945, Churchill envía un largo telegrama a Roosevelt invitándole a la prudencia y advirtiéndole los peligros que esconde la política rusa. Inmediatamente después, en el célebre discurso de Fulton, Churchill denuncia públicamente su inquietud. «Ningún signo de mudanza se advierte en Rusia», viene a decir el «premier» inglés. Pero, vuelta la tensión, los peligros, al borde casi de la guerra, comienzan nuevamente. En 1947, de nuevo crea Stalin un organismo internacional, la Kominform, y se suceden como relámpagos el largo y peligroso bloqueo de Berlín (junio de 1948-mayo de 1949), el golpe de Estado en Praga, que pone en manos de los comunistas el Estado (febrero de 1949), para terminar con el incidente más grave y extremado: la guerra de Corea, que dura desde el 25 de junio de 1950 al 26 de julio de 1953.

En el entretanto, los occidentales, divididos entre sí, con el problema de una Francia azotada por cinco millones de votos comunistas, intentan un pacto defensivo. (¿Cuántos van ya?) Esta vez, dejando fuera a España, que es nación clave, firman el Pacto del Atlántico.

LA MUERTE DE STALIN Y LA POLITICA DE LA SONRISA

Hay un momento en el recorrido enfriado de la línea marcado por un suceso dramático: la muerte de Stalin y la lucha que se entabla a su vez por el Poder. La muerte ocurre el 5 de marzo de 1953. ¿Qué sucede?

Ocupados Malenkov, Krustchev, Bulganin y Molotov en resolver sus propios problemas, la tensión deja paso a la curiosidad. Se mira hacia el Kremlin con la curiosidad y despierta mirada de los que se encuentran ante un gran espectáculo. La caída de Malenkov y el ascenso de Nikita Krustchev se suceden en el marco de la guerra de Corea y la de Indochina y de los golpes de teatro. El primero es el viaje a Yugoslavia. El segundo, también inesperado, es el Tratado de la Independencia austríaca.

La curva de las relaciones entre Occidente y Rusia vuelve a buscar zonas pacíficas. ¿Cuál es el punto culminante? Naturalmente, la Conferencia de Ginebra. Parece que desde ella todo tendría que rodar fácilmente. ¿No es así?

Los occidentales sacrifican al espíritu de Ginebra todo lo que pueden y lo que no pueden. Y de pronto comienza la meditación. ¿Qué ha sido Ginebra? Se recapitula. Pues no ha sido nada. Nada, salvo la dilatada sonrisa de unos hombres. Cuando se llega a los problemas fundamentales, se tropieza con un muro. Bajo el



Reproducción de un cartel bolchevique de 1918 invitando al pueblo a resistir a los invasores. En el extremo derecho se ve la bandera inglesa y a los soldados franceses atacando las posiciones rusas

signo todopoderoso de la competencia, estallan las bombas atómicas. Sin embargo, todas las informaciones que llegan al público son optimistas: el espíritu de Ginebra continúa. ¿Es así?

Es normal que se hayan hecho toda clase de intentos para lograrlo, aunque hubiera derecho a la duda. Pero el sistema ha sido absurdo. Ello ha motivado fuertes reacciones en la Prensa norteamericana. James Reston, comentarista célebre del «New York Times», ha dicho que durante la Conferencia de Ginebra el Gobierno se ha esforzado en presentar todas las noticias sistemáticamente de la manera más optimista posible. Allen Raymond, que colabora en el «New York Herald Tribune» y en el «New York Times», publica un largo y detallado informe restando algunos aspectos de la teoría del Gobierno de que todo iba bien, impidiendo la publicación de otros aspectos. Quitando lo que pueda existir de excesivo en el juicio de los periodistas, el hecho cierto es que el gran deseo de pintar las cosas en rosa ha hecho más duras las circunstancias actuales, cuando el fracaso de la Conferencia de los ministros de Asuntos Exteriores y el viaje a la India de

Krustchev y Bulganin, con sus discursos belicosos e insultantes, nos vuelve a situar en lo alto de la zona helada del esquema.

LA POSICION DE ESPAÑA

En el año 1920, España estaba destinada a ser la segunda República soviética de Europa. En 1936, España estuvo a punto de serlo, y, de haberse producido la soviificación española, los problemas de Europa hubieran tenido unas dimensiones que nadie que medite un momento sobre ello, considere desde un punto de vista político o del otro, podrá dejar de ver. Es posible que el destino de Europa hubiera cambiado y que fuera difícil hablar hoy simplemente de Occidente.

El hecho cierto es que España ha mantenido esa postura sin ninguna vacilación. Hace nuevos años Rusia prepara y apoya la conjura internacional contra España. La O. N. U. afirma que España es un peligro para la paz. Rusia intenta destruir la posición de España, y con los partidos comunistas inicia toda clase de maquinaciones; pero todo es inútil. Al cabo del tiempo, en lo alto de la escala de la guerra fría, España, sin cambiar un ápice de su actitud, conservando precisamente lo que tiene de validez intemporal, ha ingresado en la Organización de las Naciones Unidas. Este fenómeno no queda al margen de este estudio, ya que Rusia tiene que ver con él. La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas no ha ejercido contra nosotros el derecho del veto, y ello hay que situarlo dentro de sus característicos movimientos internacionales. Honda y firmísima, España es uno de los pocos países del mundo que está ganando el respeto por mantenerse fiel a su destino. Eso no lo puede dudar nadie. Los cambios de Rusia los mueve siempre una táctica invariable. De la fuerza a la sonrisa, para conseguir la debilitación del adversario. España está firme en su sitio de siempre.

Lea usted

EL ESPAÑOL

Aparece los
sábados

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.- Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120



**LAS RELACIONES ENTRE
RUSIA - OCCIDENTE - ESPAÑA
DESDE LA REVOLUCION DE 1917**

**ESPAÑA SIEMPRE
ESTA EN SU SITIO**

Arriba: Molotov, Bulganin y Krustchev.
Tres personajes y seis gestos diferentes.
¿Cuál es el verdadero?—Abajo: La Sociedad de Naciones en una de sus reuniones.